

Georges Simenon

Las hermanas
Lacroix

TRADUCCIÓN DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

Los secretos y rencores que alberga la mansión de las hermanas Lacroix, como se la conoce con respeto en la pequeña ciudad de provincias, encierran al cabeza de familia en una inmensa soledad. Sus moradores se refugian, según sus caracteres, en el misticismo, la especulación filosófica y artística, y un odio meticulosamente alimentado, ya sea desde la prepotencia o la debilidad. La inexorable huida de la generación joven, o su invasión de los espacios nobles, abocará a las hermanas a una convivencia relegada a compartir definitivamente recuerdos y mezquindades que nunca quisieron olvidar.



Georges Simenon

Las hermanas Lacroix

ePub r1.0

IbnKhalidun, armauirumque 04.08.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *Les sœurs Lacroix*

Georges Simenon, 1938

Traducción: José Ramón Monreal Salvador

Fotografía de cubierta: F. Català-Roca (1968)

Editor digital: IbnKaldun

Digitalización mecánica: armauirumque

ePub base r1.2

«Todas las familias tienen un cadáver en el armario...»

PRIMERA PARTE

—... llena eres de gracia, el Señor es contigo... llena eres de gracia, el Señor es contigo...

Las palabras ya no tenían sentido, no eran más que palabras. ¿Acaso Geneviève movía los labios? ¿O sumaba su voz al sordo murmullo que se alzaba de los más oscuros rincones de la iglesia?

Algunas sílabas parecían repetirse con más frecuencia que otras, cargadas de un significado oculto.

—... Llena eres de gracia..., llena eres de gracia...

Luego venía el triste final del avemaría:

—... pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

Cuando era pequeña y rezaban el rosario en voz alta, estas palabras, que renacían sin cesar, no tardaban en hechizarla y en alguna ocasión rompía en sollozos.

—... ahora y en la hora..., en la hora...

Entonces exclamaba mirando a la Virgen a través de las lágrimas:

—¡Haz que yo sea la primera en morir! O que nos muramos todos a la vez, mi madre, mi padre y Jacques.

En alguna parte de la oscuridad, no lejos, por donde estaba la efigie de san Antonio, resonaba una voz grave como un abejorro. No se veían las caras. Tan sólo se adivinaban unas siluetas, porque el sacristán había encendido cuatro lámparas para toda la iglesia y sus trazos puntiagudos formaban entre los pilares aureolas del tamaño de las de los santos.

—... llena eres de gracia... el Señor...

Durante el oficio de vísperas, hubo en torno a Geneviève un ir y venir quedo del que ella no se dio cuenta. Al principio, eran cuatro mujeres arrodilladas en la misma hilera de sillas. La primera se acercó al confesonario y habló bajito, con una voz silbante de asmática. Al levantarse, pasó, muy digna, por delante de las otras, y se sentó en la nave central.

La siguió una segunda penitente, que hablaba exageradamente bajito y se volvía a cada instante para asegurarse de que no la escuchaban, mientras que la que Geneviève tenía al lado, cuyo abrigo negro olía a paño mojado, proseguía su examen de conciencia, con la cara entre las manos.

—... Dios te salve María, llena eres de gracia...

Se habrían podido contar los cirios. ¿De veras era posible que fueran sólo unos veinte? Apenas alguno más. Pero todas aquellas lenguas de fuego danzarinas se estiraban y curvaban para volver a enderezarse dúctilmente, todas aquellas llamas amarillas alineadas en semicírculo y cada una con vida propia formaba ante los ojos de Geneviève una fantasmagoría.

Por eso no veía nada más, ni a las campesinas de negro que pasaban por turno por el confesionario, ni al anciano de voz de abejorro que se dirigía hacia la puerta con la pierna izquierda a rastras. Las llamas brincaban dentro de su cabeza, pero era más arriba a donde ella miraba, más arriba del traje de brocado con incrustaciones de pedrería, más arriba de la cabeza minúscula del Niño Jesús: desde que ella estaba allí, por así decirlo desde siempre, observaba el rostro de la Virgen que la luz animaba poco a poco, que entreabría los labios e inclinaba la cabeza hacia ella.

—... ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

Pasos en las grandes losas grises y bocanadas de aire fresco, el ligero chirrido de la puerta acolchada... Pasos también alrededor del altar en el que el sacristán apagaba los cirios...

Geneviève no oía, no veía, no sentía el repentino olor a cera caliente.

El sacerdote, en su confesionario, apartó la cortina de paño verde, adelantó la cabeza y esperó un poco.

Como la muchacha no se movía, tosió discretamente, luego comprendió que no estaba allí para confesarse y se quitó la estola, se alejó sin hacer ruido y pasó por su lado sin poder evitar volverse.

Salió alguien aún. El sacristán atravesó toda la iglesia con sonoras zancadas, dando a entender que habían concluido las ceremonias y plegarias.

Geneviève se estremeció, lanzó una mirada medrosa a su alrededor, volvió a mirar al rostro de la Virgen, y entonces, aferrándose a él un instante, con toda su voluntad en tensión, como si fuera cuestión de voluntad, murmuró:

—Mi Virgencita hermosa... Haz algo para que las cosas cambien en casa... Tía Poldine y mamá tienen que dejar de odiar a papá y de odiarse ellas... Es preciso que mi hermano Jacques y papá lleguen a entenderse... Mi Virgencita dulce y hermosa, es preciso que todos en casa dejen de odiarse...

El sacristán, impaciente, armaba un gran estruendo al fondo de la iglesia, y Geneviève, que tenía dos lágrimas en la comisura de los ojos y el pecho acalorado, abandonó su silla, recogió sus guantes, hizo una genuflexión y se volvió para lanzar una última mirada a la Virgen que vivía entre el resplandor de las velas.

A medida que se acercaba a la puerta, hacía más frío. Cuando llegó al portal, la lluvia arreciaba, las gotas crepitaban sobre las losas, y sobre los escalones. Se quedó allí, en medio del frío húmedo, cerca de un gran santo de piedra descalzo y con los dedos de los pies erosionados. Veía un farol de gas, cerca de la esquina, más allá de la pared de la rectoría; enfrente había una ventana iluminada, pero era imposible saber lo que pasaba detrás, a la tenue luz de la lámpara.

—Mi Virgencita hermosa, haz que...

Continuaba su plegaria, sin saberlo, lo que no le impedía pensar que iba retrasada y que sin duda la lluvia no cesaría en toda la tarde.

Llevaba un abrigo de ratina azul, con trabilla, como las colegialas internas. Estaba tan delgada,

debajo, que aquella ropa la aplastaba. Cuando quiso correr pegada a las casas, no tardó en quedarse sin aliento, y además, tenía prohibido correr, porque se le distendían fácilmente los tobillos.

Como hacía a diario el mismo camino, ya no veía nada; apenas si percibía a su paso el olor que exhalaba el respiradero de la pastelería, luego oía el rumor del Café du Globe.

—¡Geneviève!...

Se sobresaltó, fue tal su sorpresa que se llevó la mano al pecho y se quedó un momento sin comprender que no había nada de que asustarse, que simplemente su hermano acababa de interpellarla.

—Jacques... —balbuceó ella esforzándose por serenarse.

No lo conseguía. Era algo físico. Se había asustado y continuaba temiéndose algo, mirando a su hermano con angustia.

—Ven para aquí —dijo él—. He de hablar contigo...

—Pero...

Dudaba si meterse o no por la calleja oscura a la que él la arrastraba. No era aconsejable, lo presentía. Y su carne, a su pesar, sufría espasmos como si se comprimiera, se contrajera al máximo para exponerse menos al peligro.

—Date prisa —insistía Jacques, que era alto y fuerte y que, aquella tarde, con aire cauteloso, iba con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina.

Pero tenían que ir más lejos, porque el rincón estaba ocupado, había ya una pareja de enamorados en la sombra.

—¿Qué pasa, Jacques?

—Si vas a ponerte a temblar de antemano, prefiero no decir nada...

—No estoy temblando.

Instantes antes, quizá. Pero, nada más mencionarlo, sí que había empezado a temblar. Siempre era así. Era demasiado nerviosa. Era incapaz de dominarse. Ahora, por ejemplo, su nerviosismo era tal que resultaba doloroso. Y no habría sabido decir por qué. Sufría por algo inexistente. ¿Acaso sufría anticipadamente por lo que aún no había sucedido? ¿O era acaso, como había pensado a veces, que sufría por algún otro, por error?

—¿Tienes frío? —preguntó Jacques, a quien no le gustaba verla en ese estado.

—No. ¿Qué querías decirme? Nos esperan...

—Precisamente...

Ahora lamentaba haber acechado a su hermana al paso y haberle hablado. Ya estaba llorando, y se agarraba a su brazo, con sus débiles manos que temblaban.

—No harás eso, ¿verdad, Jacques?

—Hace demasiado tiempo que vacilo...

Ella tenía realmente frío y una gran gota de agua le reventó en la nuca.

—Estarás más tranquila sin mí... Se evitarán muchas discusiones...

—¿Cuándo quieres...?

—Esta noche... Por eso quería avisarte... Si oyes ruido, no te inquietes...

—¡Jacques!

—Ven... Volvamos... O mejor vuelve tú primero...

—¿Y ella?

Volvió la cabeza sin responder. Ella insistió tirándole del brazo.

—¿Y Blanche?

—Me acompaña... Ahora, vete... ¡No! Sobre todo, no empieces con un sermón...

Y se esforzaba por no mirar a su hermana, por temor a dejarse conmover.

—Vete rápido..., si no, habrá otra escena...

Geneviève tenía que recorrer la Calle Mayor iluminada, atravesar la plaza donde había siempre una vieja mendiga en el banco, para tomar finalmente la calle tranquila en cuyo extremo vivía. Seguía temblando y eso la atemorizaba, pues era siempre señal de que estaba a punto de suceder algo. Caminaba rápido. Corría. Se detenía, por las palpitaciones.

Tía Poldine no había bajado aún, pues se veía luz en la primera planta, en el cuarto que ella llamaba su despacho.

Y había luz también arriba de todo, en el taller acristalado en el que trabajaba su padre.

Geneviève buscó la llave dentro de su bolso mojado, y en el pasillo se encontró con la criada que iba a poner la mesa.

—Ve enseguida a cambiarte... Has vuelto a coger frío...

Se estremeció. Se estremecía siempre que algo exterior la afectaba, incluso cuando, como era el caso, se trataba de la voz de su madre.

Efectivamente, no la había visto. Mathilde siempre hablaba antes de que se la pudiera ver, de tan silenciosamente como andaba por toda la casa.

—¿No te has encontrado con nadie?

Geneviève enrojeció. No había ningún motivo para que le hiciera aquella pregunta. Todos sabían que no hablaba con nadie, que nunca se detenía en su camino, ni siquiera para mirar un escaparate. Entonces, ¿por qué, hoy, precisamente?...

Recogió el devocionario que había dejado caer y que estaba protegido por una funda de tela negra. Subió la escalera encerada y por un instante se preguntó si no tenía vértigo.

Durante algunos minutos aún, la casa se mantuvo en calma y habríase dicho que vivía en paz. El padre de Geneviève, en su taller, cuya puerta cerraba con llave, haciendo Dios sabe qué. ¿Estaría trabajando? Pero no podía dedicarse a restaurar cuadros todo el tiempo que pasaba en aquella estancia.

¿Tendría libros? Pero nunca le veían traer. Si los tenía, eran libros viejos, que llevaban allí desde siempre. Una vez que la puerta estaba entreabierta, Geneviève percibió un revoltijo de cosas oscuras, alfombras, extraños bibelots, máscaras descoloridas en las paredes, armas antiguas...

Lo que había en el taller nadie podía saberlo a ciencia cierta, pero al menos sabían lo que entraba y salía, puesto que cuando su padre subía la escalera o la bajaba, tía Poldine abría invariablemente su puerta.

La estufa debía de ser grande, pues cada mañana necesitaba un cubo lleno de carbón que Emmanuel Vernes subía personalmente.

En cuanto a tía Poldine, no era difícil saber en qué se ocupaba: ¡se encargaba de llevar las cuentas! Estaba sentada delante de las pilas de cuadernillos negros, de tapas de hule y páginas llenas de cifras a lápiz. En medio del escritorio, había colocado su reloj y, a las siete en punto, se levantaría, entreabriría la puerta, aguzaría el oído, esperando que sonase la campanilla que había de anunciar la cena y que se retrasaba a veces unos minutos.

Entonces bajaría, derecha e imponente como una torre. Bajaría y...

Geneviève tuvo que sentarse al borde de la cama. Era extraño. Ella que había tenido todas las enfermedades, sentía de repente un malestar nuevo y se asustaba. Se quedaba inmóvil, para espiar mejor el mal dentro de sí. Se hubiera dicho que se escuchaba.

¡Pero no! ¡Es que había andado demasiado deprisa! Y además Jacques le dio miedo. No estaba acostumbrada a que la llamaran por la calle, y aunque parezca raro, no reconoció enseguida la voz de su hermano.

—... Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores...

Se distendió, creyendo que se le había pasado, sonrió débilmente, como si huyera de su sombra. Quiso ponerse en pie, y la cosa comenzó de nuevo.

No era un dolor propiamente dicho, sino como una angustia más bien. Le parecía que iba a ocurrir un accidente, una desgracia, un acontecimiento grave y que tenía que acudir, ir a alguna parte sin perder tiempo; pero sus pies permanecían clavados en el suelo y tenía las piernas tan pesadas... No, era su cuerpo el que era pesado, pues le temblaban las rodillas, iban a doblársele...

Estuvo a punto de llamar:

—¡Padre!

Y oía tantear la llave en la cerradura de la puerta de entrada, y luego a Jacques que colgaba el impermeable en el perchero y entraba en el comedor, donde su madre estaba como agazapada detrás de la puerta.

Toda la casa estaba impregnada de un olor a sopa de puerros. En el rellano, una puerta se abría y seguro que tía Poldine estaba allí, reloj en mano, esperando que sonase la campanilla de la cena.

Pero era algo imprevisto lo que se avecinaba. Geneviève no había cerrado del todo su puerta, para que entrara un poco de luz del pasillo, pues no había encendido la de su cuarto, no sabía por qué. Estaba sentada al borde de la cama, a oscuras.

Y tía Poldine, maquinalmente, empujaba la puerta, diciendo con voz dubitativa:

—¿Estás ahí?

Al mismo tiempo descubría en la oscuridad el rostro lechoso de la muchacha y se sobresaltaba.

—¿Qué estabas haciendo? —dijo con voz vacilante.

—Nada, tía...

No valía la pena preocuparlos. ¿Por qué habría tenido miedo tía Poldine?

¿Y no era un gesto natural, al ver una puerta entreabierta, abrirla del todo?

La campanilla tintineaba en el pasillo de la planta baja. Tía Poldine iba diciendo mientras bajaba:

—¿Vienes?

Entonces ocurrió el segundo acontecimiento, que no era un acontecimiento propiamente dicho. *Normalmente*, en aquel preciso instante, es decir, mientras bajaba tía Poldine, hubiera tenido que oírse abrir la puerta del taller, allí arriba, y luego el ruido de la llave en la cerradura, ya que Emmanuel Vernes cerraba siempre su puerta con llave.

Todo estaba tan regulado que Geneviève se demoraba en el rellano, con las piernas todavía flojas, y el hombro contra la pared, aguardando a su padre, esperando la alegría de bajar una planta con él.

—¡Eh! ¿Geneviève?

Venía de abajo. Era la voz de su madre y Geneviève bajó, entró en la claridad del comedor y se detuvo en seco al ver a su padre sentado en su sitio habitual.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí?... Nada... Perdón...

Estaba como trastornada. No comprendía cómo su padre podía estar allí, pues no había bajado del taller.

Al mismo tiempo trataba de evitar la mirada de Jacques, quien creía que era lo que le había

dicho por lo que estaba alterada. Inquieto, la miraba fijamente como para ordenarle:

«Cuidado con delatarte...».

Tía Poldine estaba de pie, con el cabello gris casi a la altura de la araña, y, con la seriedad de costumbre, hundía el cucharón de plata en la sopera, vertía el líquido humeante en los platos que cada uno le tendía por turno.

—¿Qué te pasa? ¿De veras has cogido frío?

Mathilde observaba a su hija, fruncía el ceño, pasaba a Jacques, a quien preguntaba con desconfianza.

—¿Y tú? ¿Por qué miras así a tu hermana?

—Te aseguro, madre...

Tía Poldine suspiró, marcó una pausa, que significaba:

«Cuando hayáis terminado, por fin podré comer».

En realidad, aparte de la decisión de Jacques, no había aquella noche nada más extraordinario que las otras. ¿Por qué, entonces, Geneviève miraba a su alrededor como un animal que huele el peligro? Tenía la cuchara en la mano y no se decidía a tomarse la sopa. Sentía que la espiaban, hacía vanos esfuerzos por comportarse con normalidad.

Aún no había mirado a su padre. Evitaba en lo posible volverse hacia él, porque entonces tía Poldine hacía un mohín que decía a las claras:

«¡Esos dos siempre se entenderán!».

¡Y a fin de cuentas, siempre la pagaba su padre!

—Si de veras estás enferma —insinuaba la madre—, tal vez harías mejor yéndote a la cama...

Y Geneviève, que por fin miraba a su padre, enfrente, sufría una nueva impresión. Nunca lo había visto tan pálido, tan ojeroso, y sobre todo no había tenido nunca esa expresión a la vez serena y trágica.

—Yo... —comenzó.

Todos esperaban con la cuchara suspendida en el aire.

—¿Y bien?

—Yo..., no sé...

De repente, se produjo aquel grito, un grito como no había dado ninguno en su vida y que ella oyó con estupor. Al mismo tiempo, sintió como un desgarró interior, una luz cegadora que no venía de la araña, una luz que dejaba en su propia penumbra los rostros alineados en torno a la mesa, el del padre, el de la madre, el de tía Poldine, el de Jacques...

Estaba también el rostro sonrosado de Élise, la criada, ya porque estuviera allí antes, ya porque

acabara justo de entrar.

Geneviève no sabía si estaba de pie o sentada, pero se agarraba a la mesa y lo que miraba no era un decorado familiar, rostros de parientes, un espectáculo cotidiano: era un cuadro en el que cada detalle estaba fijado como para siempre, incluida la angustia que leía en los ojos castaños de su padre.

No sabía que estaba hablando y sin embargo balbuceaba:

—¡Tengo miedo!

Todos la miraban como se mira a alguien que dormía apaciblemente momentos antes y que se levanta de pronto presa de una pesadilla. No sólo tenía miedo, sino que además daba miedo. Se preguntaban qué veían aquellos ojos tan desorbitados.

—¡Geneviève!... Te lo suplico...

Jacques había echado atrás su silla y trataba de llevarse a su hermana, por temor a alguna frase imprudente.

—¡Ven!... Tienes que acostarte...

¿Por qué el padre se había levantado bruscamente, se había dirigido hacia la ventana y, descorriendo el visillo, había pegado la frente al cristal empañado? Se le veía de espaldas, indiferente en apariencia a cuanto sucedía.

Geneviève trataba de recobrar el aliento, se levantaba, quería caminar, salir del comedor, llegar a su cuarto, pero, en el momento en que se soltaba del apoyo de la mesa, dio otro grito.

—¡Padre!

Esta vez, vacilaba, se agarraba un momento al respaldo de la silla, que caía hacia atrás, y la joven se desplomaba, y permanecía en el suelo con la expresión atemorizada de un ser inconsciente sobre el que se abate una catástrofe.

—¿Qué..., qué me pasa?

Tía Poldine exclamaba con aire misterioso:

—¡Ya veis las consecuencias!

La madre, avergonzada, volvía la cabeza. Jacques ayudaba a su hermana, decía inadvertidamente:

—Levántate... No te quedes en el suelo...

Y ella, con una voz lejana:

—¡No puedo, Jacques! Ya ves que no puedo...

El padre observaba. Jacques levantaba a su hermana, la ponía de pie y se veía cómo se le doblaban las piernas como las de una muñeca de trapo.

—No puedo... Ya te lo he dicho... Ya se pasará...

—¡Pues entonces siéntala! —se impacientó Poldine—. Y usted, imbécil, vaya a por vinagre...

La sirvienta salió sin comprender y aún estaría preguntándose por qué el padre salía tras ella, se detenía en el pasillo, con los brazos apoyados en la pared y la cabeza entre los brazos, y rompía a llorar con roncros sollozos.

—Tal vez habría que llamar al médico —dijo la madre.

—Habría que empezar por acostarla. No es la primera vez que se desmaya.

Geneviève seguía allí pero como si no estuviera. Los miraba a todos y, debían de difuminársele en una ligera penumbra, con una consistencia de fantasmas.

Sin embargo, cuando su hermano cargó con ella y la subió por la escalera, oyó que él le susurraba:

—¡Sobre todo, no digas nada!

En lugar de responder, ella articuló inopinadamente:

—Tenía miedo...

—Pero ¿de qué?

—No lo sé... ¡Tenía tanto miedo, Jacques!...

Se dejó desnudar por su madre. Oía la voz de Jacques, que, desde el despacho de tía Poldine, telefoneaba al doctor Jules.

—Es por mi hermana, sí... No sé...

Hacía calor. La casa estaba siempre demasiado caldeada, pese a lo cual tía Poldine y su hermana llevaban varias capas de lana. Había aun más humedad que calor. Y era tal el temor de perder lo más mínimo de aquella humedad que las puertas sólo se entreabrían furtivamente.

—¿Va a venir?

Era la voz de tía Poldine, que preguntaba a Jacques si el doctor había prometido venir.

—Estaba cenando. Viene enseguida...

La tía se quedó un momento en la puerta, contemplando cómo su madre desnudaba a Geneviève. No era compasiva la mirada de Poldine. Más bien reflejaba cierta satisfacción.

«¡Le está bien empleado!», parecía decir.

En cuanto a la madre, tampoco era compasión lo que expresaba su semblante, sino el fastidio propio de toda complicación y también la impaciencia de quien no comprende.

—Pero ¿qué te ha dado de repente? ¿Adónde has ido esta tarde? ¿A quién has visto?

—Te juro, madre...

No decían ni mamá ni papá. Estas palabras habrían parecido ridículas en aquella casa.

—¿De veras no puedes sostenerte en pie?

—Si yo lo intento... Pero ya ves... Me caigo...

Geneviève sonreía tímidamente, como disculpándose.

—¿Dónde está padre?

Justamente tía Poldine estaba inquieta por él. Al bajar la escalera, había encontrado a su cuñado sentado en el primer escalón, con los ojos enrojecidos, torciendo el bigote y vaga la mirada.

Su rostro se ensombreció y completamente sola, derecha y serena, entró en el comedor, enderezando de paso la silla derribada por su sobrina. Había algo que no era de su agrado, quizá le parecía anormal, pues seguía con cara de preocupación al volver a ocupar su sitio en la mesa y tomar una cucharada de sopa.

Maquinalmente, extendió el brazo hacia la parte baja de la araña de donde pendía la pera barnizada de un timbre. Élise tardó un rato en presentarse, secándose las manos en el delantal.

—Cierre la puerta.

Élise, que no tenía más que dieciséis años y era bajita y gorda, señaló la puerta que daba al pasillo.

—¿Ésa?

¡Por supuesto, pues no había otra puerta abierta! Sólo que se le hacía extraño tener que cerrarla estando Emmanuel Vernes solo en el pasillo.

—¿Qué le he dicho? Ahora venga aquí. ¿Dónde estaba mi cuñado cuando nos sentamos a la mesa?

—No lo sé, señora.

—¿Le ha visto u oído bajar?

—No, señora.

—¿Tampoco le ha visto volver?

—¿Volver de la calle? No, señora. Sólo le he visto cuando vino a la cocina a pedirme un alfiler.

—¿Fue a la cocina?

—Sí, señora.

—¿Cuándo?

—Un poco antes de la cena.

—¿Y qué le ha hecho?

—Nada, señora.

—¿Está segura de que no le ha hecho nada?

—¡Claro, señora!

—¿No lo ha intentado?

—No, señora.

—¡Váyase!

Justo salía la muchacha cuando entró Emmanuel, calmado, más taciturno que abatido. Fue a sentarse en su sitio, con los codos sobre la mesa, y miró al frente, al vacío.

—¿Qué has ido a hacer tú a la cocina? —le preguntó de repente su cuñada.

Él se estremeció.

—¿Yo?... ¿Cuándo?...

—No te hagas el tonto... Sabes que conmigo eso no cuela... ¿Qué has ido a hacer a la cocina?... Desde el momento que no has tocado a Élise, es que llevabas otra idea...

Se oían pasos en la planta de arriba. El aire, demasiado agitado, no tenía su consistencia habitual, ni tampoco, parecía, su olor.

—¿No contestas?

—¿Yo?

Y sus ojos se posaban sobre las sillas vacías. Estaba completamente solo con Poldine, que lo confundía siempre con la mirada.

—Dame el alfiler...

—¿Qué alfiler?

—El que le has pedido a la chica...

Él lo buscó en la solapa de la chaqueta y no lo encontró.

—¿Por qué tiemblas?

—No tiemblo.

—¿Por qué no te atreves a mirarme?... Sabes lo que quiere decir cuando pones esa cara, ¿verdad?

Él quiso levantarse, salir. Deseaba oír el timbre del doctor, que tardaba en llegar.

—¿Qué es lo que has hecho ahora?

Por un instante pareció que iba a contestarle. La miró con dureza, y las aletas de la nariz le temblaban. Pero, casi inmediatamente, volvió la cabeza y se encogió de hombros.

—¡Eh! ¿Qué habrás hecho ahora, mi pequeño Emmanuel?

Y aquella torre de tía Poldine adoptaba una voz así como dulce, de una páfida dulzura, un tono falsamente mimoso.

—¡Me enteraré, ya lo creo!... Y tú sabes que acabaré por enterarme.

¡El timbre, por fin! Mientras su cuñado iba a abrir, se quedó sola y hundió la cuchara en su sopa. No pensaba en nada concreto, pero una sospecha empezó a abrirse camino. ¿Sería que el gusto de la sopa ya fría la sorprendió?

La olfateó, tomó otra cucharada y se inclinó sobre la sopera.

—No se habrá atrevido... —murmuró.

Pero se levantó, fue hacia el aparador y cogió una jarrita vacía.

Arriba se oía el vozarrón del doctor, que se creía siempre obligado a reír con sus enfermos y a contarles historias.

Como Jacques bajaba, se cruzó con su tía, que subía la escalera escondiendo un objeto bajo el chal.

A Élise se le habían quemado los salsifis y se preguntaba si volverían a sentarse a la mesa. Unas corrientes de aire que no venían de parte alguna circulaban por la casa, creando como vacíos en la atmósfera.

II

Del mismo modo que el contacto de cualquier objeto hace bajar de pronto la leche en ebullición, una presencia extraña, fuera la que fuese, bastaba para recubrir de una fisonomía banal la fiebre interior de la casa. Ahora, Léopoldine Lacroix, a quien los niños llamaban tía Poldine, permanecía de pie cerca de la puerta del comedor, echaba un vistazo hacia la escalera y decía a Élise:

—Quite la mesa, rápido.

Tenía suficiente sangre fría para verlo todo con una mirada en redondo, para colocar de nuevo una silla que no estaba bien alineada.

Nadie como ella para obedecer a esa misteriosa consigna que transformaba la casa ante la proximidad de un intruso. Emmanuel Vernes entraba también subrepticamente en el comedor, viniendo de Dios sabe dónde, sin hacer ruido, y se situaba como para una representación. No le hacía falta mirar a su cuñada: existía una tregua entre ellos. Y ambos escuchaban los pasos en la escalera, volvían la cabeza al mismo tiempo. Poldine imprimía a sus labios una expresión que hacía las veces de sonrisa.

—Entre, doctor... Tome asiento...

El doctor Malgrin, a quien todos llamaban doctor Jules, frecuentaba ya la casa en tiempo del notario Lacroix, cuando las dos hermanas, las señoritas Lacroix, como se las conocía, llevaban unas trenzas de color pajizo que les caían por la espalda. Era pequeño y calvo, rechoncho y reluciente, con una sonrisa ingenua que una mirada aguda desmentía de repente.

Se sentó en el sitio que le indicaban, extendió sus cortas piernas y se puso a jugar con el dije que colgaba de su leontina. Sin ruido, Mathilde entró en la estancia, con ademán como de disculpa, y se quedó de pie cerca de la chimenea.

—Tomará una copita, ¿verdad? Mathilde, trae los puros...

Siempre había sido así en la casa. Las chicas Lacroix, toda la vida, habían visto ofrecer una copita y un puro a las visitas que se sentaban en el sillón de alto respaldo; y también toda la vida se había esperado a hablar de cosas serias a que el extraño tomara el primer trago y lanzara hacia la araña algunas bocanadas de humo.

—¿Qué opina usted? —preguntó por fin Poldine.

La madre era Mathilde, pero a todos les parecía natural que fuera la mayor quien preguntase al doctor.

—¿Sabe? —respondió éste—, es difícil pronunciarse por el momento... Está claro que hay algo en estado larvario... Pero ¿qué?

Y calentaba la copa en su corta mano de piel arrugada como papel de seda.

—¿No será nada infeccioso, supongo? —insistía Poldine—. Mi hija vuelve mañana y, si fuera

así...

—¡No creo, no!... De veras... No hay razón para...

Como de costumbre, se resignaba a todas estas preguntas, pero se notaba que personalmente no les daba la menor importancia. Intervino Mathilde a su vez y, cuando hablaba, no podía evitar que sus ojos delataran su desconfianza.

—¿Cómo se explica usted que Geneviève ya no se sostenga en pie?

—¿Qué quiere que le diga? No tengo ninguna explicación... Hay que dejar que se declare el mal... Sólo entonces...

—¿Cuáles son las enfermedades que pueden anunciar estos síntomas?

—Distintas enfermedades... Es demasiado pronto para decirlo...

Nada de esto le arruinaba su puro y su brandy. Pese a su aire incómodo, tenía la mente lo bastante libre como para pensar en otra cosa, para observar pequeños detalles. Así, nada en él, o casi nada, había cambiado desde la muerte de su mujer, muerte acaecida veinticinco años antes, por lo que vivía a los setenta y dos años en un decorado que digamos había conocido toda su vida.

Pues bien, aun así, su casa distaba de dar la impresión de inmutabilidad de la casa de las Lacroix. Mientras Poldine hablaba, una idea le llamaba la atención: las dos hijas estaban casadas, Léopoldine con un tuberculoso que vivía en Suiza, Mathilde con Emmanuel Vernes. Legalmente, la mayor se llamaba, por tanto, Desborniaux; la menor, Vernes. La hija de Léopoldine, cuyo regreso se acababa de anunciar, se llamaba Sophie Desborniaux, y Geneviève y Jacques eran Vernes.

Pero la gente seguía diciendo la casa de las Lacroix y considerándolo a todos sus moradores como Lacroix.

El propio doctor Jules había anunciado a su ama de llaves, al abandonar precipitadamente la mesa:

—¡Me voy a casa de las hermanas Lacroix!

Léopoldine, a quien nada hacía desviarse de su idea, preguntó tan tranquila:

—Dicho sea entre nosotros, ¿cree usted que llegará el día en que estará normal?

—Pues...

—Puede hablar con franqueza. Al nacer ella, mi cuñado estaba mal de salud, pero considero oportuno ocultárnoslo. Sabe usted igual que nosotros que Geneviève tuvo un crecimiento difícil y a veces me pregunto si, por su bien, teníamos razón haciendo todo lo que hicimos. Pues sí, finalmente, ahora ha de quedar inválida y vivir así años y años...

Mathilde no rechistaba. Con los ojos entornados, las manos juntas sobre el vientre, miraba la alfombra.

—Mi querida amiga, nosotros los médicos vemos tantos milagros que...

A Emmanuel no le ofrecieron ni puro ni licor. Es cierto que estaba allí. Pero nadie se ocupaba de él, y por dos veces el doctor lanzó una mirada furtiva a sus marcadas ojeras, a los finos y profundos surcos que enmarcaban las aletas de su nariz. Lo más inquietante era el abotargamiento de los pómulos que parecían de una materia fofa y sin vida.

—¿Otra copita, doctor?... ¡Claro que sí!... Se ha mojado al venir... ¡No faltaba más! —aguzó el oído—, creo que por fin ha dejado de llover... Pero volviendo a Geneviève...

No acabó la frase, se levantó, echó a andar hacia la puerta abierta y dijo con voz átona, dirigiéndose a la oscuridad del pasillo:

—¿Por qué no entras?

Era Jacques. Entró, menos hábil que los otros en poner cara de circunstancias, y fue a sentarse a un rincón, detrás del doctor.

—Suponiendo que sea así... —insistía Poldine.

—¿Perdón? ¿Que sea cómo? —la interrumpió el médico con mirada candorosa.

—... que acabe inválida, como siempre pensé que sería algún día... ¿Qué aconsejaría usted?

—Me es difícil decirlo por adelantado...

Parecía que iba a considerar la eventualidad de pinchar a la enferma como si de una bestia impotente se tratase.

—¿Qué tipo de centro sanitario le convendría? —precisó—. Berck sólo trata enfermedades de los huesos, ¿no?

Una vez cada cuarto de hora a lo sumo pasaba alguien por la calle en la que no había más que caserones con postigos herméticos, con una vida secreta como la casa de las Lacroix. Ya no llovía. Caían goterones de vez en cuando de las cornisas.

Finalmente se abrió la puerta. Una figurita aún llena de viveza bajó las escaleras y se oyó la voz serena de Léopoldine:

—¡Gracias, doctor!... Hasta mañana... No venga muy tarde...

Luego se cerró la puerta. Poldine dio media vuelta mientras su rostro mudaba de expresión. Permaneció un instante en el umbral del salón, los miró de uno a uno.

—¿Qué esperabais? —articuló.

Un silencio. Y por último agregó:

—¿No veis que es un viejo imbécil?

El joven besó a su padre en ambas mejillas, y Vernes, con un gesto ritual del pulgar, hizo la señal de la cruz en la frente de Jacques.

—Buenas noches, hijo.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Jacques.

Mathilde salía de la habitación de su hija. Había anunciado:

—Viève descansa... No quiere a nadie a su lado...

Poldine estaba en su habitación, contigua a la gran estancia que llamaban el despacho. La casa era amplia, tanto que, desde la muerte del notario, no habían creído necesario utilizar los locales de la notaría que formaban toda un ala de la planta baja.

Jacques dormía solo en la segunda planta y estaba subiendo lentamente, mientras sus padres entraban en su habitación y cerraban la puerta.

Desde hacía diecisiete años, pese a la costumbre, era el momento más duro de pasar. Había para media hora larga. Mathilde, con gesto maquinal, cerraba la puerta con llave y la dejaba sobre la mesilla de noche. Luego se quitaba el vestido, dejando escapar, de vez en cuando un suspiro, se ponía un salto de cama desteñido sobre la combinación y se sentaba ante un viejo tocador de caoba, cuyo espejo estaba picado.

Sí, mientras se arreglaba el pelo, su marido tenía la mala ocurrencia de ir y venir, ella no decía esta boca es mía, pero se volvía hacia él y le seguía con mirada trágica.

La norma era que él se acostase enseguida. Tenía derecho a coger un libro, pero no a fumar, si no, sin decir nada, su mujer iba a abrir las ventanas de par en par.

Las dos camas estaban separadas por un velador. No había más que una lámpara de cabecera. Al cabo de media hora aproximadamente, Mathilde se acostaba con un suspiro de alivio y, con un gesto siempre invariable, apagaba la luz, sumiendo la estancia en la oscuridad.

¡Eso era todo! ¡Había terminado la jornada! El resto duraba más o menos tiempo, según los días. Algunas veces, Mathilde se pasaba una hora dando vueltas y vueltas y soltando un suspiro cada vez. Otras veces, se dormía bastante pronto. Pero otras noches también, al cabo de unos minutos de silencio, se la oía aspirar con la nariz, buscar el pañuelo bajo la almohada, sonarse débilmente, señal de que lloraba. Vernes esperaba, con los ojos abiertos. Y finalmente llegaba el momento, también para él, en que la jornada era ya agua pasada.

En cuanto al acontecimiento en sí, aunque hacía diecisiete años que se había producido, hacía diecisiete años que nadie, en la casa, se había referido a él.

Había ocurrido allí arriba, en el taller que inmediatamente después de la boda de Emmanuel Vernes había hecho acondicionar en los graneros. Era allí donde él trabajaba, restaurando minuciosamente cuadros que le confiaban los anticuarios de París y de la región.

Aquella vez, era primavera y una de las ventanas estaba abierta, dejando entrar un aire vivo que olía a mar. Hacía cinco días exactamente que Geneviève había nacido, y su madre guardaba aún cama cerca de su cuna.

Eran las diez de la mañana. El mercado estaba en su punto álgido en la Plaza Mayor y de vez en cuando el mugido de una vaca dominaba los otros ruidos.

En aquel tiempo, los bigotes de Vernes eran castaños, sedosos, sin una cana.

Tenía la tez ya mate, los labios rojos y, para trabajar, llevaba una chaqueta de pana negra y una chalina.

Léopoldine acababa de subir, más trágica que los días anteriores. Recorriendo el taller a grandes pasos, decía:

—¿Esto es lo que me juraste? ¿Así es como cumples tus compromisos?

Él sostenía una paleta en la mano izquierda y unos pinceles en la otra.

—Ya no puedo entrar en la habitación de mi hermana sin volver la cabeza, pues leería mi ira y mi vergüenza...

En aquella época, no tenían aún la costumbre del drama y Vernes se limitaba a murmurar con incomodidad:

—¡Poldine!... ¡Que no es culpa mía!... ¡Bien que lo sabes!...

Pero la mayor de las Lacroix se reía sarcásticamente.

—¿Pues de quién es? ¿Vas a hacerme creer que no es hija tuya?... Y después de haberme jurado que ya nunca...

El taller se consideraba un refugio tanto más inviolable cuanto que el último tramo de escalera no tenía alfombra y varios escalones crujían.

Poldine lloraba, ensartando reproches.

—Si supiera que nunca me has querido y que te has burlado de mí...

Las cosas probablemente se arreglarían. Emmanuel era bastante hábil y el cariño sentaba bien a su semblante. Había dejado la paleta y los pinceles. Rodeaba con su brazo los hombros de Léopoldine, que era más ancha que él. Balbuceaba algo así como:

—Te juro, querida, que no lo he hecho intencionadamente, que es sólo a ti a quien...

No habían oído nada. Pero tanto Poldine como él volvieron la cabeza al mismo tiempo hacia la puerta, que había quedado entornada. Por un momento no se habían movido, luego Emmanuel dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—¡Entra! —dijo.

Era Mathilde, que se había levantado y había subido sin hacer ruido. Les miró primero al uno, después al otro. Aquella mirada debía de ser una orden, porque Poldine salió. Finalmente, Mathilde declaró a su marido:

—A partir de ahora, te prohíbo que me dirijas la palabra... Salvo delante de la gente, por

supuesto.

Eso fue todo...

Eso fue todo sin ser todo. Porque estaba también la cuestión de Sophie, cuestión que, la verdad, nunca fue formalmente debatida.

Un año después de la boda, Mathilde había tenido al primer hijo, Jacques, que ahora tenía veintidós años. Poldine no estaba casada y repetía con serena obstinación que no se casaría nunca.

El padre Lacroix acababa de morir. En cuanto a la madre, hacía mucho que había muerto, cuando Poldine tenía doce años.

Pero menos de un año después de nacer Jacques, Poldine hizo dos cortos viajes a París, y la segunda vez regresó en compañía de un joven pelirrojo, de un rojo encendido, que ejercía el oficio de sochantre y que ella presentó como su novio.

Se casaron casi de inmediato, a todo correr, sin ceremonias. Apenas vieron al recién llegado en la casa. Se llamaba Desborniaux. No hubo ni tiempo de acostumbrarse a llamarle Roland, pues cayó enfermo y se decidió enviarle a Suiza a hacer reposo.

Es probable que en el curso de los diecisiete años transcurridos desde entonces, todos, en la casa, pensarán al menos una vez al día en aquellos acontecimientos. Y sin embargo, el recuerdo permanecerá siempre borroso, incoherente. Cada cual sabía sólo su parte e ignoraba la de los demás. Se espiaban evitando delatarse y la vida diaria seguía su curso; el pequeño Jacques, que crecía, acaparaba a su madre: Emmanuel, como por casualidad, estaba abrumado de trabajo y Poldine hacía frente a los inquilinos de sus casas obreras y a los proveedores.

Apenas había llegado a Suiza su extraño marido, cuando ella se dio cuenta de que estaba embarazada y no tardó en nacer una hija sin que se hiciera volver a Roland.

Mathilde calculó enseguida que el recién nacido había sido concebido dos meses antes de la boda.

A la hija le pusieron por nombre Sophie. De vez en cuando se recibía cartas de Roland. Léopoldine le expedía cada mes un giro.

Y así, sin roces, en la grisura de una vida confusa, hasta el nacimiento de Geneviève, hasta la escena del taller.

«Te prohíbo, a partir de ahora, que me dirijas la palabra...».

Exteriormente, la casa no había sufrido desperfectos, y Vernes dormía en la misma habitación que su mujer, no lejos de la habitación en que Poldine dormía sola.

—¿Eres tú? —preguntó Geneviève en un murmullo.

—¡Chist!...

—No enciendas la luz...

Y Jacques, a tientas, se acercó a la cama, se sentó en ella y tocó la cara de su hermana. Notó que sacaba una mano de debajo de las mantas, una mano caliente y húmeda, y que le cogía la muñeca.

—No te irás, ¿verdad? —suplicó—. ¿No irás a dejarme sola, eh, Jacques?

Sabía que el hecho de haber venido no significaba que hubiera ganado la partida. Él guardaba silencio. A pesar de la oscuridad, volvía la cabeza y ella insistía:

—¿A qué hora has quedado con ella?

—A las doce...

—¿Dónde?

—He de lanzar una piedrecita contra el postigo de su cuarto... Bajaré..., tiene la maleta lista...

—¿Y luego?

—Un amigo me deja el coche... Sólo tengo que cogerlo en el garaje...

—¿Y luego, Jacques? ¿Qué haréis luego? ¿Dónde iréis?

Jacques no respondió enseguida y ella comprendió que no lo sabía. Prosiguió:

—¿La quieres?

Y tampoco respondió.

—¿Crees, Jacques, que la quieres tanto como para vivir toda la vida con ella?

De pronto, se sintió desamparado. Y era a causa de Viève, de su voz, de la manita que ella crispaba sobre su muñeca.

—¿Comprendes, Jacques, que te comprometes para toda la vida? Y que me dejas a mí aquí, completamente sola...

La que Jacques quería llevarse era la hija del notario Crispin, con quien el joven trabajaba de segundo pasante. Tenía diecisiete años. Era rubia y anodina. Geneviève la conocía, pues habían hecho juntas la primera comunión.

—Acércate, Jacques, para que no tenga que hablar demasiado alto...

Y él, algo incómodo:

—¿No te sientes bien?

—No sé... Ignoro lo que ha dicho el doctor... Cuando subió mamá después, me miró de un modo extraño... Escucha, Jacques...

—Te escucho...

—Descansa la cabeza en la almohada... No te quedes ahí tieso, como si tuvieses prisa por irte... Temo que tía Poldine oiga...

—¡Ésa! —gruñó él, tenso de repente.

—Calla...

—¿No querrás obligarme a quererla? Cuando nos ha arruinado la existencia...

—¡Escúchame, Jacques!... Sé bueno...

—Es fácil decirlo, pero yo soy un hombre... ¡y ya estoy harto de esto!... ¡Hasta la coronilla!... Hay momentos, en la mesa, en que me dan ganas de gritar... ¿No comprendes?... ¿Tú crees que es vida estar siempre espiándonos, intercambiando frases de doble sentido y lanzándonos miradas péfidas?... ¡Un extraño que entrara de pronto se creería en una casa de locos!... Al principio, yo pensaba que papá era diferente...

—¡Jacques!

—¡Ya sé que vas a defenderle, pero no vale la pena, la verdad! Hace un rato, cuando se puso a llorar, me pregunté...

—¡Chist!...

—No me impedirás decir lo que no soporto... Me pregunté si no era por su cobardía por lo que lloraba, porque nos sacrifica, a ti y a mí... Nos sacrifica a tía Poldine, a mamá...

—Te lo suplico...

—Cuando salgo de aquí, tengo la impresión de que no soy un hombre como los demás... Casi temo a la gente... Me sorprendo mirándolos a hurtadillas, como mamá, que cree siempre que tratan de engañarla...

—Escucha, Jacques... ¡Tienes que escucharme!... Estoy enferma, ¿no?... Entonces, tengo mis derechos...

—Te pido perdón...

—Quizá no me levante nunca más de la cama...

—¡Viève! —dijo como cuando era pequeño.

—No te preocupes... Creo que ni siquiera me sentiré triste... Hace ya tiempo que pienso qué bueno sería estar todo el día sola con...

—¿Con qué?

—Con nada... Con mis pensamientos... Con las cosas que siento y que veo... Ve a escuchar en la puerta...

Él fue de puntillas y regresó para sentarse al borde de la cama.

—¿No has oído nada?

—No...

—Acércate... Quiero explicarte una cosa, a ti, porque a los demás no puedo decírselo... ¡Y ni siquiera yo me atrevo casi a pensarlo!... Prométeme no reírte... Y sobre todo prométeme no decir

nunca nada a nadie, nunca...

—Lo juro...

—No, basta que lo prometas... Y me pregunto si, al hablar como voy a hacerlo, no soy yo la que blasfema... ¿Te acuerdas de Sophie, el día de la escalera?

Para los niños, que no conocían la escena del taller, la fecha más memorable era la del drama de la escalera. Hacía ya nueve. Geneviève tenía entonces ocho. Su hermano, trece, y Sophie algo más de once años.

Estaban jugando en el patio enlosado de la casa, cerca de las antiguas cuerdas, donde había una escalera de mano apoyada en la ventana de un granero. Sin duda acababan de recoger manzanas.

Era un día como tantos otros y nada hacía prever un acontecimiento fuera de lo normal hasta el momento en que Sophie puso el pie en el primer peldaño de la escalera.

—¿Te acuerdas, Jacques? Yo le dije que no subiera. No sé por qué estaba segura de que iba a pasar una desgracia. Ella se volvió y trató de darme un puntapié, luego subió...

—Habla más bajo...

—Sí... Después, ¿verdad?, ella aseguró que se había caído porque yo grité y le di miedo...

—Yo dije que tú gritaste al verla caer...

—Pues bien, Jacques, creo que no es cierto... Ella estaba en lo alto de la escalera e iba a meterse en el granero cuando yo miré al suelo, sin motivo... Había briznas de paja entre las losas... y de repente vi, sí, vi a Sophie, con la cara contra el suelo...

—Había caído...

—¡No, Jacques! Déjame terminar... Te aseguro que no tengo fiebre y que hace tiempo que ardo en deseos de hablar de esto... Levanté la cabeza y vi a Sophie en la escalera, a Sophie que, en ese preciso momento, perdía pie... Fue entonces cuando grité...

—Tuviste un presentimiento... No es tan raro.

—No lo entiendes...

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Quiero decir que explicas las cosas a tu manera. Mira, esta tarde, a la hora de vísperas, tuve unas ganas repentinas de llorar y me ha costado contenerme... No sabía aún por qué... Pero, al salir, me volví sin querer hacia el altar de la Virgen y dije...

—¿Qué dijiste?

—He dicho: «Adiós, Virgencita hermosa...».

—¿Por qué «adiós»?

—No sé... Pero, ya lo ves: ¡estoy enferma!... Y no es sólo esto, Jacques. Es por lo que pasó

después que no quiero que te vayas... Esta noche, en la cena...

Su mano temblaba. Todo su cuerpo volvía a estremecerse.

—¡Viève, tranquilízate, te lo suplico!

—Pues, entonces, Jacques, tienes que creerme, tienes que quedarte y saber que ha sucedido algo, no sé el qué, pero hemos corrido un gran peligro... Sé, Jacques, que hace poco la muerte acechaba detrás de la puerta, ignoro por quién, pero era por uno de nosotros...

—Tranquilízate, mi pequeña Viève...

—¡No me crees!

—¡Claro que te creo!

—¿Comprendes, Jacques?... Rezo tanto que... ¡No! No puedo decirlo... Sería pecar de orgullo...

—¿Rezas tanto que...? ¿Qué ibas a añadir?

—Nada... Tienes que creerme cuando digo algo, porque quizá no soy yo quien hablo... ¡Chist! ... No digas nada más... Quédate un momento más cogiéndome las manos... ¡Tienes las manos tan frescas!...

Y Jacques, sin saber por qué, lloraba en silencio, en la oscuridad. Un vago olor a éter flotaba aún en la habitación. Estaban a oscuras y sin embargo los objetos terminaban por destacarse de las sombras.

—Jacques...

—¡Chist!...

—Prométeme...

—¡Chist!

—Un mes... Quince días... Prométeme quince días...

—Te lo prometo...

—Serás amable con nuestro padre...

—Haré lo posible...

—Y con nuestra madre... Con tía Poldine...

Él no pudo dejar de ironizar:

—¿Y también con Sophie? Viene mañana...

—También con Sophie... Es desgraciada...

—¡A fuerza de detestar a la gente! ¡Sobre todo a fuerza de detestarte a ti!

—No le falta razón: yo grité *antes*. Pero no fue culpa mía... Había visto...

Sophie, a consecuencia de esta caída, pasó casi un año escayolada y se retrasó en los estudios. Para colmo, cojeaba desde entonces y se le quitaron todavía más las ganas de ir a la escuela, donde se sentía diferente a los demás.

—¿A qué hora llega?

—No tengo ni idea.

—Quizá sea mejor que subas a acostarte... Ahora ya no tengo miedo: has prometido...

Pero prosiguió, tras una pausa:

—¿Y qué hará si no oye la piedrecita en el postigo?

—Lo ignoro...

—Dile que fui yo... que tuve un presentimiento...

Él aprobó con desgana:

—Sí...

En ese mismo instante se oyó un chasquido en el rellano y asomó un destello de luz amarillenta por debajo de la puerta. Silencio aún. Pero el destello de luz estaba dividido por dos sombras, las de las piernas de alguien que escuchaba.

No había pasado ni medio minuto cuando se entreabría la puerta sin ruido y la voz de tía Poldine decía:

—¿No estás sola?

Giró el interruptor. Hermano y hermana, por un instante, no vieron nada a su alrededor, deslumbrados por la luz.

—¿Tú no te has acostado?

Y a Geneviève:

—¿Le has llamado tú?

Aquél era el tono de la casa: voces duras, miradas sin indulgencia y continuos sobreentendidos.

—Me pregunto por qué no habéis encendido la luz...

—Tía... —comenzó Jacques.

Se calló porque, detrás de su tía, veía aparecer otra silueta, la de su madre, que decía:

—¿Qué pasa, Poldine?

De modo que ya no se sabía quién vigilaba a quién, pues todos sospechaban algo.

—He oído cuchichear y he encontrado a tus hijos a oscuras.

Emmanuel no podía haber permanecido sordo a aquel trajín, pero era el único que no tenía derecho a venir a ver.

—¿A qué esperas para ir a acostarte? —decía Mathilde con voz gélida—. ¿Con qué le venías a tu hermana?

—Madre... —empezó Geneviève.

—Tú me harás el favor de ahora en adelante de no mentirme más. Cuando vine antes, me dijiste que dormías. Si consideras que, cuando estás enferma, estar a tu lado no es el lugar de tu madre, pero sí el de un joven...

—Buenas noches —balbuceó Jacques echando pesadamente escalera arriba, donde se le oyó mascullar frases indistintas.

Las dos hermanas, en camisón, permanecían de pie cerca de la puerta. Parecía que ninguna de las dos quería ser la primera en abandonar el lugar. Poldine, sin embargo, terminó murmurando:

—Espero que, ahora, se pueda dormir...

Mathilde se quedó, cerró la puerta, miró a su hija, sin rechistar, y finalmente dijo:

—¿No tienes nada que decirle a tu madre?

—No.

—¡Está bien!

Apagó la luz, salió y cerró la puerta. En su cama, Vernes tenía los ojos abiertos y siguió a su mujer con la mirada mientras ella se arreglaba la almohada.

¿Le hubiera gustado saber también a él?

Pero no dijo nada.

Ella tampoco.

La luz se apagó y Mathilde lanzó un largo suspiro.

Todas las puertas estaban ya cerradas, todas las lámparas apagadas, las mantas apretadas sobre unos seres que, ferozmente replegados en sí mismos, buscaban el sueño.

Y sin embargo había gente, un hombre y una mujer, que se cogían por la cintura y que habían bebido demasiado, gentes que salían de un café todavía abierto y que iban a esperar un autobús al final de la calle, riendo por la acera, porque el hombre rozaba sin cesar las casas y decía:

—¡Me empujas!...

—El borracho eres tú y el que tira de mí —replicaba la mujer en el mismo tono.

—Te digo que eres tú quien me empujas...

Ante la casa de las Lacroix pasó como ante las otras. El hombre se dio contra el antepecho de una ventana, hizo resonar un postigo, siguió tambaleándose y afirmó:

—¡Ves como eres tú, Mélie!...

Ni siquiera sospechaban que el golpe contra el postigo repercutía en toda la casa, donde, en cada cama, unos ojos permanecían abiertos de par en par.

III

Geneviève tenía la cara algo encendida mientras su madre retiraba el cubrecama hasta sus pálidas rodillas, más frágiles que las de una niña de doce años.

—¿No tengo fiebre, verdad, doctor? —preguntaba.

Y el doctor Jules, a quien esta falta de temperatura tenía precisamente preocupado, exageraba su franqueza y bondad.

—¡Nada en absoluto de fiebre, hija mía! Así que estoy convencido de que no será grave y que en unos días podrá levantarse...

Geneviève sonreía, porque sabía que mentía. Le sonreía de nuevo mientras le daba golpecitos en la frente para despedirse y aquella sonrisa sólo se enfrió lentamente cuando su madre y el doctor se quedaron cuchicheando detrás de la puerta.

La habitación era la más pequeña de la casa, pero era una de las pocas que tenía las paredes de color claro, tapizadas con un papel que imitaba la *toile de Jouy*. Encima de la chimenea de mármol negro, en un cuadro oval negro y oro, había un retrato muy antiguo, el de una mujer de cabellos peinados hacia atrás, blusa severa y cuello prisionero en un alto camisolín bordado.

Aquella mujer, de apenas veinticinco años, tenía los rasgos finos, más finos que los de la madre de Geneviève, más finos que los de la misma Geneviève, y había en el álbum otro retrato que la mostraba en traje de amazona.

Era la bisabuela de Geneviève; había ocupado esa misma habitación antaño, y había muerto en ella, muy joven, al dar a luz a su primer hijo.

—... Es preferible, para su tranquilidad y la mía —concluyó el doctor Jules, tras proponer llamar a consulta a un especialista.

El maletín y el sombrero hongo le eran un estorbo. Bajaba la escalera detrás de Mathilde, deteniéndose cada dos o tres escalones para hablar.

Se oyó detenerse un automóvil delante de la puerta, luego un timbrazo violento. Élise fue a abrir, dejó en el pasillo a una especie de gigante vestido con traje de caza y cubierto con una gorra abullonada.

—Hasta la vista, doctor... Gracias por haber venido...

Eran las diez de la mañana. Al pasar, Mathilde lanzó una mirada furtiva a Nicou, uno de los más importantes arrendatarios de la familia.

—Le recibirá mi hermana...

—¡Ya sé!

Pero por más que miró fijamente la gorra de aquel tipo, él no dio la menor señal de

incomodidad y no se descubrió. Élise volvió a bajar y anunció:

—La señora le recibirá dentro de unos minutos...

No le hicieron sentarse. Ni pasar a ninguna estancia, sino que le dejaron de pie en la soledad fría y gris del pasillo.

Cuando su madre regresó a su lado, Geneviève preguntó:

—¿Ha ido Jacques a su despacho?

—¡Sí, como de costumbre!

—¿Está padre arriba?

—Sí.

—¿Quién ha llamado?

—Un arrendatario que viene a ver a tu tía.

Como una enferma, se interesaba ya minuciosamente por las cosas que pasaban fuera de su alcance.

—¿Cuándo volverá el doctor?

Mathilde ponía orden en la estancia mientras, en su cuarto, Poldine se vestía con esmero, como para ir de visita, con su traje de seda y su camafeo montado en oro. Una vez engalanada, entró sin prisa en el despacho en el que, contra una pared, había instalado un alto pupitre de madera negra perteneciente a la antigua notaría. En aquel pupitre campeaba un gran libro de registro en el que ella sola escribía, y alineaba a veces cifras en columnas.

Antes de llamar, inspeccionó la estancia, desplazó un sillón tapizado, arregló unas flores artificiales en un jarrón y ordenó finalmente a Élise:

—Haz subir a Nicou.

No bien había entrado éste cuando, en la otra habitación, Geneviève murmuraba:

—¿Ya te vas, madre?

—¡Chist!... Ahora vuelvo...

Y Mathilde se quedó en el rellano, con el rostro inclinado hacia la puerta del despacho. Oyó a su hermana que decía con serenidad:

—Siéntese, por favor. Si le molesta la gorra, puede dársela a la doncella...

Ya se sabía que lo de permanecer cubierto con la gorra y presentarse calzado con las botas embarradas lo hacía a propósito, mientras que los días festivos se vestía con esmero. No era una visita casual, sino el enésimo episodio, quizá, de una ardua lucha que duraba hacía años.

Taimado, socarrón, permanecía allí, sin decir esta boca es mía, balanceándose en la silla como un oso y mirando a la mayor de las Lacroix con ojos chispeantes de una osadía vulgar.

—Le he hecho venir... —comenzó ella.

—¡Oh! No se preocupe. Con el coche, es un instante...

—Ya habrá visto que el alguacil levantó acta...

—¡En la que consta que me niego a pagar, en efecto! Pero yo hice venir a otro que comprobó los daños...

Desde su cama, Geneviève apenas oía un murmullo de voces. Mathilde no se perdía ripio y podía prever cada respuesta.

Toda la fortuna de las Lacroix era en casas y en tierras. Poseían, entre otras cosas, en un suburbio, una calle entera de casas baratas, todas iguales, que recordaban los edificios de un cuartel. También tenían fincas agrícolas y Nicou explotaba la de los Chartrins, la mayor y mejor de ellas, para la que tenía aún once o doce años más de contrato.

—No por vivir en el campo uno es más tonto, ¿comprende? —decía—. Tal vez se salió usted con la suya con los viejos, pero conmigo...

Había todo un expediente de los Chartrins, un expediente repleto de papel timbrado. Poldine, que redactaba personalmente los contratos con voluptuosa minucia, había conseguido introducir en el de los Nicou una cláusula especificando que las reparaciones, incluidas las de los tejados, corrían a cargo del arrendatario.

Fue en tiempos en que Nicou, mozo de labranza en los Chartrins, cifraba todo su orgullo en establecerse por su cuenta. Firmó como quien dice sin leer. Luego, al año siguiente, reclamó unas reparaciones, pues el tejado de las alquerías amenazaba ruina.

Poldine se pasó tardes enteras, trabajando en el asunto, y ahora, a fuerza de discutir y dar largas, había sesenta mil francos al menos en reparaciones ya urgentes.

—¿Conoce usted al abogado Bochart? —preguntó el campesino con regocijo—. Pues tendrá que entenderse con él, porque es mi defensor...

—En ese caso, tendrá que dirigirse usted al abogado Crispin, mi notario...

En el rellano, Mathilde estaba tranquila y fría, como dedicada a sus tareas cotidianas. Sabía que Nicou quería comprar los Chartrins y que Poldine no quería vender. También sabía que eran de tan mala fe el uno como el otro.

—Me sacó usted la firma con malas artes, efectivamente, pero mi abogado asegura que carece de valor, porque la ley...

Léopoldine se estremeció. Mathilde se estremeció. Geneviève, en su cama, aguzó el oído. Se acababa de oír, en la calle, la bocina familiar del pequeño automóvil de Sophie.

La muchacha, sorprendida de encontrar un gran coche gris ante la puerta, aparcó detrás de él, llamó a la puerta de manera convencional y preguntó a Élise:

—¿Quién hay?

—Un arrendatario... El señor Nicou.

Sophie era tan alta como su madre, más vigorosa, de sólida constitución, carne prieta y vulgar y rasgos muy marcados. Élise acababa de entrar manzanas y, al pasar, la muchacha cogió una, echó escaleras arriba y encontró a su tía escuchando en el descansillo.

—¿Está ahí mamá?

—¡Chist!... Lo primero ve a saludar a Geneviève, que está enferma...

Y Sophie, mordiendo la manzana y masticando trozos demasiado grandes, sin importarle las muecas que hacía, entró en la habitación de su prima, yendo y viniendo de tal manera que agitaba literalmente el aire en torno a sí.

—¿Qué te pasa?

—No se sabe.

—¿Dónde te duele?

—No me duele nada. Son las piernas.

—¿Qué les pasa a tus piernas?

Y Sophie, que cojeaba, y gozaba de una salud insultante, no paraba de un lado para otro, desordenaba los objetos de encima de la mesa, retiraba ropas de una silla para sentarse ella.

—¿Te ha ido bien? —le preguntó en voz baja Geneviève.

—¡Qué va! ¡Tu padre puede que sepa algo de pintura! Para hacer apaños en cuadros, no digo que no... Pero para lo demás...

Era el último capricho de Sophie. Tenía uno nuevo cada año o cada dos. Primero, había enloquecido por la música, dedicándose ocho o diez horas diarias a tocar el piano y torturando uno tras otro a los profesores de la ciudad. Luego, un buen día, se puso a cantar, y, al final, decidió estudiar pintura. Se instaló, casi por la fuerza, en el taller de su tío, allí arriba, donde, durante meses, manejó los colores con la vehemencia que ponía en todo.

Ahora volvía de París, donde había enseñado unas muestras de su producción en las galerías y a los marchantes. Estaba furiosa.

—¡Me han dicho que así se pintaba hace cuarenta años, y aun así, en las academias de provincias!...

Se levantó, abrió la puerta y preguntó a su tía:

—¿Aún no se ha ido?

—¡Chist!...

La discusión, en efecto, se había envenenado. Nicou gritaba, orgulloso de alzar la voz en aquella casa.

—... Cuando no se tiene dinero para pagar las reparaciones, se vende lo que sea, digo yo... No vaya a creer que me impresiona con sus aires... Y cuando afirmo que los Chartrins serán míos...

Sophie se encogió de hombros, entró, rozó a Nicou al pasar, ofreció las mejillas a su madre y dijo:

—Se le oye en toda la casa... ¿A qué esperas para ponerle de patitas en la calle?

No había más que un tazón de leche sobre la mesilla de noche, pues, por si acaso, el doctor había puesto a Geneviève a dieta. La habitación daba al jardín y las ramas desnudas de un árbol se recortaban en negro contra la muselina pálida de los visillos.

Sin rechistar, Geneviève lo oía todo, reconocía los diferentes ruidos, desentrañaba el sentido de las idas y venidas. Esperó largo rato la llamada del timbre de Jacques, que parecía siempre con prisas, sus pasos en el pasillo, la vibración del perchero al que lanzaba de lejos el abrigo y la frase que no dejaba de espetar a Élise:

—¿Qué hay para comer?

Durante cerca de un cuarto de hora, Sophie, con ayuda de la criada, había retirado de su coche los lienzos y los bastidores, y lo habían ordenado todo en la antigua notaría convertida en trastero.

Cuando tintineó la campanilla para comer, Vernes bajó y sus andares eran también característicos, titubeantes, furtivos, tanto que parecía haber espacios en blanco en el ruido de sus pasos y cabía a veces preguntarse si se había detenido.

En el descansillo, hizo una pausa y Geneviève permaneció en suspenso, se sintió contenta cuando se abrió la puerta y entró su padre, con su chaqueta de pana, su chalina, su pelo que empezaba a ralearse, su fino bigote de puntas caídas.

—¿Cómo te sientes, Viève?

Daba siempre la impresión de estar de perfil, de tan huidizo como era. Del mismo modo que pronunciaba las palabras levemente, sin apoyarse en las sílabas.

—¿Qué ha dicho?

—¿El doctor? Pues que no era grave...

—Sophie ha vuelto, ¿no?

—No le ha ido muy bien.

—¡Ah!

No se atrevía a sentarse, ni a detenerse. Sólo pasaba por allí. Temía que le retuvieran. Por otra parte, le daba un poco de vergüenza irse así...

—Creo que viene tu hermano...

Era la excusa. Se retiraba. Prometía:

—Hasta luego...

Se hacía a un lado para dejar sitio a Jacques y desaparecía en la escalera, mientras el joven se dejaba caer al borde de la cama.

—¿La has visto? —le preguntó Geneviève—. ¿Qué te ha dicho?

—¡Ni siquiera hemos podido hablar! Le he dado a entender, por gestos, que lo había aplazado... ¿Así que ha vuelto la yegua?

—¡Jacques!

—¿No pretenderás que tenga la más mínima consideración? ¿La tiene ella con nosotros? Bien que se encarga, para molestarme, de dejar su coche todo el día delante de la puerta... ¿Qué ha dicho él?

—¿Quién?

—Nuestro padre...

—Ya has visto... No ha dicho nada... Parece más taciturno que de costumbre.

—¡Peor para él!

—¡Jacques!

—¡Estoy harto! ¿Qué quieres? Si fuera un hombre, no se dejaría tratar como le tratan, y sobre todo no nos sacrificaría. Tú no sales, prácticamente, y acaba por parecerse natural vivir en esta casa como vivimos. A mí, cada vez que vuelvo de la ciudad y doblo la esquina de la calle, se me encoge el corazón...

—Ya están todos a la mesa, Jacques.

—¡Me importa un bledo!

—¡Será nuestro padre quien pagará el pato!

—Me trae sin cuidado. Me he quedado por ti, pero te advierto que no aguantaré más. Una vez soñé que golpeaba con todas mis fuerzas en la cara a tía Poldine, que la arañaba, la mordía, la desgarraba...

—¡Cállate, por favor!

—¡Está bien! Me pregunto si un día...

Se tragó maquinalmente un sorbo de leche. Como Sophie, tenía siempre hambre, siempre sed, siempre ganas de algo y, aquel día, Geneviève se quedó sorprendida de ver que su hermano y su prima tenían los mismos labios carnosos, la misma nariz bulbosa, los mismos ojos saltones.

—¡Baja, Jacques! Va a haber una escena...

Se encogió de hombros y salió, volvió sobre sus pasos para preguntar:

—¿No quieres que te suba algo de comer?

—¡No! No tengo hambre.

Le oyó entrar en el comedor, mover una silla, tocar una bandeja o un plato. Entonces parecía que al fin se hacía la calma a su alrededor, que la habitación se hacía más clara, y el aire más límpido, de una rara cualidad. Movi6 los hombros para mejor hundirlos en el calor de las almohadas y sus labios temblaron.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia...

Su mirada, tras errar un instante por las florecillas de la pared, se fijaba maquinalmente en el retrato de marco negro y oro.

—... bendita tú eres entre todas las mujeres...

S6lo era consciente de la felicidad de estar all6, completamente sola en su cuarto, en vez de estar con los dem6s en el comedor.

—... ahora y en la hora de nuestra muerte, am6n...

La mujer del retrato hab6a muerto, en aquella habitaci6n, en aquella cama. ¿Y sin duda Geneviève morir6a all6? ¿Tal vez ser6a pronto?

—... ahora y en la hora de nuestra muerte...

Quiz6 tambi6n m6s tarde habr6a otra muchacha en su lugar, una muchacha que rezar6a mirando el retrato.

—... llena eres de gracia... ruega por nosotros, pobres pecadores...

Repiti6:

—... pobres pecadores...

Y se obraba el milagro. Su cuerpo se volv6a ligero, como su esp6ritu. Las im6genes se enturbiaban ante sus ojos, lo bastante para que la muchacha del retrato se asemejase a la Virgen de la iglesia y sus rasgos cobrasen vida.

—... llena eres de gracia...

S6lo har6a falta una nimiedad, muy poca cosa, un esfuerzo m6s para llegar a... No sab6a a qu6... A un 6xito definitivo, sobrehumano.

—... ahora y en la hora de nuestra muerte...

Le escoc6an los ojos. Ten6a los dedos cruzados sobre el cubrecama, totalmente blancos como los de una muerta.

De repente se puso tensa, mir6 r6pidamente hacia la puerta, abri6 la boca. No hab6a pasado nada. No hab6a o6do nada. Pero hab6a sufrido una fuerte impresi6n, como la v6spera, en el comedor, cuando grit6, como aquella vez que grit6 tambi6n cuando su prima no hab6a ca6do a6n de la escalera.

La puerta estaba cerrada y Geneviève no conseguía sosegar. Esperaba, jadeante. Veía por fin darle al interruptor de porcelana. Percibía un rostro, unos bigotes, unos ojos atemorizados, y murmuraba ya tranquila:

—¡Eras tú!

Cerraba los ojos. Los volvía a abrir y veía a su padre sentado a los pies de la cama, a su padre que la miraba ávidamente pero que volvió la cabeza en cuanto ella levantó los párpados.

—Padre... —balbuceó.

Su mano buscaba, entre las sábanas, la mano de Vernes. Geneviève estaba turbada, porque su angustia no se disipaba del todo. Se volvía de nuevo hacia la puerta, que estaba cerrada. Decía, alcanzando por fin unos dedos crispados:

—¿Qué te pasa?

Y su padre se dejaba caer sobre la cama, hundiendo la cabeza en la almohada, y lloraba, como había llorado la víspera en el pasillo. Lloraba mal. Era penoso. Parecía que le desgarraba la garganta, que los sollozos no querían salir.

—Padre...

—¡Calla! —susurraba él con gesto medroso.

—Te aseguro que no estoy tan enferma.

—¡Calla!

—Te aseguro, padre, que no quiero morir, que no me moriré...

Él no podía más. Le suplicaba que se callase por fin, que no siguiera torturándole.

—Ya verás, padre, cómo todo se arregla...

Y en eso, entraba Jacques, y su padre se incorporaba con presteza, avergonzado, medroso, tratando en vano de disimular.

—¿Qué quieres? —preguntó mirando a otro lado.

—Nada. Venía a darle un beso a mi hermana...

Había desconfianza en los ojos del joven, una ausencia total de afecto por su padre. Esperó a que se fuera, y preguntó a Viève:

—¿Qué le pasaba? ¿Qué le ha dado ahora?

—Creo que se hace mala sangre por mí. Se imagina que voy a morir...

Jacques emitió un gruñido dubitativo.

—¿Tú qué crees? —preguntó su hermana.

—¡Siempre con lo mismo! Existe un secreto entre él y nuestra tía. Tal vez nuestra madre forme

parte de él también. En cualquier caso, es un secreto terrible, ¿tal vez un crimen?

En el rellano, Sophie le hablaba a su madre con aquella voz suya reconocible a distancia entre todas.

—¿Quieres que te lleve en coche?

—No.

—¿No puedo ir contigo?

—No.

—¿Qué es ese paquete?

El hermano y la hermana se miraron, y Jacques se encogió de hombros como diciendo «¡Qué le vamos a hacer!».

Salió, pasó por delante de su tía sin saludarla, se detuvo abajo ante Élise, que brillantaba la bola de cobre del final de la escalera y, contemplando su ancha cara de un rosa casi artificial, masculló:

—Bien, querida...

Cuando se hubo ido su madre, Sophie desató sus demonios. Estuvo media hora aporreando el piano que habían puesto para ella en el salón. No tocaba ninguna melodía, sino cantinelas que se le pasaban por la cabeza y cuyos acordes iban a chocar contra todas las paredes de la casa.

Entretanto, Mathilde debía de estar cosiendo, en el cuarto que llamaban desde siempre el obrador, acaso desde la última bisabuela. Todos, en casa, tenían su lugar, su celdilla. Únicamente Sophie escapaba a la disciplina común, podía ir y venir a sus anchas, casi siempre arisca y ruidosa, más desagradable todavía cuando estaba de buen humor, pues entonces no conocía freno.

—¡Élise!... ¡Élise!... —se la oyó llamar a los cuatro vientos.

La voz de Élise respondió desde el sótano, donde le habían mandado ordenar las cajas viejas. La sirvienta tuvo que subir, lavarse las manos y cambiarse de delantal para ayudar a Sophie a reordenar completamente los muebles de su habitación, contigua a la de Geneviève.

—¡Cuidado, idiota, que me pillas los dedos!... No tan fuerte, te digo... A la derecha... ¡Ahí!... Ahora ve a por una escalera...

—Está al fondo del jardín...

—Pues ve a buscarla...

Geneviève no rechistaba. Su madre, inclinada sobre la labor, contaba los puntos mientras movía en silencio los labios y se estremecía a cada nuevo estruendo.

Allí arriba, a salvo detrás de su puerta cerrada, Emmanuel Vernes continuaba sin pasión un cuadro que tenía empezado y que, como todos los que pintaba desde hacía años, representaba los tejados de la ciudad.

Era el panorama que tenía ante los ojos, tejados grises de pizarra, chimeneas estrechas o chaparras, con un campanario de iglesia a la derecha y un patio cuadrado a lo lejos. Cambiaba la luz, los reflejos, el cielo, las nubes.

En otro caballete había colocado un cuadrito de la escuela de Teniers, pero, de una vez por todas, cerca de veinte años antes, Vernes había decidido no dedicar más que la mañana a la restauración de cuadros antiguos y reservar la tarde a su arte.

Pintaba sentado, pequeños lienzos exclusivamente, con pinceles finos, pinceles de marta. De vez en cuando, volvía a encender su cigarrillo, que dejaba apagarse enseguida, aunque el suelo alrededor estaba alfombrado de cerillas.

Limpiaba él mismo y, como se le encendían fácilmente los pómulos, siempre temía estar tuberculoso.

Las voces atronadoras de Sophie no llegaban hasta él, o más bien le llegaban como un rumor anónimo y así podía rumiar, durante horas, los mismos pensamientos.

Al fondo del taller, por el suelo, contra la pared, había un cuadro que no había cambiado de sitio desde hacía dieciocho años y nadie se había atrevido a tocar. Era un retrato inacabado de Léopoldine, una Léopoldine de treinta años, de pie, con una mano apoyada en un velador de ébano con incrustaciones de nácar.

Emmanuel, nada diestro en tratar la figura humana, había trabajado ese retrato a la manera de los cuadros que hacen los alumnos a partir de modelos de escayola. Léopoldine, más alta de lo normal, tenía la rigidez de las estatuas antiguas, el mismo tono gredoso, que resaltaba aún más por el rosa demasiado pálido del vestido.

Sólo un pequeño fragmento de la tela tenía realmente vida, aquella mano posada a lo largo, una mano desproporcionada, monstruosa, con un pulgar tan ancho que no parecía real.

El estruendo se acercaba. Llegaba Sophie, acompañada de Élise, hacía abrirle la puerta.

—Te devuelvo tus bastidores... Ya no los necesito...

Y se plantaba ante la tela de su tío, encogiéndose de hombros, y ordenaba a la sirvienta:

—¡Deja eso donde sea!

Cuando bajó, Mathilde cerró la puerta que había entreabierto para escuchar. Luego volvió a abrirla, pues Élise seguía allí arriba, y no la cerró definitivamente hasta que Emmanuel quedó solo en el taller.

—¿Te aburres? —preguntó Sophie a su prima.

—No. ¿Y tú?

—Me pregunto qué ha ido a hacer mi madre a Le Havre. No ha querido que la llevara en coche. ¿Qué ha pasado estos últimos tiempos?

—No sé.

—¡Déjate de misterios! Me doy perfecta cuenta de que las cosas van de mal en peor. Tu madre con su sonrisa maligna de través y la cabeza ladeada, que es toda una señal. Y lo que es tu padre... ¿No te comes esta pera?

Ella se la comió, masticó, hizo unas muecas, fue a mirar por la ventana y salió finalmente suspirando:

—¡Qué casa!

Caía la noche. Geneviève no llegaba a la llave de la luz y nadie pensó en venir a encendérsela. Arriba, pasó al menos media hora antes de que Emmanuel pensara en encender la lámpara. Y Mathilde, ahora, cosía a máquina y se percibía el continuo temblor de los parqués.

En cuanto a Poldine, se arriesgaba a la vida anónima. Había tomado el tren. La gente hablaba y fumaba en su compartimento. Un campesino con cara de guasa la miró a hurtadillas varias veces dándole un codazo a su vecino. Pero contra el bloque rígido que formaba ella en su rincón, todo era en vano.

Había caminado por las calles, en las que flotaba una fina niebla procedente del mar, y había entrado en una farmacia desierta en la que se la vio misteriosamente inclinada hacia el farmacéutico.

Ahora esperaba en una pastelería. Había pedido un té. La camarera le sirvió unos pasteles, pero ella ni los miraba siquiera. Habían encendido las lámparas eléctricas y alrededor de toda la estancia había espejos. Una mamá le secaba la boca a una niña. La gente pasaba por detrás del ventanal. Un tranvía dejaba oír su campanilla.

Nada afectaba a Léopoldine, que podía permanecer horas así, sin moverse, encerrada en sí misma.

El farmacéutico había dicho:

—Pásese dentro de una hora.

Y ella consultaba a veces su reloj de pulsera. Cuando fue la hora, exactamente, eligió unas monedas en su bolso para pagar el té, salió sin volverse, caminó acompasadamente a lo largo de las casas y finalmente giró el picaporte de la farmacia.

No era el farmacéutico quien estaba allí, sino una ayudante en bata blanca. Debía de estar al corriente, pues dijo:

—¿Quiere seguirme por aquí?

La hizo entrar en un laboratorio minúsculo en el que no había más asiento que un alto taburete, y el farmacéutico cerró la puerta.

—Supongo que, si me ha traído esa sopa para analizarla, es que tenía sospechas.

El hombre era barbudo, desaliñado, con una barba grasienta. Poldine le paró tranquilamente los pies.

—¿Tiene el resultado del análisis?

—Le diré que he encontrado restos de arsénico... Sobre todo, no me malinterprete ni me atribuya lo que no he dicho... Se trata de restos... ¿Ha oído? ¡Restos!

—¿Suficientes para envenenar a alguien? —preguntó ella sin inmutarse.

—¡Ni hablar! ¡La cantidad es demasiado pequeña! Creo incluso que la persona que tomara esa sopa no acusaría ningún efecto. ¿Un ligero malestar quizá?... ¡No es seguro!... Pero, evidentemente, a la larga...

—Quiere decir que a fuerza de tomar sopa envenenada...

—Es lo que sucedió hará unos diez años en Falaise donde una mujer tardó más de seis meses en matar a su marido.

—¿Cuánto le debo?

—¿Puedo preguntarle si cuenta usted...?

—¿Cuánto le debo? —repitió ella abriendo el bolso.

—Veinte francos. La situación es un tanto delicada y...

—¡Aquí tiene, señor! Y gracias.

Se quedó sentada una media hora en la sala de espera de segunda clase. Tomó el tren, no compró el periódico y miró al frente durante todo el trayecto.

Eran las siete menos cinco cuando llegó a casa, pero no empleó más de cinco minutos en cambiarse, bajó al comedor en cuanto sonó la campanilla, se sentó, y comprobó si cada cual estaba en su sitio.

Vernes parecía indispuerto. Jacques miraba fijamente su plato. Sophie comía ya de su pan.

Poldine, con gestos cotidianos, hundió el cucharón de plata en la sopera, sirvió a todos, salvo a ella, y articuló observando a su cuñado:

—El médico me ha aconsejado que no tome más sopa.

Emmanuel levantó rápidamente la cabeza. También rápidamente Mathilde volvió los ojos hacia él, luego hacia su hermana.

Sophie dijo, con la boca llena:

—¿Te da miedo engordar?

En cuanto a Jacques, se levantó bruscamente, lanzó la servilleta sobre la silla y espetó, antes de dirigirse hacia la puerta:

—¡Jolines! Ya empezamos...

Furioso, harto de todo, subió a la habitación de su hermana.

SEGUNDA PARTE

Era el cuarto día desde que Geneviève guardaba cama. Hacía ya cuarenta y ocho horas que Mathilde estaba visiblemente inquieta.

Hacia las once de la mañana, abandonó el cuarto de su hija, como si se alejara sólo por unos instantes. Entró en su habitación y encontró a Élise haciendo la cama. Difícilmente se hallaría una muchacha más limitada que Élise y sin embargo Mathilde sintió que la miraba con segunda intención. Un rayo de sol, que llevaba días sin salir, cortaba la habitación en diagonal e iluminaba el tumulto de millones de motas de polvo que ascendían de los colchones removidos.

—Y bien, ¿a qué espera?

Pues Élise había hecho una pausa en su trabajo.

—A nada, señora.

Mathilde dudó todavía un instante. Como la ventana estaba abierta, se acercó, miró el gran castaño sin hojas, las losas del patio, el cuadro de tierra negra, en medio del cual se alzaba el tronco del árbol, luego el tejado en pendiente del establo, la pared de ladrillo rojo con una polea encima de la puerta del granero.

Por fin se decidió a salir de la habitación, atravesó el pasillo y entró en el despacho de su hermana.

No había nadie. Y como no había nadie...

El origen de todo había sido el gesto de Jacques, quien, dos noches atrás, en la cena, se levantó bruscamente como ahogándose y salió del comedor mascullando:

—¡Jolines!... Ya empezamos...

Arriba, su hermana no pudo sacarle más. Testarudo, terco, con la mirada fija y una expresión despectiva en los labios, repetía:

—¡Te digo que ya estoy harto! ¿No está claro?

—Pero ¿qué ha pasado ahora, Jacques?

—¡Yo qué sé! ¿Es que alguien lo sabe? ¿Es que hay alguien en esta casa que se aclare en medio de estos misterios, de estas caras equívocas, de este continuo ir y venir y de estas palabras de doble sentido? ¡Ya estoy harto!

—¡Jacques!

No sabía que le estaban oyendo desde abajo. La verdad es que no comprendían lo que decía, pero captaban la cadencia de las sílabas, el tono rencoroso de las frases.

—Y naturalmente, es el momento que has ido a elegir tú para ponerte enferma, y que yo no pueda irme sin quedar como un bruto... Y si te pasa algo, apuesto a que dirán que ha sido culpa mía...

Sólo Poldine se atrevía a mirar abiertamente al techo, que retemblaba bajo los pasos de Jacques.

El silencio se prolongó en torno a la mesa y, cuando Poldine pronunció unas palabras, fue con una voz neutra, casi demasiado dulce:

—¿Se lo consientes? —preguntó la mayor a su hermana.

Mathilde bajó la cabeza. A Élise le dio tiempo de servir unas patatas asadas con la piel, y todos, quemándose los dedos, se dedicaron a pelarlas con la punta del cuchillo.

—Espero que esto no se repita —prosiguió en el momento menos esperado la voz de Poldine—. Quiero creer también que le harás presentarnos sus disculpas...

Mathilde se revolvió, miró a su hermana a los ojos y, palideciendo, dijo:

—Eso es asunto mío.

Entonces ocurrió que, a medida que Jacques se calmaba arriba, el tono de la discusión subía, en el comedor, hasta el punto de que Viève murmuró:

—¡Chist!... Escucha.

Sophie se inmiscuía. Debía de estar de pie, recorrer la habitación, porque su voz llegaba de distintas direcciones.

Tal vez los nervios llevaban demasiado tiempo tensos. De repente se producía el estallido vulgar, la discusión sórdida. Mathilde plantaba cara.

—No pretendo que Jacques esté bien educado, pero sí tanto sin duda como Sophie...

Emmanuel comía con desgana. Jacques, sarcástico, se había apostado encima de la escalera para oír mejor. Élise cenaba en un canto de la mesa de la cocina, sobresaltándose a cada nuevo estallido como si corriera un verdadero peligro.

—Hace ya demasiado tiempo que nos tiranizas...

—¿Soy yo quien te retiene aquí?

Nunca habían caído tan bajo. Se remontaban mucho tiempo atrás para remover viles recuerdos, y los reproches llovían, mezquinos, amargos como eructos pestilentes.

Emmanuel fue el primero en subir a acostarse. Mathilde, pálida y temblando aún, no hizo sino entreabrir la puerta del cuarto de su hija:

—Tú —dijo a Jacques—, vete a tu cuarto... ¡No! Ni una palabra más... Buenas noches, Geneviève.

Sophie no vino a dar un beso a su prima, pero, hasta las once de la noche, estuvo armando ruido.

Y al día siguiente, toda la casa tenía resaca. Las comidas tuvieron lugar en silencio. Sólo Poldine y su hija afectaban cambiar algunas palabras.

Todo era gris, desagradable. Todo era feo, de una fealdad triste, y la visita del especialista que el doctor Jules hizo venir de París no mejoró las cosas.

Era un hombre de unos cincuenta años que no perdía el tiempo en formalidades corteses ni se tomaba la molestia de responder preguntas inútiles.

Ya en el pasillo de la planta baja, refunfuñó:

—¡Naturalmente, la casa no se ventila nunca! Esto apesta a cerrado...

Y, con una mirada hostil hacia Poldine y su hermana, añadió:

—¿Dónde está la muchacha?

Entró en la habitación, giró en redondo de mal humor y comprendieron qué buscaba cuando gruñó:

—¿Puede uno lavarse las manos?

Mathilde se apresuró a abrir una puerta, descubriendo un armario empotrado en el que había una mesa y, sobre ella, una jarra de loza floreada y una jofaina.

—Le daré una toalla limpia...

—¡Sí, por favor! Pero harían mejor en tener agua corriente...

Era alto y fuerte y su mole hacía más impresionante lo exiguo del cuarto de aseo.

—¿De veras creen que puede uno lavarse aquí dentro?

Fue así de desagradable hasta el final, mientras el viejo doctor Jules, a su espalda, explicaba por gestos que era su forma de ser y no había que hacer caso.

—Desnúdela.

—Pero, doctor...

—Le digo que la desnude. Luego salga.

—Pero...

Mathilde y Poldine tuvieron que salir de la habitación y esperar en el rellano. La consulta duró cerca de dos horas. No oían ningún ruido. Tan sólo, de vez en cuando, una voz que decía:

—¿Le duele?

O también:

—Tosa... más fuerte... ¡Está bien! Ahora, respire... Levántese... No tema: le digo que se levante...

Hubo que bajar para que parara el piano que Sophie estaba aporreando.

Finalmente el doctor abrió la puerta y preguntó:

—¿Dónde se puede escribir?

—Por aquí, señor profesor —se apresuró a decir Poldine abriendo el despacho.

Él seguía mirando en torno como un perito tasador, con aire de reproche y asco.

—Tomará una copita, ¿verdad?

—¡No!

Escribía. Llenó tres páginas con letra apretada, las dejó allí, en el alto pupitre de madera negra, se volvió hacia la puerta para indicar que había terminado.

—¿Qué le debo, doctor?

—Dos mil francos.

Y nadie respiró hasta que se fue. No había dicho nada. No se había mostrado ni tranquilizador ni alarmante. Se limitó a prescribir un régimen minucioso, y cuidados complejos escalonados durante casi todas las horas del día.

Léopoldine y su hermana seguían sin dirigirse la palabra. La visita, lejos de borrar el recuerdo de la escena de la víspera, no hizo sino acrecentar el rencor ambiente.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Mathilde a su hija.

—Nada, mamá... Simplemente que me ponía en observación y que yo debo anotar cuidadosamente todo lo que sienta...

Aquella noche, Vernes oyó a su mujer resoplar más rato que de costumbre. No sabía que poco antes había entrado en la habitación de Jacques, que la recibió con una mirada hostil.

—Adivinas lo que he venido a hacer, ¿no? —murmuró inclinando la cabeza, como notó nada más verla.

—No, madre.

—Ayer, te levantaste de la mesa de una manera inadmisibile. Tu tía exige disculpas. He venido a pedirte...

—No me disculparé.

—¡Jacques! Si yo te lo pido...

—Ni tú ni nadie. ¡No me disculparé, y basta!

Vio que iba a echarse a llorar y se apresuró a añadir:

—¡Aunque te pongas de rodillas!

Y fue a abrir la ventana.

A tal punto habían llegado. Lo que no impidió a Mathilde, por la mañana, prodigar sus cuidados a Geneviève y comportarse como una enfermera dulce y paciente.

—¿Sigues sin dolerte nada?

—Sí, madre...

—¿Estás segura de que no puedes andar? ¿Lo has intentado?

—No vale la pena intentarlo, madre. No volveré a andar, lo presiento. Noté que el profesor pensaba como yo...

Su madre le había puesto ropa limpia, había abierto la ventana unos minutos para arear el ambiente.

—¿No quieres leer algo? ¿No te aburres?

—No, madre...

Así que todo venía del gesto de Jacques, de su ruidosa salida. Los demás hechos no eran sino eslabones.

Nadie podía saber lo que Mathilde pensaba al mirar al patio, por la ventana de su cuarto, mientras Élise sacudía los colchones, que adoptaban formas de monstruos.

Al menos, Mathilde mostraba su leve sonrisa doliente, con la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, las manos cruzadas delante.

Cuando abrió la puerta del despacho, vio de inmediato que no había nadie y le pareció que el fuego se había apagado por descuido, lo que sucedía raramente.

Habría podido decir como de costumbre:

—¿Estás ahí, Poldine?

Ahora bien, si no lo dijo, no fue pura casualidad. Estaba efectivamente decidida a un gesto conciliador. Lo pensó ya la noche antes en la cama. Preparó las frases que diría, pero sin adoptar una actitud humilde o contrita.

—He hablado con Jacques...

Y su hermana no diría nada, para no ayudarla. Esperaría fríamente.

—Ya sabes cómo son los jóvenes... Lamenta lo hecho, pero se niega a reconocerlo ante ti... Te pido que no pienses más en ello...

Era todo. Para los extraños, no tenía probablemente sentido. Pero Poldine comprendía. Por otra parte, era lo que Poldine esperaba, debía de estar tan ansiosa como su hermana.

Mathilde nunca llevaba suelas de cuero en casa. Precisamente esto había propiciado la escena del taller, hacía tiempo, ya que pudo llegar al último rellano sin que la oyeran, a pesar de que estaba la puerta entreabierta y no había alfombra.

Esta vez, recorrió los cuatro metros que la separaban del cuarto de su hermana, y no obstante dudó, con la mano sobre el tirador de porcelana.

Finalmente se decidió, y abrió la puerta. Y Poldine, a quien veía de espaldas, de pie delante de la chimenea, se volvió de sopetón, tan sobrecogida que soltó un objeto de cristal que se hizo trizas contra el parqué.

—¿Qué quieres? —exclamó.

—Perdona... Venía a decirte...

Pero estaba tan sorprendida como su hermana y le era imposible ya hablar. Poldine se había agachado. Mathilde quiso agacharse a su vez y recoger los fragmentos de cristal.

—¡Déjame!

—No sabía, te lo juro...

Sobre todo no sabía ya lo que decía. Le había dado tiempo, al volverse su hermana mayor, a reconocer el objeto que sostenía: una probeta como las que había visto en la escuela, en la clase de química.

La probeta no estaba vacía. Mathilde tenía la certeza de que el líquido que contenía era transparente, ligeramente teñido de amarillo.

Sobre la chimenea, que, en aquella habitación, era de mármol blanco, estilo Luis XVI, se veían varios frascos y, al lado, el infiernillo de las tenacillas de rizar el pelo estaba encendido, expandiendo un insulso olor a alcohol de quemar.

—¿Qué estabas haciendo?

Poldine, incapaz de contener más la ira, estalló:

—¿Y tú qué venías a hacer aquí, eh? ¿Qué querías espiar ahora?

—Poldine, te aseguro... Ni siquiera sabía...

—¿Qué es lo que no sabías?

Mathilde retrocedía. No venía preparada para semejante situación, y cuando estuvo en el umbral de la puerta, Poldine la cerró violentamente y echó la llave.

Aquél fue el nuevo acontecimiento, que acababa de desarrollarse en una de aquellas raras mañanas de sol, a la hora en que la casa, entregada normalmente a su aseo, aflojaba su maldad.

¡Había una probeta y unos frascos en el cuarto de Poldine! ¡Al verse sorprendida, se había quedado tan estupefacta que había dejado caer lo que tenía en la mano!

Ya en su cuarto, Mathilde echó a Élise.

—Déjelo... Ya terminaré yo...

La ventana seguía abierta. Unas hojas muertas moteaban de rojo el vacío del patio.

Mathilde tenía los ojos azul claro y, cuando reflexionaba, viraban a gris.

Durante el almuerzo, aquellos ojos estaban más grises que nunca, mientras Poldine afectaba

conversar tranquilamente con su hija. Y Emmanuel estaba tan febril que cabía preguntarse qué podía hacer allí arriba todo el santo día, porque era incapaz de pintar.

En cuanto a Jacques, su actitud era ya abiertamente hostil. Seguía viniendo a comer, pero se sentaba torpemente, arrastrando la silla, comía con los codos en la mesa, indiferente a cuanto sucedía a su alrededor.

¿Sin duda no se consideraba ya parte integrante de la familia? Se quedaría algún tiempo, porque su hermana estaba enferma y se lo suplicó, y quizá también porque a fuerza de esperar le costaba un poco tomar una decisión.

Por dos veces, su prima trató de atacarle, pero él no contestó, limitándose a mirarla como diciendo: «Lo que tú quieras... A mí, no me importa... Continúa y se reanudará la batalla...».

Por la tarde, Poldine fue de compras a la ciudad, negándose una vez más a que su hija la llevara en coche.

«Sin duda —pensó Mathilde—, va a sustituir la probeta rota...».

En ausencia de Poldine, las horas fueron tranquilas. Los cuidados que había que prodigar a Geneviève ocupaban ya buena parte. Sophie, excepcionalmente, no estuvo demasiado ruidosa. Apenas se puso un cuarto de hora al piano. Luego, en el despacho de su madre, escribió a una amiga del Berry, y finalmente se dejó ver por el cuarto de su prima.

—¿Tú no tienes tanto de que quejarte!... Sí que has de guardar cama, pero no tienes las piernas escayoladas, como me pasó a mí... ¿No quieres leer?

—No...

—Esto me hace caer en la cuenta de que no he recortado aún mi folletín...

No recibían más que un periódico, un periódico local, ya que lo que interesaba a Poldine eran las ferias y los mercados, la cotización de los productos agrícolas, los alquileres, la venta de terrenos y de inmuebles.

El cartero de los impresos lo echaba al buzón cada mañana hacia las ocho y, desde el comedor, se oía el ruido del periódico al caer y luego el golpe del buzón al cerrarse.

Era algo admitido —sin razón, por otra parte, simplemente porque siempre se había hecho así— que Vernes, cuando terminaba de desayunar, fuese el primero en coger el diario. Pero no se lo llevaba al taller. De pie en el pasillo, recorría con la vista la primera plana, leía los titulares y echaba una ojeada a las noticias de última hora.

A partir de entonces, el periódico quedaba sobre el aparador, cerca de la computera de cristal tallado. A disposición de todos, pero, a decir verdad, nadie lo abría.

Sólo a la una y media, una vez terminada la comida, Poldine tomaba posesión de él y se lo subía a su despacho.

A lo largo de la tarde, generalmente al encender las lámparas, estudiaba las noticias que le

interesaban y había incluso emprendido, según las cotizaciones publicadas, un minucioso estudio de lo que cada una de las fincas agrícolas Lacroix reportaba a los arrendatarios. Tanta mantequilla a tanto... Tantos huevos... Tanto de esto y tanto de lo otro... Tanto para la alimentación de los animales... ¡Tenía un cuadernillo sólo para tales estadísticas!

Los avatares del diario local no habían terminado. El periódico quedaba, en efecto, sobre un velador situado entre las dos ventanas con cortinas de terciopelo carmesí.

Y allí podía haber diez, quince números unos sobre otros, según el capricho de Sophie. Era ella quien, cuando le apetecía, se apoderaba del montón y recortaba las entregas del folletín, que cosía juntas una vez terminada la novela.

Entonces, por último, el periódico amputado bajaba a la cocina, donde esperaba, a la izquierda del horno, para encender el fuego por la mañana.

Aquella tarde, pues, mientras la casa vivía al ralenti, Sophie entró en el despacho, provista de unas tijeras que cogió en el obrador.

En aquel obrador, había visto a su tía cosiendo, con los labios fruncidos como en los peores días.

—¡Te devuelvo las tijeras en un momento! —había espetado.

Giró el interruptor. Iba cortando las páginas, y mascando caramelos. Cuando terminó, comprobó los números que figuraban en cada una de las entregas, a la izquierda del título.

—... Sesenta y seis..., sesenta y siete..., sesenta y nueve... ¡Vaya! Falta la sesenta y ocho...

Recogió los periódicos amontonados a sus pies, los cotejó de nuevo y comprobó que efectivamente faltaba un número, un número de seis días atrás.

—¡Élise!... ¡Élise!...—gritó desde lo alto de la escalera.

Élise subió, atolondrada e inquieta como siempre que Sophie la llamaba de aquel modo.

—¿Has tocado tú los periódicos?

—No, señorita.

—Sin embargo, falta uno... Ve a ver si está en el comedor... Mira en la cocina...

Élise llevaba un cuarto de hora ausente y Sophie fue a buscarla a la cocina, donde la encontró ocupada en comprobar unos números viejos de hacía dos meses. La sopa estaba al fuego. Había judías verdes encima de la mesa, en un papel.

—Me gustaría saber quién me ha birlado ese periódico...

Fue a hablar con su prima.

—¿Estás segura de que no lo has visto?

Se lo dijo a su tía al devolverle las tijeras.

—Es el número del día 7... Si no lo encuentro, tendré que escribir al periódico...

Estuvo casi una hora con aquello, luego pasó a otra cosa. Entró su madre, cargada de paquetitos, se encerró en su cuarto y, cuando Sophie llamó a la puerta, le gritó:

—¿Qué quieres?

—¡Nada! ¿No puedo entrar?

—Dentro de un momento...

—¿Qué haces?

—Nada... Descuida...

Y al volverse, Sophie se dio cuenta de que su tía estaba detrás de ella y lo había oído todo.

Fue en la biblioteca municipal, donde había una sala de lectura con lámparas de pantallas verdes, donde Poldine había copiado de un libro: «Anhídrido arsénico— $\text{As}_2\text{O}_3 = 198$ ». El papel estaba en su bolso, lleno de notas a lápiz:

Agitado en un frasco, con ácido clorhídrico extendido, debe dar, tras su filtrado, un licor en el que el ácido sulfhídrico determina la formación de un precipitado amarillo.

Éste debe ser completamente soluble en amoníaco, produciendo un líquido incoloro (óxido de antimonio).

En farmacias distintas, había comprado pequeñas cantidades de ácido clorhídrico, ácido sulfhídrico y amoníaco.

Estaba tan seria, tan serena, manejando aquellos productos, como cuando, siendo una chiquilla, el buzón representaba para ella un horno de cocina en que ponía a cocer platos en miniatura, pasteles de chocolate rallado, caramelos machacados y harina.

De aquella época, había conservado la costumbre, cuando se entregaba a una tarea delicada, de dejar asomar la lengua sobre el labio inferior, la cual, milagrosamente, volvía a ser puntiaguda como la lengua de un niño.

Ya no trabajaba delante del buzón mágico, sino ante la chimenea de mármol blanco, cerca del crucifijo bajo la campana de vidrio que había corrido hacia una esquina; y la chimenea ya no era una chimenea, sino un laboratorio en el que danzaba la llama azulada de un infiernillo de tenacillas de rizar el pelo.

... el calor activa el precipitado, pero, a 15° , hay que tener en cuenta que...

—¿No puedo entrar aún, mamá?

Pues Sophie era la única que decía mamá, con tanta desenvoltura, es cierto, que la palabra, en sus labios, se transformaba.

—Déjame. Estoy trabajando...

¡Como una niña pequeña que no consigue comprender, como una colegiala torpe! Releía sus notas. Trataba, con ayuda de un termómetro de enfermo, de tomar la temperatura del líquido que

contenía la probeta.

Sobre el papel, era fácil. En la realidad, el termómetro, introducido en la probeta demasiado estrecha, hacía desbordar su contenido, y el mercurio, por añadidura, no volvía a bajar.

¡No se formaba ningún precipitado! Ninguna coloración era perceptible a simple vista, salvo la de la sopa misma, que era esta vez una sopa de acederas.

¿Harían falta explicaciones más detalladas, tal vez una habilidad especial?

Se obstinaba, sin perder la noción del tiempo, y a las seis y media, colocó una silla delante de su armario, y se subió para esconder los frascos encima del mueble.

Otras preocupaciones la reclamaban. Sabía que debía abrir la puerta, no perder de vista la escalera hasta que sonara la campanilla de la cena.

Había que saber en qué momento bajaría Emmanuel y si volvería a ir a la cocina.

—¿Te molesto? —vino a preguntar Mathilde.

—¿Qué quieres?

—Nada... Jacques me tiene preocupada...

Aunque no eran sino frases anodinas, Poldine comprendía. Sabía lo que atormentaba a su hermana, lo que la había traído aquella mañana. No ignoraba que Mathilde era muy desgraciada.

¡O más bien no! No era desgraciada. Era algo peor. ¡Mathilde, separada de Poldine, no podía ya respirar normalmente!

Ya en tiempos en que el buzón se transformaba en un horno... Los días que habían reñido... Casi siempre era por culpa de Poldine... Dormían en la misma cama... Y, por la noche, Poldine se negaba intencionadamente a dar un beso a su hermana, se mantenía apartada entre las sábanas...

Ella esperaba... A veces mucho rato, pues Mathilde tenía su pequeño orgullo... Pero llegaba un momento en que una voz llamaba desde el fondo de las mantas.

—Poldine...

Ella no contestaba, fingía dormir.

—Poldine... ¿Me oyes?

—¿Qué quieres?

—Te pido perdón...

—¿Perdón por qué?

—No lo haré más...

—¡Está bien!

¡Pero ella no se movía! Mathilde tenía que molestarse, levantarse, inclinarse para besar a su

hermana, que le daba la espalda.

—Buenas noches...

—Buenas noches...

—¿Puedo ponerme «espalda contra espalda»?

Y Mathilde, que era friolera, era admitida finalmente a acostarse con la espalda contra la espalda de su hermana...

Ya no se ponían «espalda contra espalda», pero Poldine reconocía el estremecimiento de las aletas de la nariz de su hermana menor, el sonido de la voz que hubiera querido no ser tan humilde.

—Jacques me tiene preocupada...

—¡Es que le has malcriado!

¡Allá penas! Poldine no buscaba ni armisticio ni tregua. Esperaba. No se oía nada allá arriba. Y pronto sonó la campanilla en el pasillo de la planta baja, cerca de la bola de cobre de la barandilla, sin que Emmanuel bajara.

Él se limitó a abrir su puerta, la cerró. Se asomó, se detuvo un instante en el rellano como para decir algo y continuó su camino.

No se dirigió hacia la cocina, sino que entró en el comedor, donde se sentó en su sitio, cerca de Jacques, que olía a exterior.

Entonces Poldine, de pie, como cada noche, servía la sopa a cada uno, permanecía en suspenso porque Mathilde no alargaba el plato cuando fue su turno.

—Gracias...

—¿No comes?

—No, no voy a tomar sopa.

Mathilde lo decía mirando a su hermana a los ojos. Jacques levantaba la cabeza. Parecía a punto de estallar una vez más. Emmanuel, por el contrario, ni siquiera se estremeció.

—¡Como quieras! —cedía Poldine.

De modo que eran dos delante de platos vacíos, esperando que los otros terminaran. Sophie sorbía ruidosamente el líquido y su madre la miró, y tal vez estuvo a punto de ordenarle que no se tomara la sopa.

—A propósito... —comenzó Sophie.

Se enjugó la boca, miró en redondo.

—Me gustaría saber quién me ha birlado un periódico...

—¿Qué periódico?

En cualquier otra casa, no habría tenido ninguna importancia, pero ya Jacques se ponía rojo de ira, pues se preguntaba a qué escena daría lugar aquella historia del periódico.

—El que recibimos... Hace un rato, quería recortar las entregas de mi folletín... Falta el número del día y...

¿Por qué Poldine se volvió enseguida hacia su cuñado? ¿Por qué Mathilde siguió su mirada? ¿Y por qué Emmanuel se puso lívido y estuvo a punto de atragantarse con una cucharada de sopa?

—No puede haber salido de casa —dijo Poldine.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Yo lo encontraré, descuida!... ¡Élise! Sirve el segundo... ¿Qué hay para cenar?

—Judías verdes, señora.

—¿Les ha quitado al menos bien los hilos?

Era por decir algo. Observaba a Vernes, le veía enfermo de agitación, hubiera jurado que de miedo.

—¡En esta casa hay gente que no se siente cómoda! —sintió la necesidad de recalcar.

Jacques avanzó la cabeza, amenazador. Ella le espetó:

—No lo digo por ti...

Y casi de inmediato:

—Me pregunto si esta sopa estaba buena... ¿Tú no has tomado, Mathilde?...

Aquella noche, Élise lloró, en su cocina, porque estaba inquieta, sin saber por qué. Había escrito ya tres veces a su casa suplicando que vinieran a buscarla, pero sus padres no le contestaban sobre el particular, se limitaban a hablarle de la vaca, de los conejos y de su hermana, que iba a examinarse para pasar el diploma de primaria.

Te escribo para hacerte saber que todo el mundo se encuentra bien y espero que también tú te encuentres bien al recibir la presente. Tu padre ha tenido otra vez dolor en el costado toda la semana y Adolphe ha venido a echarle una mano...

Jacques salió, sin pedir permiso, sin ir a dar un beso a su hermana y, un cuarto de hora más tarde, con aspecto de un joven como los demás, estaba jugando al billar en el Café du Globe.

Geneviève, dócil, se había comido todo lo que su madre le subió. Cuando su padre fue a darle las buenas noches, aprovechó un instante a solas con él para murmurar:

—¡Me gustaría tanto que no os pelearais más!

Estaba demasiado preocupado para responder. No se sentó siquiera en el borde de la cama como tenía por costumbre. ¿Acaso presentía que Mathilde le esperaba en el rellano?

Entró en su cuarto, se acostó, contó los minutos, las medias horas, con los ojos abiertos, luego, cuando todo estuvo en silencio, aventuró una pierna fuera de las sábanas, se levantó, y cogió la llave de encima de la mesilla de noche sin hacerla rozar el mármol.

Sabía que, arriba, eran el tercero y el séptimo escalón los que crujían. Bastaba con salvarlos.

II

Todo ocurrió sin hacer ruido, sin pronunciar palabra, como una pantomima regulada de antemano. En realidad, ni siquiera hubo sorpresa. Vernes estaba ocupado en girar la llave en la cerradura de su taller cuando notó una presencia detrás de él y no se volvió para asegurarse.

Había probado suerte, sin gran esperanza. Fracasó. Quedaba otra oportunidad, mínima ésta, en la que no creía en absoluto.

Empujó el batiente y se hizo a un lado para dejar pasar a su mujer. Ella encendió la luz y frunció el ceño al constatar la calma de su marido.

Luego, encogiéndose de hombros, se dirigió deliberadamente hacia una mesa atestada de papeles, como diciendo: «¡Seguramente está aquí!».

Y entretanto, Vernes, inmóvil, se preguntaba dónde podía haber metido el periódico. Si había una pequeña probabilidad era ésa. Era cierto que se había llevado el dichoso periódico al taller. Lo vio dos o tres días después sobre el diván y lo recogió para guardarlo. Hasta ahí se acordaba perfectamente y aún veía la mancha de la hoja impresa destacando sobre el chal español que cubría el mueble.

Pero ¿y luego? Su mujer acababa de remover cuadernos, papeles de todo tipo. Abría en vano un cajón, se volvía hacia un anaquel que contenía libros desaparejos.

Emmanuel no estaba contento. Una vaga sonrisa le iluminaba el rostro a pesar suyo, y su mujer sorprendió aquella sonrisa; la tomó por un desafío. Por eso, rabiosa, obstinada, estaba dispuesta a poner patas arriba el taller para encontrar el periódico.

—¿Y si Élise se lo hubiera llevado maquinalmente? —se preguntaba Vernes.

¡Pero no! La última probabilidad fallaba como las demás. Mathilde ya no se agitaba. Lo había encontrado, entre dos gruesos libros. Caminaba hacia la puerta, pasaba orgullosamente por delante de su marido.

Por un instante, creyó que él no bajaría, sería lo más sencillo. Una vez su mujer en el rellano, sólo tenía que echar doble vuelta a la llave. Y luego, de verdad es...

En lugar de eso, siguió a Mathilde, bajó tras ella y entró pisándole los talones en el dormitorio.

Todos en la casa dormían. Poldine no había oído nada. Mathilde, satisfecha, estaba acostándose y sujetaba el periódico como una golosina que se dispusiera a saborear.

Emmanuel estuvo a punto de decir algo, abrió la boca, la cerró y, como tenía frío, se metió en la cama. Esperaba. Su mujer leía los titulares de primera plana y no encontraba nada interesante. Se le pasó por la cabeza la idea de que le tomaban el pelo, pues lanzó una extraña mirada en dirección a su marido y no debió de comprender por qué estaba tan tranquilo.

Pues Vernes estaba tremendamente tranquilo. Esperaba. Mathilde tardaría más o menos en

encontrar el artículo, pero lo encontraría. Cuando lo hubiera leído, comprendería. Y, cuando hubiera comprendido...

Lo que no impedía a Emmanuel observar, por primera vez, que la pantalla de la lámpara no era una pantalla como las de ahora, para la electricidad, sino una pantalla antigua, de cuando había luz de gas, con un fleco de perlas alrededor. Saltaba a la vista. Estaba allí, a dos metros de él, en medio de la habitación, y no había reparado nunca en ella.

La oyó pasar la página. El artículo estaba agazapado al pie de una columna, a la derecha, con un título que no decía nada. El director del periódico local, en efecto, reprobaba la publicidad de que se rodea los sucesos. En aquel caso, habían escrito: una familia puesta a prueba.

Mathilde seguía leyendo. Recorría columna tras columna y Emmanuel se arregló la almohada tras la espalda.

¡Por fin! ¡La respiración cambió de ritmo!

UNA FAMILIA PUESTA A PRUEBA

Un suceso particularmente penoso ha tenido lugar la pasada noche en el barrio de Saint-Gervais, en Cherbourg. Un obrero de una fábrica de cemento llamado Gustave L..., en paro desde hacía más de un año, se ha quitado la vida disparándose un tiro de fusil en la boca.

Previamente, Gustave L... había dado muerte a su mujer, de treinta y cinco años de edad, y a sus cuatro hijos, el último de los cuales no tenía más que unos meses.

Como Gustave L... no bebía, se trata probablemente de un drama de la miseria.

A decir verdad, el primer sentimiento de Mathilde fue la desilusión. Miró el artículo, que no tenía más que unas líneas. Parecía encontrarlo ridículamente corto. Luego observó a su marido, y si no hubiera jurado no dirigirle más la palabra, le habría preguntado:

—¿Y qué?

Creyó que encontraría algo mucho más preciso, que hablara de sopa, de veneno y de probetas.

En cambio, la mente habría recorrer un largo camino para ir del artículo al comedor de las Lacroix. Un desgraciado, un obrero incapaz de alimentar a su familia, sintió de repente que no saldría nunca del bache y decidió acabar con todo.

¡Eso era, en resumidas cuentas! Estar harto.

Sólo que Gustave L... se había llevado por delante a toda su familia.

Mathilde reflexionaba. Se veía que reflexionaba, pues miraba fijamente con gravedad casi cómica una manchita de óxido en el edredón.

¿Por qué había matado Gustave L... a los demás? ¿Los quería demasiado para soportar la idea de separarse de ellos? ¿Le repugnaba dejarlos en la miseria? ¿Consideraba que sus hijos, su mujer y él formaban un todo indisoluble?

Estaban sentados cada cual en su cama. Mathilde a la izquierda, con el periódico desplegado sobre la colcha, su marido a la derecha y, entre ellos, por encima de sus cabezas, la pantalla de

fleco de perlas.

Vernes esperaba. Había que permitir al esfuerzo dar sus frutos en la mente de su mujer, y así fue, se volvió hacia él, le miró como nunca le había mirado, como si fuera un desconocido, o más bien como a un ser extraordinario en el que nunca había reparado.

En cuanto a él, se limitó a decir:

—Pues sí...

Lo que no quería decir que estuviera orgulloso de lo que había hecho, ni tampoco arrepentido o avergonzado. ¡No! Simplemente lo constataba. Con una punta incluso, en el fondo, de imperceptible orgullo. También con cierta incomodidad, pues se daba perfecta cuenta de que haría mejor callando.

Pero, si había bajado, era porque no quería seguir callando. Y mientras su mujer recorría con la vista el periódico, él había buscado pacientemente la frase con que empezar.

—¿Quién tiene la culpa? —se decidió al fin.

Ella le temía un poco, aquella noche. Tal vez dudaba si quedarse en la habitación, durmiendo en el mismo cuarto que su marido. No sin pesar se metió entre las sábanas, posó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

—¡Oh! Sé que no responderás... No confesarás nunca que la culpa es mucho más tuya que mía.

Era algo demasiado preparado. Pronunciaba las frases cansinamente, sólo con la mínima convicción necesaria. Durante años, había podido amar, odiar, patlear, llorar, gritar, darse con la cabeza contras las paredes de aquella casa que tan frecuentemente parecía una casa de locos. Y en el minuto fatídico, estaba tranquilo, con una tranquilidad que daba la impresión de vacío. Miraba la cama de su mujer, y sus cabellos, que sobresalían, y el bulto alargado de las mantas sobre el cuerpo...

—Si me hubieras querido, tendrías una excusa —decía él.

Se tornaba hosco, pero se obstinaba en hablar.

—No irás a pretender que me querías... ¡No! No te atreverás... No fue casual que nos conociéramos... tuvo tu tía Estienne que decirle a una amiga de mi madre que una gente muy bien de Bayeux buscaban un yerno de buena posición y creyente...

Mathilde lanzó un suspiro y cambió de lado, de suerte que ahora podía verle un ojo cerrado, con un mechón de pelo.

—... ¡Pues fue así como nos casamos!... No negaré que yo estaba feliz de entrar en una casa tan rica... Sólo que recuerda lo que me dijiste ya los primeros días: «Lo que más me desagrada es llamarme a partir de ahora Vernes. No comprendo por qué no todas las mujeres pueden conservar su apellido de soltera, como la mayoría de las artistas...».

Un muelle chirrió en una habitación. Poldine había oído ruido, pero ya no tenía importancia. ¡Ahora ya podía escuchar tras la puerta!

—Comprendí muy pronto lo que de mí... ¡Dos hijos, un niño y una niña, ya tenías fijado el número!... Lo más extraordinario es que los tuviste... Y me pregunto ahora si no fue por celos, por tener un niño ella también, por lo que tu hermana no paró hasta acostarse conmigo en el taller...

Se abrió el ojo, un ojo calmo y frío que miraba con fijeza a Vernes y le turbaba.

—Tú eres la esposa ultrajada, ¿no? Es eso lo que quiere decir tu mirada malévola...

Por fin se animaba, gracias a aquel ojo abierto.

—Eres la esposa infortunada que, al poco de traer un hijo al mundo, descubre que su marido la engaña con su propia hermana...

El ojo se cerró...

—¡La verdad es que eso no podía hacerte sufrir, ya que no me querías!... Y la verdad real, la verdad de las verdades, es que las cosas habrían pasado casi de la misma manera de no haber ese asunto de cama... La verdad es que necesitáis odio, tu hermana y tú... Estoy seguro de que, de pequeñas, debíais de jugar a pelearos como otras juegan a tiendas o a muñecas.

El ojo se abrió, delatando un repentino interés.

Y Vernes buscaba una frase para continuar.

—Cuando uno se clava una astilla en un dedo, la carne reacciona, se esfuerza por expulsar el cuerpo extraño... Pues bien, yo fui la astilla en casa de las Lacroix... No sólo yo, sino mis hijos... Pues lo que pasó fue: que tú querías hijos, es cierto, pero ¡no pensaste que no serían auténticos Lacroix!... No te imaginabas sobre todo que podrían ser pequeños Vernes... Entonces, a medida que crecían, ¡los ibas detestando también a ellos!... Y tu hermana los detestaba... Y las dos detestabais todo cuanto no fuera vosotras dos... Esto es lo que hay en la base de nuestra vida desde hará pronto veinte años...

Ahora que la cama ya estaba caliente, Mathilde pudo alargar las piernas y la sábana dejó ver en parte su mejilla.

—No hablarás... Tienes demasiado orgullo para eso... Lo que me consuela, es que sabes que es cierto... Añadiré algo que haría poner el grito en el cielo a otra madre... Tienes un hijo y una hija... Tu hermana tiene una hija, una hija del mismo padre... Todo te llevaba, pues, a odiarla y, sin embargo, en el fondo de ti, estoy seguro de que prefieres a Sophie a tus propios hijos, porque el azar ha querido que en ella domine la sangre Lacroix...

Llamaron a la puerta suavemente.

—¿Qué pasa? —exclamó Vernes sin ningún miramiento.

—¡Hablad más bajo! —aconsejó la voz de Poldine.

Y la oyeron alejarse, volver a su cuarto.

—Todo esto lo comprendí desde un principio, pero era demasiado tarde... Habría podido entrar en el juego, odiar también, desempeñar mi papel en el concierto de imprecaciones con que nos

regalábamos cada día... Habría podido llevar una vida al margen, tener un vicio, entregarme a una pasión cualquiera... En un momento dado, lo intenté... No frecuenté los cafés, por horror al ruido y al bullicio... Pero hay una casa, en las afueras, donde fui varias veces sin conseguir que naciera en mí el deseo de volver...

Mathilde suspiró. Aquello se estaba alargando demasiado. No le interesaba ya y el ojo se cerró una vez más, de una manera que se hubiera podido creer definitiva.

—Me habéis tomado por un pobre imbécil y no sabíais que, allí arriba, tenía una vida cien veces más interesante que la vuestra, tan interesante incluso que podía sacrificar con indiferencia las pocas horas que tenía que pasar en el infierno de vuestra compañía... Algún día os enteraréis... Entonces, os quedaréis asombradas, tanto la una como la otra...

Mathilde subió el cubrecama para no oír más, pero era evidente que seguía oyendo.

—No sé lo que sucederá en ese momento, ni lo que diréis de mí... Otros hablarán de ello...

Sonreía, con amargura. Y Sophie, en su cuarto, golpeaba con fuerza el tabique.

—¡Bueno! Entendido... —exclamó él—. Por otra parte, he terminado...

Con las mejillas encendidas, se había pasado varias veces la mano entre el pelo revuelto.

—Buenas noches, Mathilde... ¡Duerme!... O más bien, trata de dormir... ¡Tu silencio no me engaña, no! Ahora ya ni siquiera comprendo cómo se me ocurrió llevaros a todos conmigo...

Ella se volvió ruidosamente y él calló, permaneció aún un momento sentado en la cama y luego se hundió poco a poco entre las sábanas.

Había olvidado apagar la luz. Fue Mathilde quien lo hizo, tras esperar un rato para cerciorarse de que realmente había terminado.

Estaba, como todas las mañanas, la lechera en el umbral, con el pan tierno en equilibrio sobre la tapa. A las ocho menos dos minutos, el cartero, que llevaba una bufanda de lana de punto y cuyo aliento al respirar dejaba a su paso una nubecilla por la mañana, dejó caer dentro del buzón la gaceta con su faja.

Unas mujeres de negro volvían de las primeras misas y a veces se oía abrirse y cerrarse el portal de uno de los caserones de la calle.

Élise, que no se despertaba en realidad hasta eso de las diez y a quien se le pegaban las sábanas, tenía el rostro hinchado, los ojos turbios. Sophie, de buen humor, cantaba vistiéndose, y Poldine, en el comedor, acechaba la llegada de su hermana, y buscó enseguida algún indicio en su rostro.

Pero aún no había llegado el momento. Jacques comía, mojando el pan en el café con leche. Sophie preguntó al entrar:

—¿No es hoy el día de cobro de los alquileres?

Pues era el pretexto con que habían comprado el automóvil. Los alquileres de las casas baratas se pagaban semanalmente y era Poldine quien pasaba a cobrar.

En cuando a Emmanuel, su fiebre había bajado. Su rostro reflejaba fatiga y tenía los ojos cansados. Comía maquinalmente, mirando el mantel, y ni una sola vez levantó la vista hacia su mujer o hacia Poldine. Al subir a su taller, se detuvo un instante en el rellano de la primera planta, cerca de la puerta de Geneviève, e incluso tocó el pomo de porcelana.

—... el Señor es contigo...

Viève rezaba, a media voz, y no se atrevió a entrar. Prosiguió su camino, se encerró en el taller, se quedó largo rato mirando, por el ventanal, los tejados grises sobre los que flotaba una bruma indecisa.

Se cerró de golpe la puerta de abajo: Jacques se iba, y sus pasos resonaron en la calle.

—Voy a dar una vuelta —anunció Sophie, que tenía ganas de conducir el coche.

Y, una vez que se hubo ido Sophie, Poldine miró a su hermana con más insistencia. Parecía decir: «¡Bueno! Ya estamos solas. Puedes hablar...».

Mathilde dudaba. Realmente estuvo a punto de contarlo todo. ¿Sería que la casa no estaba aún bastante caldeada?

—¡Tengo que ir a ocuparme de Geneviève! —murmuró.

Era una tarea que no le desagradaba, que podía realizar maquinalmente y le ocupaba parte de la mañana. Dominaba el arte de trabajar sin hacer ruido, sin por así decir remover el aire, y sin embargo los objetos, como por milagro, volvían a su sitio, el polvo desaparecía, así como todo ese desorden que un ser vivo crea en torno a sí.

Mientras se movía de aquel modo, no pensaba, y sus ojos sólo expresaban aplicación.

—¿Te has tomado las gotas?

—Todavía no, madre.

Ella contaba las gotas, incorporaba a su hija con un movimiento extremadamente suave, esperaba, y volvía a coger el vaso.

—He soñado que el párroco venía a darme los buenos días...

Mathilde se estremeció, porque aquellas palabras evocaban para ella una imagen dramática, la habitación de un agonizante, pero ya Viève, que había intuido, proseguía con una sonrisa:

—¡No temas! No es lo que piensas... Venía solamente a darme los buenos días, puesto que no puedo ya andar... El domingo, por primera vez, me será imposible ir a misa...

Mathilde entreabría la ventana para sacudir una alfombrilla.

—Al despertarme, pensé que quizá aceptaría venir... ¿Tú qué crees, madre?... ¿No quieres ir a pedírselo?

—Ya veremos... —prometió Mathilde, que, aquella mañana, sentía más desapego que nunca por las cosas inmediatas.

Se deslizaba realmente a través de la estancia, tocando apenas los objetos, como un malabarista. En realidad, estaba ausente. Tenía la cabeza inclinada y aquella boca suya tan delgada, más delgada que nunca, una expresión que Jacques traducía cínicamente por:

—Pone esa cara de *Mater Dolorosa*.

Pero Geneviève estaba preguntando:

—¿Qué pasó ayer por la noche?

—¿Qué iba a pasar?

—Me parece que, muy tarde, oí a padre que hablaba... Esta mañana no ha venido a darme un beso...

—¡Ah!

La falda de Poldine rozó la puerta. Poldine entraba en el despacho y Mathilde permaneció un momento como en suspenso. Aquel día, había como fallos en su actividad. Trabajaba, ordenaba más minuciosamente que de costumbre, para hacer pasar los minutos. Quería mantenerse ocupada, pero había momentos en que se la notaba ausente. ¿Acaso esperaba un acontecimiento, un acontecimiento que deseaba y temía al mismo tiempo?

En una ocasión, viéndola en el espejo, Geneviève tuvo la certeza de que su madre lloraba, pero sin sollozos: Mathilde no sorbía, no se secaba los ojos, que, un instante después, se habían secado por sí solos.

Era un poco como si la niebla del exterior se hubiera introducido en la casa, velando los objetos, amortiguando los pasos y las voces, dando inconsistencia a los gestos.

¿Por qué salía Poldine del despacho, abría la puerta, se quedaba inmóvil, sin decir nada, mirando a su hermana de un modo extraño? ¿Por qué Mathilde fingía no darse cuenta? ¿Por qué se ponía a limpiar personalmente a fondo el cuarto de aseo?

—Madre...

—¿Qué pasa?

—Nada... No sé...

Poldine se había ido. Se la oía ir y venir por el despacho, dominada por la impaciencia de la espera.

Élise había ido a hacer la compra y Viève, que creyó oír ruido en la casa, se estremeció de miedo.

—Qué día tan triste... —se excusó.

—¿Por qué lo dices?

—No sé... Es sin duda la niebla... Esta mañana, me ha costado comerme el huevo y todavía lo noto en el estómago... ¿Dónde está Sophie?

—Ha ido a dar un paseo...

Y he aquí que Poldine volvía y se plantaba en el vano de la puerta. Había en su manera de quedarse parada y mirar a su hermana algo duro, insistente.

—Mathilde... —pronunció.

—¿Qué quieres?

—Ven un momento...

—Voy enseguida... Termino en un instante...

Aunque Geneviève era incapaz de comprender, su malestar iba en aumento y seguía todos los movimientos de su madre con mirada inquieta.

Poldine estaba cada vez más impaciente. Entró dos veces en su habitación. Regresó otras dos veces, y era evidente, ahora, que Mathilde se inventaba ocupaciones para tener una excusa para quedarse.

Fue en uno de esos momentos, cuando Poldine estaba en el umbral, cuando se oyó ruido, arriba, el ruido de una silla al caer.

Las tres mujeres se quedaron un instante inmóviles, escuchando. Viève, más impresionable, se llevó la mano al pecho, donde el corazón latía con fuerza.

Involuntariamente, lanzó un grito ahogado y su madre volvió a preguntar:

—¿Qué te pasa?

—No sé... ¿Has oído?

—¡Hmm!... Una silla que se ha caído...

—Sí... Tal vez...

Mathilde se proponía enjabonar la jofaina, pero esta vez Poldine fue más autoritaria.

—Ven un momento, ¿quieres?

Dejaron a Geneviève sola. Ella las oyó entrar en el despacho, cerrar la puerta con cuidado; percibía un cuchicheo.

Era tía Poldine, que miraba severamente a su hermana.

—¿Por qué no quieres decirme nada? ¿A qué esperas?

Mathilde volvía la cabeza sin responder. Su hermana insistía, con una mirada hacia su cuarto, hacia la chimenea transformada la víspera en laboratorio.

—Era eso, ¿no?

Mathilde bajaba la frente.

—¿Ha confesado?

Poldine alzaba los ojos hacia el techo. Y de repente cogía a su hermana por los hombros, y la sacudía diciéndole:

—Pero entonces...

Y sus ojos buscaban de nuevo el techo. Mathilde decía no sin esfuerzo:

—Entonces, ¿qué?

Su voz era sorda, tan seca que Poldine se sintió indignada.

—Tú..., ¿lo hiciste a propósito?...

Hacía ya rato que se habían comprendido, y Poldine estaba perdiendo su sangre fría, por primera vez en su vida, y echando a todo correr escalera arriba, sujetándose las faldas con ambas manos.

En su cuarto, Geneviève, con los ojos desencajados, se había quedado sin aliento.

Poldine trataba inútilmente de abrir la puerta del taller, agitaba el picaporte, golpeaba el panel entre jadeos:

—¡Emmanuel!... ¡Abre!...

Mathilde no subía, permanecía de pie, en el mismo sitio, en el despacho cuya puerta había quedado abierta. Oyó ruido en el cuarto contiguo, un ruido blando seguido de un gemido, y comprendió que su hija, presa del pánico, había querido levantarse y había caído al suelo.

No se movió.

—¡Abre! —repetía Poldine, allá arriba.

Luego bajaba, exclamando al pasar por el rellano:

—Hay que llamar a un cerrajero...

Olvidaba que había teléfono. Salía a la calle, y pegada a las paredes se dirigía hacia una callejuela vecina donde conocía a un cerrajero.

Hablaba sola, a media voz, salmodiaba:

—Ella lo ha hecho a propósito... Se lo imaginaba... Sabía...

Mathilde, entretanto, se había sentado, porque se sentía flaquear. Acodada sobre la mesa, terminó por doblar la cabeza sobre el pecho. Pero no se desmayó. Era otra cosa, un vacío angustiante, doloroso, una postración penosa que no le impedía oír a Geneviève llamándola:

—¡Madre!...

Ella oía hasta los pasos en la calle, dos pasos, el de su hermana y el del cerrajero, que hacía tintinear las llaves de su gran anilla.

—Entre... Por aquí... Sí, es arriba de todo... Imposible saber aún...

El hombre caminaba delante. Al pasar, Poldine volvió a lanzar una ojeada a su hermana.

Trajinaron aún bastante rato en el último rellano. Por último, se oyó un crujido, seguido de un larguísimo silencio.

—¡Madre!... ¡Madre!... —gritaba Geneviève tras su puerta cerrada.

Y allá arriba el hombre decía:

—Ya voy yo, señora... Deje usted...

Bajaba corriendo, seguía corriendo por la calle, y Mathilde se estremecía, pues había alguien allí, cerca de ella, inmóvil, silencioso.

Era Poldine, Poldine que respondía con su actitud a una pregunta muda.

Mathilde se pasó la mano por la frente, hizo un esfuerzo para levantarse.

—... Ahorcado... —dejaba caer Poldine—. En el bastidor de la ventana...

Eran incapaces de llorar tanto una como otra. Y lo más terrible era la mirada acusadora que Poldine posaba sobre su hermana.

—¡Madre!... ¡Por favor, madre!...

Entonces Poldine volvió a tomar la palabra:

—Ve con ella...

Con ello prometía ocuparse de todo. Lo primero, entró en su habitación, se miró al espejo, se arregló un poco el pelo y cogió un chal de lana, pues tenía frío.

Subió lentamente la escalera, como si hubiera envejecido, llegó al rellano, pero no entró en el taller.

Esperaba, un poco inclinada, dominando las evoluciones de la barandilla que serpenteaba hasta la bola de cobre de la planta baja. Llegaban gritos de la habitación de Geneviève. Élise no volvía del mercado.

Finalmente se oyó a dos hombres andar por el pasillo. La voz del cerrajero dijo:

—Es en la última planta...

Poldine, poco después, miró con curiosidad casi cómica al hombre que subía hacia ella, muy joven e intimidado.

—El doctor Jules no estaba en casa —explicaba el cerrajero—. Y me acordé de que hay un médico nuevo casi al lado...

—Entre, doctor...

El cerrajero, por compostura, recogía sus trebejos.

Y el joven murmuraba, cándidamente:

—¿Dónde está?

No había visto que el taller incluía un rincón en el que estaba colocado el diván. Allí había depositado el cerrajero el cuerpo de Emmanuel Vernes, que había perdido por el camino una de sus zapatillas de charol.

—¿Podría encender la luz?

El rincón estaba a oscuras. Poldine giró un interruptor, y un viejo farol, de hierro forjado, iluminó el chal español que recubría el diván.

Sin saber exactamente lo que decía, Poldine dijo apartándose:

—Le dejo... Si necesita algo...

III

Poldine se ocupó de todo, dio todas las órdenes, estuvo pendiente de todo, y rara vez se hizo semejante trabajo en una casa en el espacio de una hora.

Mathilde ponía, literalmente, cara de mal humor. No estaba destrozada por la pena, ni corroída por el remordimiento. Tampoco estaba abrumada físicamente, pero sí que se mantenía al margen de la agitación, mirando con desconfianza a los demás.

Poldine, sin embargo, la había liberado de la preocupación de su hija. No se podía hacer nada mientras Geneviève, en su lecho, gritaba, mordía las sábanas, lanzaba siniestras llamadas como un perro que aúlla a la luna.

—¿No hay manera de darle algo, doctor?

Se le había hecho tomar una dosis de bromuro que se había bebido, sostenida por su madre, mientras unas lágrimas caían dentro del vaso y la sacudían grandes temblores.

¡E iba una! Había que darse prisa. Poldine atacó la tarea con energía viril, pues mientras lo que tenía que hacer no estuviera hecho, persistiría el drama, en su inquietante incoherencia.

Allí arriba, sobre el diván recubierto por el chal español, con la cabeza demasiado baja, la expresión congelada en una mueca, una mano por tierra, Emmanuel era un ser incomprensible que Poldine no podía ver sin santiguarse.

—¡No se olviden de avisar a la policía! —había recomendado el joven doctor.

Aún no sospechaba que le retendrían hasta el final y que durante una larga hora sería esclavo de la mayor de las Lacroix.

Fue él quien tuvo que telefonar a comisaría y, mientras tanto, Poldine tuvo tiempo de leer un papel colocado bien visible sobre la mesa del taller y sujeto por una bola de cristal.

Pido perdón a mi hija, pero tal vez le seré más útil muerto que vivo. Deseo que todo cuanto se encuentre en este taller pase a ser propiedad personal suya. Es mi última voluntad. Tal vez esta herencia le sea un día de alguna ayuda.

Poldine estuvo a punto de meterse la hoja en el escote. Quizá lo hubiera hecho de no haber estado allí presente Emmanuel. Por él, volvió a dejarla sobre la mesa, pero la metió como por inadvertencia bajo un cuaderno.

No tenía tiempo de reflexionar. Demasiados detalles la reclamaban, y no quería olvidarse de ninguno.

—El comisario llegará enseguida —anunció el joven doctor.

Era preferible, por si acaso, hacer desaparecer los frascos y las probetas que tenía en su cuarto y que podrían provocar Dios sabe qué comentarios. En el patio, existía un pozo negro que databa de antes del sistema de evacuación directa a la cloaca y Poldine, con miradas prudentes a las ventanas, fue a levantar la tapa de cemento.

De regreso, se encontró a Élise, que estaba guardando las provisiones en la cocina y que no sabía aún nada.

—¡El señor ha muerto! —le dijo—. Habrá que cerrar los postigos, ponerle un crespón al badajo de la campanilla y dejar la puerta entornada.

—¿Que el señor ha muerto? —repitió estúpidamente Élise.

—¡Sí, ha muerto! Haga lo que le digo.

Enseguida se oyó chirriar las persianas. Poco después, el comisario se presentaba en compañía de un inspector y Poldine los llevaba allí arriba.

—Hace ya tiempo que estaba neurasténico, y ahora más sombrío aún desde la enfermedad de su hija. Está en cama y seguramente no se levantará más.

—¿Quién lo ha descolgado?

—El cerrajero y yo.

El comisario se instaló en la mesa, escribió pausadamente lo que Poldine le dictaba, anotó el nombre del cerrajero, el del médico.

—Si pudiera evitar que salga la noticia en los periódicos...

Prometió hacer lo posible y cogió el sombrero.

—¿Podemos...? —comenzó Poldine señalando el cuerpo.

No acabó la pregunta, porque no encontraba la palabra. O para ser más exactos, la que acudía a sus labios no le parecía conveniente. Había estado a punto de decir: «¿Podemos arreglarlo?».

No obstante, el comisario había comprendido.

—Claro que pueden...

Era un momento duro de pasar, pero había que hacerlo. Era cuestión de aprovechar que tenía aún al doctor a su disposición.

—¿Qué ocurre? —gritó a Élise, que armaba ruido en el rellano sin atreverse a entrar.

—Es el notario Crispin, que pide hablar con la señora...

—Le veré enseguida..., ¿le ha dicho usted que...?

—No, señora... Le he hecho entrar en el salón...

El doctor era tan dócil que casi resultaba ridículo.

—¿Está listo? —preguntó Poldine.

Ella lo cogió de los pies, él de los hombros. El tercer y el séptimo escalón crujieron. Poldine tuvo que soltar los pies un instante para abrir la puerta de la habitación.

Siguieron enérgicas idas y venidas, puertas de armarios y alacenas que se abrían, una jofaina

que se llenaba de agua, pilas de ropa blanca removidas.

¿No olvidaba Poldine nada? La notificación al ayuntamiento... Pero de eso ya se encargaría la funeraria. Mathilde telefonaría, si es que era capaz de ayudar en algo al menos.

En el rellano, Poldine se tropezó con su hija, que con visible cara de espanto le dijo:

—No entres ahora... Dentro de unos minutos, estará terminado. ¿Has visto al notario?

—¿Qué notario?

—Está abajo, en el salón...

Un cuarto de hora más tarde, finalmente, pudo anunciar al médico.

—Ya está... Le agradezco que me haya ayudado... En una casa de mujeres solas...

Llamó a Sophie.

—Puedes venir a verle...

Emmanuel Vernes no era ya peligroso. Incluso sorprendía por lo normal, tendido boca arriba, según la tradición, con las manos juntas sobre un rosario, y una toalla que le mantenía la boca cerrada y disimulaba las equimosis del cuello. Sólo habían encendido dos cirios, uno a cada lado.

—¿Cómo ha ocurrido? —se informó Sophie.

Su madre se encogió ligeramente de hombros, dijo un avemaría y un padrenuestro, a media voz, y se santiguó.

—Esto me hace caer en la cuenta de que hay que avisar al párroco. Quizá no quiera venir si se le dice que se trata de un suicidio... Ve tú a verle.

Sophie se puso el sombrero, olvidó la consigna y cerró ruidosamente la puerta de entrada.

Mathilde no había abandonado el despacho. Como estaban los postigos cerrados, pues Élise los había cerrado en todas partes, habían encendido las lámparas y parecía ya de noche.

—Llegarán aquí dentro de una media hora... —anunció Mathilde a su hermana.

Se refería obviamente a los de la funeraria.

—¿Pondremos la capilla ardiente en el salón, como para papá?

A Mathilde le parecía bien. Pensaba ya en otra cosa.

—¿No ha dejado ninguna carta?

—Quería hablarte de eso... Tal vez sería mejor que subiéramos...

Pero en esto aparecía Élise.

—El notario pregunta si aún no puede recibirle...

—¡Bueno! Ya bajo...

Antes, Léopoldine se arregló, se puso su traje de seda negra y dudó de si prenderse el camafeo.

—Deberías tomarte una copita de algo —aconsejó a su hermana, que le pareció pálida.

Bajó, atravesó el comedor, entró en el salón, grave, rígida, como convenía a las circunstancias.

—Le pido perdón por haberle hecho esperar, pero supongo que le han dicho...

—Ante todo quisiera darle mi más sentido pésame —dijo el notario inclinándose.

Era el tipo de hombre con perilla gris y pelo al cepillo. Miraba a Poldine con los ojos gélidos de quien no tiene ganas de andarse con cortesías, pero la educación pudo más y articuló con desgana:

—¿Cómo ha sucedido?

—De pronto... Totalmente de improviso... Siéntese, señor Crispin...

—Siento mucho tener que molestarla en estos momentos... Pero supongo que es preferible que me dirija a usted, aunque en rigor sea más bien el papel de su hermana...

Entraba en la parte preparada de su visita. Si no se había sentado, a pesar de la invitación de Poldine, era porque tenía un gesto que hacer, hundir la mano en el bolsillo de su abrigo negro, sacar un paquete bastante voluminoso y alargarlo a su interlocutora.

—¡Tenga!

—¿De qué se trata?

—Preferiría que le echara usted misma un vistazo...

Ahora podía ya sentarse, apartando los faldones de su abrigo, y soltando un pequeño suspiro.

Poldine sostenía en la mano un paquete de cartas sujetas por una goma. La retiró, abrió una de las cartas y observó:

—Es letra de Jacques...

Y él asintió con la cabeza mientras ella comenzaba a comprender. Leyó a media voz: «Queridísima mía...».

—Puede saltarse ésta —le aconsejó el notario—. Coja más bien una hacia el final del paquete.

El salón daba al patio, y en aquella parte no se habían cerrado las persianas. Poldine estaba de espaldas a la ventana. «Mi pequeña adorada...».

El señor Crispin miraba fijamente la alfombra raída, en la que sus zapatos bien lustrados formaban dos manchas brillantes y paralelas. «Espero que hayas tenido un buen regreso y que tus padres no hayan sospechado nada...».

Prosiguió en voz muy baja, se puso los impertinentes, se inclinó un poco para que la carta quedara en la luz.

—No veo... —murmuró sin convicción.

—Coja la carta siguiente, la que está escrita en papel azul...

Mi mujercita mía:

Pues, ahora, tú eres mía, ¿verdad? Y ya nadie podrá separarnos... Toda nuestra vida nos acordaremos de esa posada a orillas del río, y del posadero cuya sonrisa no te gustaba, y de la sirvienta que te llamaba expresamente señora para recibir una propina mejor... Eres mía, mía, desde tus labios hasta toda tú...

Poldine se levantó, dejó las cartas sobre la mesa de mármol rosa y murmuró:

—¿Está seguro de que están dirigidas a su hija?

—Tan seguro como de que las he encontrado esta mañana escondidas debajo de su ropa blanca... Desde hace algún tiempo sospechaba algo y había decidido salir de dudas...

—¿Es la mayor?

—¡No! Es Blanche, la menor, que cumplió diecisiete años en Pentecostés...

—¿Ha hablado con Jacques?

—Aún no. Está en mi casa, en la oficina...

Ella aprovechó que se oía ruido en el pasillo.

—¿Me permite un momento?

Era el representante de la funeraria, flanqueado por un empleado para tomar las medidas.

—¡Ahora les atiendo! —les prometió.

Y regresó al salón, quedándose en el umbral.

—Me disculpará usted, señor Crispin, pero he de ocuparme sin falta de estos señores... Después de la ceremonia...

—Pero ¿qué quiere que haga yo, mientras tanto? Mi hija no para de llorar en la cama... Mi mujer ha caído enferma al enterarse...

—Le aseguro que...

Ella le empujaba afuera, cortés y fría, y anunciaba a los otros dos:

—Por aquí, señores... Instalaremos la capilla ardiente en este salón, como cuando mi padre...

Se puso la mesa como de costumbre, pero Jacques, con los ojos enrojecidos, se negó a comer y fue a encerrarse en el cuarto de su hermana, que estaba medio aletargada.

Había venido el sacerdote, se olió el engaño, pero no se enfadó.

—Lo hablaré con el obispo —prometió—. De todas formas, una misa será imposible, pero tal vez se pueda bendecir el cuerpo en la puerta de la iglesia.

—Yo preferiría una absolución...

—Cuenta conmigo para hacer cuanto esté en mi mano.

Se fue y, en aquel momento, Geneviève dormía, así que no le vio.

Los tapiceros llegaron mientras las dos hermanas y Sophie estaban aún en la mesa. Tuvieron que atravesar el comedor y unos minutos más tarde comenzaban ya a clavar.

—En cuanto nos traigan las esquelas, tú prepara las direcciones —dijo Poldine a su hija—. Los nombres están en la agenda verde. ¿Quizá habría que avisar a su familia...?

Vernes no tenía ya madre ni padre, pero sí una tía, en Orleans, unos primos en aquella región, uno de los cuales era agrimensor, y por último una hermana casada en Egipto.

—¡Descuida, mamá!... Yo haré lo necesario...

—Para la ropa...

—Pasaré por la costurera... ¿Debo ponerme velo?

Fue esta palabra la que hizo recordar de repente ciertas realidades a las dos hermanas. Involuntariamente, se miraron y el impulso fue tan espontáneo por ambas partes que se sintieron incómodas.

—¿Tú qué opinas, Mathilde?

Mathilde dijo, mirando el mantel:

—Haz lo que quieras...

Si Sophie no fuera más que sobrina de Emmanuel, el velo no sería necesario. Pero si era su hija...

—Preferiría que decidieras tú.

—Tú sabes lo que tienes que hacer...

Y fue Sophie, en definitiva, quien decidió.

—Como Geneviève no podrá venir al entierro, es mejor que yo vaya de luto riguroso...

Gracias a Poldine, habían vivido en el desorden del drama lo mínimo indispensable.

Todo lo demás era más bien tranquilizador, entraba casi en el campo de lo cotidiano, caía bajo la banal rúbrica de los decesos.

—¿Telefonarás al periódico para la esquela?

Discutieron un poco por una palabra. Se trataba de saber si se incluiría «muerto tras una corta enfermedad» o «muerto piadosamente» o...

Poldine dio con «muerto inopinadamente» y se adoptó el texto.

Sólo Jacques no sabía dónde meterse. Contrariamente a lo que cabía esperar de él, se afectó mucho y aún ahora le asaltaban súbitas crisis de llanto que le dejaban jadeante.

No podía hablar con su hermana, en el estado en que ella se encontraba, y se limitaba a sentarse

a su lado y mirarla. Luego de repente se levantaba, entraba en el cuarto de su padre y permanecía de pie, con la espalda pegada a la pared.

Hacia las tres, sin embargo, se vio obligado a ir a la cocina a buscar algo de comer y entonces, a solas con Élise, le preguntó con desconfianza:

—¿Cómo ha sido?

—No lo sé... Estaba haciendo la compra...

Habían llegado las esquelas. Pusieron una en la puerta de entrada, y Sophie, en el despacho, escribía las direcciones con tinta violeta.

Hacia las cuatro, terminó. Bajaron el cuerpo a la capilla ardiente, donde las primeras flores estaban ya colocadas, con la tarjeta de visita de vecinos y proveedores. Estaba todo, los cirios, el agua bendita, la rama de boj e incluso la gente que llegaba de puntillas, dudaba en entrar, daba dos pasos y esperaba a poder retirarse.

Jacques estaba de plantón. Afortunadamente tenía un traje negro y daba igual que le estuviera algo estrecho. Permanecía allí, apretaba las manos, se sonaba, manoseaba el pañuelo y levantaba de vez en cuando la cabeza preguntándose qué pasaba en el resto de la casa.

Su madre y su tía, ahora que todo estaba en orden, habían subido al taller. Poldine estuvo a punto de cerrar la puerta, pero tras una vacilación, la dejó entreabierta, como temiendo una trampa.

Había que acostumbrarse. Por algún tiempo, aquéllos serían aún los dominios de Emmanuel y él no se había ido del todo.

—¡Lee!

Mathilde leyó, dejó el papel sobre la mesa y observó:

—No habla de Jacques...

—Sabes perfectamente que siempre desconfió de él... A propósito de Jacques, ha venido el notario... Volverá... Me ha costado Dios y ayuda deshacerme de él... Parece que Jacques ha seducido a Blanche... Las cartas que me ha enseñado no dejan lugar a dudas...

Poco importaba que abajo fuera ya por el momento terreno neutral. Arriba, la casa de las Lacroix proseguía su vida propia y la prueba era que Mathilde respondió con una punta de acritud:

—¿Por qué te ha hablado a ti de esto?

—Porque eres tú quien ha perdido el marido y no se atrevió a molestarte...

Apenas se movían. Aún no se habían acostumbrado a ir y venir libremente por aquella estancia que, con los años, se les había hecho extraña y hasta hostil. En un momento dado, Poldine se levantó, fue hacia la pared del fondo y le dio la vuelta a su retrato, al que su hermana acababa de echar una mirada furtiva.

—¿Tú qué piensas?

—¿De qué?

—De todo...

—Si te refieres a Jacques...

¡Pero no! Se refería al testamento y la mirada de Poldine lo decía bastante a las claras.

—Aún no sé...

La verdad es que, antes que nada, había que hacer un inventario de todo el batiburrillo que atestaba el taller. Hasta ese momento, era imposible pronunciarse. Al fin y al cabo, hacía dieciocho años que ambas hermanas no ponían los pies en aquella estancia, y miraban a su alrededor con curiosidad.

El cuadro de la escuela de Teniers seguía en un caballete, y había otros, en el suelo, que pertenecían a unos marchantes y habría que devolver.

Las máscaras de escayola colgadas de las paredes no valían mucho, ni siquiera las dos máscaras chinas de largos bigotes y tez cerúlea.

—¿No se te ocurre nada?

El farol estaba encendido, encima del diván, así como el plafón del techo.

—Con él —dijo Mathilde—, nunca se sabe...

¡Así era! ¡No se podía saber lo que habría tramado! Probablemente había escrito a propósito aquellas pocas líneas que no significaban nada, pero que, según cómo, contenían una sorda amenaza.

¿Por qué podía ser Emmanuel más útil muerto que vivo? ¿Cómo podía ser el contenido del taller capaz un día de ayudar a la muchacha?

¿Ayudarla en qué? ¿En dinero?

—¿Cuánto crees que ganaba? —preguntó Poldine corriendo la cortina del ventanal.

—¡Lo sabes tan bien como yo! Cuando nos casamos, se sacaba unos tres mil francos al mes. Habíamos decidido que contribuiría con dos mil quinientos a los gastos de la casa y que el resto sería para él, para sus gastos y sus pinturas...

¡Sólo que Emmanuel no rendía cuentas! Daba cada mes sus dos mil quinientos francos, sin más explicaciones, y era difícil saber qué ganaba con los anticuarios y los marchantes.

¿Qué le habría impedido, por ejemplo, especular con lienzos?

¿Y quién sabe si no vendía su propia pintura, todos esos tejados que tenía la manía de reproducir hasta el infinito?

—¿El cajón está cerrado?

—No...

Poldine no dijo:

«Abre...».

Pero Mathilde comprendió, dudó un instante, para guardar las apariencias, y tiró hacia sí.

No vieron más que gomas, lápices, una esponjita, un carboncillo y una caja amarilla de pastillas de regaliz.

Instintivamente, y al mismo tiempo, las dos mujeres miraron en derredor para asegurarse de que no había ningún mueble que cerrase con llave.

—¿Qué te dijo anoche?

—Cosas... Me pregunto cada vez más si no ha hecho todo esto para vengarse...

Todo esto, ¡incluido el colgarse!

—No trabajaba de la mañana a la noche —razonó Poldine—. No podía además pintar con luz artificial. ¿En qué pasaba el tiempo?

Se veían libros en una estantería, sí, pero no pasaban de una veintena y, en diecisiete años, ¡Vernes había tenido tiempo de aprendérselos de memoria!

—¡He terminado! —anunció de repente Sophie entrando—. Élise ha ido a llevar las esquelas al correo...

Parecía impresionada, ella también, por la atmósfera del taller. Miraba alrededor con incomodidad y la actitud de las dos mujeres la intrigaba.

—¿Qué hacéis aquí?

—Estamos hablando... Déjanos...

Y, como su hija se acercaba a la mesa, sin una intención precisa, Poldine se las ingenió para deslizar el testamento bajo el cuaderno.

—Déjanos, por favor... Tenemos decisiones que tomar... ¿Qué está haciendo Jacques?

—Está en la cámara mortuoria... No para de desfilarse gente... Pide que le releven...

—¿Y su hermana?

—Está despierta... Lloro bajito, mientras reza... Quisiera que la llevaran abajo para ver a su padre antes de que lo pongan en el ataúd...

—¿Y cuándo traen el ataúd?...

—Mañana por la mañana...

—¿De qué lo has encargado?

—De roble...

Una pausa. Luego Sophie, con falsa desenvoltura:

—¡Bien! Si no queréis nada de mí, me voy...

Esperaron a que bajara.

—¿Tú crees que habría escondido algo en el taller?

—Trato simplemente de comprender lo que ha escrito...

Hacía frío, pues la estufa que, por última vez, Vernes encendió por la mañana como cada día, se había apagado. En la calle, una mujer dejaba a sus dos hijos en la acera diciéndoles:

—¡No os mováis de aquí!... Vuelvo enseguida...

Y entraba, inclinaba la cabeza hacia Jacques, se adelantaba resueltamente hacia la mesa donde estaban el boj y el agua bendita, esbozaba el gesto ritual, moviendo los labios. Luego se quedaba un momento más y se iba.

En casa de los Crispin, habían encerrado a Blanche en su cuarto, y ni su propia hermana, prometida de un abogado, tenía derecho a verla.

—¿Ese cuaderno qué es? —preguntó Poldine a su hermana, sentada delante de la mesa.

Mathilde lo abrió, leyó el título escrito en redondilla: «Investigaciones sobre el Número Áureo». Ni una ni otra comprendían. El cuaderno estaba lleno de una escritura apretada en tinta violeta, que era el color de la casa. En cada página casi se veían esquemas, figuras geométricas complicadas y a veces croquis: el óvalo de un rostro, un hombro, una pierna.

—No es nada... —suspiró Mathilde.

—¿Sigues sin querer contarme lo que te dijo anoche?

—Es inútil... ¡En el punto en que estamos!...

—¿Habló de mí?

—Ya no lo sé...

—¿No te dijo nada de Sophie?

—No... No creo...

Poldine se levantó, molesta, y dejó caer:

—¡Está bien! Si te niegas a hablar...

Pero no se marchó, como su gesto parecía anunciar. Volvió a la carga.

—¿Vas a enseñarle ese testamento a tu hija?

—No veo por qué no iba a hacerlo...

—Es capaz de instalarse en este cuarto y no querer moverse ya de él... ¡Chist!...

Se oyeron pasos en la escalera, pasos de alguien que no trataba de pasar inadvertido. Dos escalones crujieron, como siempre. En la oscuridad del rellano, se vio perfilarse la silueta de Jacques y, cuando avanzó en la luz, fue posible comprobar que tenía una mirada aviesa.

—¿Qué seguís intrigando? —preguntó sin miramientos.

—Al menos podrías ser respetuoso —replicó su madre.

Y él, de mal humor, desconcertado:

—¡Cada uno es como es! ¿Qué pasa?

Había comprendido que pasaba algo. ¿Habría sorprendido la mirada que cambiaron su madre y su tía?

—¿Qué pasa? —repitió levantando la voz.

No le quedaba paciencia, dulzura, respeto. No podía más.

—¿No queréis decírmelo? —gritó con repentina agresividad.

Mathilde se limitó a mostrarle el pedazo de papel. Lo cogió, lo leyó, lo releyó, las escrutó una tras otra.

—¿Y qué?

—Nada...

—¿Qué pensáis hacer?

Cabía preguntarse si no propondría también él hacer desaparecer aquel papel que amenazaba convertirse en una fuente de complicaciones.

—No hay que hacer nada... Todo esto pertenece a Geneviève...

Recorrió con la mirada el taller y rió sarcásticamente:

—¡Pues sí que le aprovechará!

Y Poldine murmuró, para cambiar de conversación:

—¿El señor Crispin no te ha dicho nada?

—¿A propósito de qué?

—Ha venido esta mañana...

—¿Y?

—Me ha enseñado las cartas... Tus cartas...

Él enrojeció tan violentamente que su rostro se transfiguró. Parecía de pronto un campesino corpulento, brutal, cuyos ojos refulgían de ira viril.

—¿Mis cartas?

Se olía una trampa, pues era de la familia y la conocía bien.

—Hay una en la que lo dices todo...

—¡Eso es cosa mía!

—Habrás que tomar una decisión... Ya sabes lo convenido desde un principio... Si te dimos estudios, fue para comprarte un cargo en cuanto haya uno vacante y que te instales abajo...

No contestó. Miraba al suelo, con dureza.

—¿Verdad, Mathilde? —insistía Poldine.

Nadie se ocupaba de Geneviève, que rezaba, con los ojos entornados, empañados de lágrimas, llena de ardor, por dentro, en torno suyo, mezclándolo todo, la Santísima Virgen, el retrato en el marco negro y oro y el pálido rostro de su padre.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia... Mi virgencita hermosa, haz que papá... Dios te salve, María... Te lo suplico, papá... Es tu hija quien te suplica... Tu hija que está totalmente sola, que tiene miedo... Ahora y en la hora de nuestra muerte... Haz, Virgen Santísima, que vaya pronto a reunirme con él y que...

Allí arriba, Jacques zanjaba:

—Ya hablaremos de esto en otra ocasión...

Para ocultar las huellas del estrangulamiento, se había sustituido la toalla por un pañuelo de seda. Las llamas de los cirios danzaban. De vez en cuando, traían flores, y Sophie, muy tranquila, las colocaba al pie del lecho.

Tenía hambre. Estaba rabiosa porque aún no venían a relevarla. Esperaba tener a Élise a mano para decirle que fuera a buscar a alguien.

De repente pensó: «¡Pero si he olvidado enviar una esquela a mi padre...!».

Aquel en quien nadie pensaba en la casa, el bondadoso director de coro Roland Desborniaux, que seguía viviendo en un pueblo de Suiza donde no residían más que enfermos.

—¿Cierro la puerta? —preguntó Poldine a su hermana.

Eran tres en el rellano, Poldine, Mathilde y Jacques.

—¡Ciérrala!

Mathilde iba a alargar la mano para coger la llave. Pero, en ese momento, intervino Jacques:

—¡Dámela!

Y lo dijo de tal modo que las dos tuvieron la sensación de una amenaza.

TERCERA PARTE

No tenía miedo. Con la mitad de la cara en la almohada, y buena parte de la otra oculta por el pelo revuelto, dejaba sin embargo asomar un atisbo de sonrisa.

Sólo que nadie podía saber por qué sonreía. Habría debido de estar exhausta, pues una vez más, durante casi una hora, los médicos habían estado examinándola y, esta vez, eran tres en lugar de dos, tres hombres inclinándose con aire grave sobre una jovencita.

Se había quedado sólo el Feroz, el de París, que había venido ya en dos ocasiones y que seguía pareciendo querer comerse viva a la gente. En el momento de salir los otros, dijo:

—Quiero hacerle unas preguntas a solas un momento.

Cerró la puerta, se sentó, malhumorado, rudo, mascando el vacío y pasándose la lengua por los dientes, lo que debía de ser un tic. Pero no, no era un tic, pues sintió la necesidad de sacarse un mondadientes del bolsillo.

—¿Por qué se empeña en no andar?

Lo soltó de sopetón, con una mirada de ogro, y Geneviève, por debajo del pelo, sonrió. Qué iba a hacerle, si era justo la hora de su rayo de sol y si, aquella mañana, el mirlo se había pasado casi todo el tiempo en las ramas visibles del árbol.

—¡Conteste!

—No me empeño...

—¡Bueno! Le haré la pregunta de otro modo: ¿cuándo decidió usted no andar más?

—Yo no lo decidí...

—¡Bueno! —repitió él—. Si lo prefiere así. ¿Cuándo supo que sería ya incapaz de andar?

—Lo supe enseguida, cuando me caí y no pude levantarme. Pero ya antes, aunque ignoraba lo que iba a pasar, sabía que pasaría algo. Así era cuando tenía convulsiones.

—¿No ha tenido nunca visiones?

Preguntaba maquinalmente, mientras jugueteaba con su mondadientes.

—No, señor.

—¿No oye voces tampoco?

—No, señor.

—Si ardiera la casa, ¿no echaría a andar?

—No lo sé... No creo que arda la casa antes del veinticinco de mayo.

—¿Por qué el veinticinco de mayo?

Nunca hubiera hablado a otros de estas cosas. Pero, justamente porque era el Feroz, la divertía. No era un hombre quien estaba sentado junto a ella. Representaba a todos los hombres, todos cuantos se creen fuertes y listos y tratan a las Geneviève como a niñas pequeñas.

—Porque será el veinticinco de mayo cuando me vaya...

—¿Adónde?

—¡Para siempre! —dijo ella con la mirada clavada en el techo.

Era él, el alto, el gordo, el duro, quien estaba incómodo y ya no sabía cómo poner las piernas.

—Pero ¿qué dice?

—No estoy segura, ¿verdad? No vale la pena anunciárselo a mi hermano y a mi madre...

—¿Quién se lo ha profetizado?

—Nadie... Hace ya años que creo que moriré a los dieciocho años...

—¿Por qué a los dieciocho? ¿Por qué no a los diecinueve o a los sesenta?

—Porque Odile murió a los dieciocho...

Frunció el ceño, primero porque comenzaba a estar cansada y luego porque se sentía impotente para dar más explicaciones. Era algo muy antiguo. De cuando se preparaba para la primera comunión y tenía una amiguita pelirroja que se llamaba Marthe.

Marthe tenía una hermana, Odile, que no era pelirroja, sino de un rubio que no suele verse más que en niños muy pequeños. Odile era ya una jovencita y venía cada día a recoger a su hermana a la puerta de la rectoría. Cogía a Marthe de una mano y a Geneviève de la otra.

Luego, una mañana, a pocos días de la comunión, Marthe no vino. Al día siguiente, supieron que Odile estaba muy enferma, que tenía la tifoidea, y luego, al otro, que había muerto.

—¡Justo el día que cumplía dieciocho años! —dijeron delante de Viève.

El entierro fue extraordinario, con más de cien chicas, todas de blanco, cánticos en la iglesia, y la gente llorando al paso del cortejo.

«¡Yo moriré también, el día que cumpla dieciocho años!», pensó Geneviève.

Eso era todo. El Feroz era incapaz de comprender. Seguía mascando el vacío —o su mal humor—, se levantó, soltó un suspiro y fue a reunirse con los otros dos, el doctor Jules y un médico de Le Havre, en el despacho de tía Poldine, que habían puesto a su disposición para la consulta.

Pues, esta vez, los médicos iban a poder pronunciarse con conocimiento de causa, dado que el período de investigaciones, observaciones y análisis había pasado.

Jacques, en esta ocasión, no había ido a la oficina. Se había quedado en el salón mal iluminado, con su madre y su tía, los tres de luto riguroso, con gran compostura, como en un retrato de familia.

Y Geneviève, apenas se cerró la puerta, restregaba placenteramente la cabeza contra la

almohada recitando:

—Jesús, María y José...

Si lo hubiera dicho delante del Feroz, no habría comprendido. La propia Geneviève, antes, nunca lo pensaba. Era algo que databa tan sólo de unos días.

Con los ojos cerrados, repetía cada vez más rápido:

—Jesús, María y José...

Podía hacerlo rápido, pero había que ponerle intención. Al cabo de un momento, calculó:

—Diez veces trescientos días de indulgencia son tres mil días...

Entreabría los ojos, pero no mucho, lo justo para dejar filtrar la mirada entre las pestañas. A pesar de la luz, a pesar de la pared floreada y del retrato con marco negro y oro, seguía acumulando indulgencias:

—Jesús, María y José... Trescientos días...

Y estas indulgencias no eran algo vacío. Por supuesto que Viève no las veía como se ve a una persona o una silla, pero estaban allí, en torno a ella, cada vez más compactas.

—Jesús, María y José...

Ellos estaban también allí, Jesús y María sobre todo, pues san José, al modo de ver de Geneviève, quedaba más desvaído. Así que no pronunciaba su nombre tan bien como los otros dos. Se disculpó:

—San José, perdóname. Sé que eres un gran santo y el padre nutricio de Jesús, pero cuando estás cerca de él y de la Virgen, sólo tengo ojos para ellos...

No perdía la cuenta, iba ya por los quince mil, veintidós mil días de indulgencia...

Habría podido decir también:

—Sagrado corazón de Jesús...

Y serían más días aún, no sabía ya cuántos, ¿quizá más? Pero de todas las jaculatorias, su preferida era:

—Jesús, María y José...

Oía de vez en cuando las voces de los médicos que discutían en el despacho: venían de muy lejos, más irreales que las indulgencias que se acumulaban, llenaban poco a poco la estancia, menos reales que los bigotes y los pómulos de su padre.

Pues, en cuanto se sumía en sus rezos, allí estaba, siempre en el mismo rincón, un poco más abajo que el techo. Era el purgatorio, Geneviève no trataba de comprender por qué. Tampoco trataba de comprender por qué era él, ahora, quien mantenía la cabeza inclinada hacia la izquierda cuando en otro tiempo era Mathilde.

El rostro estaba desdibujado. Viève había hecho muchos esfuerzos por reconstituirlo por entero, pero no lo consiguió. Lo único preciso, vivo, eran los bigotes, más sedosos que nunca, un tanto caídos y, por encima, unos pómulos pequeños muy colorados, y unos ojos, o mejor dicho, una mirada melancólica, pues no veía los ojos propiamente dichos.

—Jesús, María y José...

El mirlo silbaba. El sol alcanzaba el ángulo de un espejo. El 25 de mayo estaba aún lejos y Geneviève tenía tiempo de acumular indulgencias sobre indulgencias, cientos, miles de años de purgatorio, mientras el Feroz, abajo, declaraba:

—No hay nada que hacer. No *quiere* curarse.

Al hablar así, miraba el decorado en torno, luego volvía la vista a los tres personajes enlutados y poco le faltó para añadir: «¡Quizá no ande tan equivocada!».

En cualquier caso, se dio el gusto de decir mirando fijamente a Poldine con toda su ferocidad:

—¡Son dos mil francos!

Entre Jacques por una parte, y su madre, Poldine y Sophie por otra, casi había paz, tras haber estado al borde de la guerra, y ello cuando la casa acababa de cerrarse tras la desaparición de Emmanuel Vernes.

Jacques, en efecto, cerró la puerta del taller, allá arriba, y había adquirido la costumbre de guardarse la llave en el bolsillo. El notario Crispin, que tuvo ocasión de intercambiar algunas palabras con Poldine el día del entierro, había decidido que el joven continuaría trabajando en la notaría a la espera de una decisión que no había de tardar.

Una noche, cuando acababa de subir al antiguo refugio de su padre, Jacques vio un pedacito de papel en el suelo, y estaba casi seguro de que la víspera allí no había nada.

Se calló. Tras cerrar la puerta, clavó un alfiler atravesado en la chambrana, en un punto en el que era imposible verlo.

Al día siguiente, el alfiler se había caído y Jacques, sin dudarlo, bajó al despacho, donde Poldine estaba con su hermana.

El negro que vestía le hacía parecer más sanguíneo y más brutal.

—¿Cuál de vosotras dos tiene llave? —dijo sin ambages.

Las dos hermanas se miraron, comprendieron que era inútil disimular, y Poldine se levantó y se dirigió suspirando hacia su secreter.

—Aquí está...

Al mismo tiempo, Mathilde se apresuró a explicar:

—Fue el cerrajero quien la dejó el día que tuvo que abrir la puerta... Nosotras hemos subido un momento para ventilar...

En aquel momento, habría bastado una nimiedad para desencadenar ambos bandos, uno contra otro. ¿Quizá si Jacques hubiera vacilado?

¡Pues no! No vacilaba. No dirigía reproches, no buscaba una discusión.

—Querría que subierais las dos conmigo... También Sophie, si quiere...

Giró los interruptores, cerró la puerta y se sentó ante la mesa de su padre.

—Vamos a hacer inventario de todo lo que hay en este cuarto. Así ya podremos entrar todos sin despertar sospechas...

Las dos hermanas no rechistaron. Jacques cogió una pluma y una hoja de papel.

—Comencemos por los cuadros... Sophie pegará en cada marco una etiqueta con un número...

Aquella noche trabajaron hasta la una. Hicieron auténticos descubrimientos. Así fue como se dieron cuenta con estupor de que ¡había nada menos que ciento cuarenta y tres cuadritos representando tejados!

Las mujeres correteaban de un extremo a otro del taller, colocando contra la pared de la derecha las piezas inventariadas.

—¿Y si continuamos mañana? —propuso Mathilde, a quien, por la noche, le dolían las piernas.

Jacques replicó tranquilo:

—¡No!

—¡Otro! —anunciaba Sophie, que rebuscaba incansablemente por todos los rincones.

Él le pasó una etiqueta, y se aseguró de que el cuadro fuera a reunirse con los otros.

—Ahora tocan los libros...

Afortunadamente no eran muchos. Los volvieron a colocar en su sitio, tras pegarles un número y comprobar Jacques que no había nada entre las páginas.

—Los cuadernos...

Pues habían descubierto toda una serie de cuadernos, simples cuadernos escolares, todos iguales, repletos de la diminuta letra de Vernes y de croquis extraños.

—¡Ya está! —declaró finalmente Jacques—. Ahora la llave ya puede quedarse en la puerta.

Las miró una tras otra. En el momento de separarse, en el rellano, Poldine y su hermana se miraron también. Poldine entreabrió los labios. Estuvo a punto de decir algo. Pero comprendió que Mathilde, en aquel momento, estaba pensando lo mismo, y se limitó a dejar caer:

—¡Buenas noches!

Cuando Jacques le bajó uno de los cuadros, Geneviève suspiró:

—Pobre padre...

Y su mirada no tardó en volverse hacia aquella cosita gris, aquellos tejados tristes y sin relieve.

—Te he traído también el primer cuaderno. Es a ti a quien pertenece todo, no hay que olvidarlo.

Abrió el cuaderno por la primera página, donde el título figuraba en letras de molde: *Investigaciones sobre el Número Áureo*.

Qué curioso. Geneviève parecía incapaz de decidirse a leer. O más bien pasaba como con el cuadro: aquellas reliquias de su padre no le interesaban. Miraba a Jacques como preguntando qué quería que hiciera.

—¿Te lo leo en voz alta?

No se atrevió a decir que no. Escuchaba distraída:

—«Es indiscutible que, en todas las civilizaciones, un pequeño número de hombres, que llamamos iniciados, consagraron su vida a la búsqueda del Número Áureo. Desde los egipcios hasta los helenos, desde los arquitectos hititas hasta Leonardo da Vinci, los magos buscaron, y algunos encontraron, como nos lo demuestran ciertos mensajes misteriosos cuya presencia traslucen sus obras...».

—¡Jacques!

—¿Qué?

—¿Qué es eso del Número Áureo?

—Pues no sé...

—¡Escucha! Ya me lo dirás cuando lo hayas leído todo...

Y no volvió a mencionarlo. Su hermano le preguntó si no quería algunas telas de su padre en las paredes de su habitación, y ella murmuró:

—¡No! Es demasiado triste...

Jacques se fue casi disgustado, sin comprender.

Y fue entonces cuando tuvo lugar tácitamente el reparto de la herencia de Emmanuel.

Habría sido imposible explicarle a un extraño en qué consistía ésta ni qué había que repartir. Pero los de la casa lo sabían, y mantenían desde aquel momento un acuerdo secreto del que nunca se habló en voz alta.

Jacques había cumplido con su deber al ofrecer a su hermana traerle cuadros y cuadernos. ¡Peor para ella si no le escuchó, perdida como estaba en sus nubes y letanías!

También Mathilde había creído su deber decirle a su hija:

—Tu padre te ha dejado todo lo que hay en el taller. Nosotros hemos hecho un inventario. Dejo una copia en tu armario. Ahora, vamos a ocuparnos de saber si tiene algún valor...

Geneviève no rehusó. ¿Tal vez no la escuchó hasta el final?

En lo sucesivo, no hubo más horas vacías. El comienzo de las mañanas transcurría como antes, lleno de pequeñas tareas, pero, en cuanto el orden reinaba en la casa, Mathilde y Poldine subían, casi siempre precedidas en el taller por Sophie.

Aunque su madre le recomendaba a diario:

—¡Sobre todo, no vuelvas a subir sin nosotras!

¡Como si estuviesen celosas! ¡Celosas de la posesión, durante unas cuantas horas, del taller de Emmanuel!

—¡Élise!... ¡Élise!... —gritaban en la caja de la escalera—. Suba carbón...

En otro tiempo, era el propio Vernes quien lo subía, encendía el fuego, lo mantenía vivo, vaciaba la estufa y bajaba el cajón de la ceniza.

Una vez caldeada la estancia, la atmósfera se hacía más densa, más íntima, con una intimidad especial, pues un personaje, el principal, permanecía invisible.

—¡Lee!...

Sophie, que tenía mejor vista, leía.

—«El Número Áureo es la base de toda belleza y sin duda de toda vida, por lo que podría decirse que es la base de toda riqueza.

»Las grandes civilizaciones poseyeron el secreto y fue al perderlo cuando se hundieron.

»Se encuentran, en las pirámides, indicaciones de...».

La voz de Sophie no era sino un ronroneo monótono. A veces la lluvia hacía brillar los tejados, como en una buena mitad de las telas amontonadas contra las paredes.

—«... En el origen de todas las cosas, está el número, y ese número oculto constituye...».

Sophie se interrumpía para observar:

—Este pasaje está escrito hace diez años por lo menos. Hay una nota al margen: «Viève ha quedado la primera en redacción».

Así pasaba a lo largo de los cuadernos que Vernes había llevado al día, acumulando reflexiones sobre diversos problemas, sentencias que había leído o que eran suyas, volviendo sin cesar a su gran investigación del Número Áureo.

—¿Qué es exactamente? —se impacientaba Poldine.

—Tal vez lo sepamos al final.

»¿Qué son el canon de Praxíteles, el del gran Leonardo y de Durero, sino una búsqueda del Número Áureo que hace que todo sea belleza y armonía?

»¿No lo dice Da Vinci, en sus notas, no nos confiesa que anda en busca de lo bello absoluto, lo bello divino, de lo bello que nada puede alcanzar, que nada puede destruir o minimizar?

»Por ejemplo, en los bosquejos de...

Luego, siempre, anotaciones al margen: «Me parece, a veces, que Geneviève no es de la misma raza que todos nosotros».

Detalles más prosaicos: «He ido al dentista. Ahora, llevaré un diente de oro».

Y otros, otros más: «Jacques es un Lacroix. Cuando ando rozando las fachadas, por la calle, tiemblo sólo de pensar en lo que se esconde detrás...».

Ellas, Poldine y Mathilde, escuchaban, esperando tal vez precisiones más reveladoras. Estaban impresionadas por detalles ridículos, como el número de aquellos cuadernos que atestiguaban una actividad de hormiga. Aquellos pequeños caracteres en tinta violeta, era Emmanuel quien los había trazado uno a uno, en el transcurso de los años, tras la puerta cerrada de aquel taller, así como aquel único paisaje a su alcance ciento cuarenta veces recommenzado, aquel panorama de tejados grises con el campanario inmutable.

—¿Qué crees tú qué querrá decir eso? Puesto que te dio lecciones de pintura, te hablaría del Número Áureo...

—No, mamá.

—¿Y tú no sabes lo que es?

—Sin duda una chifladura —suspiró Mathilde—. Era como su hija: soñaba despierto.

Pero ¿por qué entonces aquel testamento, aquella insistencia en especificar que «todo cuanto se encontrara en el taller...»?

¿Y qué, sí, de qué, le podía servir eso un día a Geneviève?

Después de cenar era el turno de Jacques. Las mujeres le dejaban subir solo, quizá porque el primer día no se mostró muy agradable, quizá porque ellas ya estaban hartas de todo el día.

Él comprobaba cuidadosamente el lugar de cada objeto, leía, y tomaba notas a fin de informarse fuera sobre algunos temas.

También él debía mantener vivo el fuego. Aunque no hubiera visto a su padre tras su muerte, cuando lo depositaron sobre el diván, no le gustaba mirar hacia ese lado y, aunque siempre se prometía guardar el chal español, no se atrevía, se limitaba a volver su silla de espaldas.

Por dos veces, en la misma semana, vino el señor Crispin y se quedó un buen rato encerrado en el despacho con Poldine y Mathilde. No fueron lo que se dice entrevistas cordiales. Varias veces se oyó alzarse el falsete del notario tratando de ahogar el bajo de tía Poldine.

En una ocasión, Mathilde salió llorando y se refugió en la habitación de su hija.

—¿Qué pasa? —preguntó ésta candorosamente.

—No puedes comprenderlo... Se aprovecha de la situación... Sabe que no queremos escándalos e impone sus condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Déjame... No es cosa tuya...

Después de la segunda visita, las dos mujeres, que tenían que charlar, subieron de común acuerdo al taller y era la primera vez que se encerraban en él para hablar de sus asuntos.

Hasta entonces, el taller no había sido más que un campo de investigaciones. Ahora bien, estaban ya tan acostumbradas, que siempre que tenían cuestiones serias que debatir iban a instalarse en el taller, con las ventanas y las puertas cerradas.

La cena, aquella noche, fue borrascosa. Las cosas no fueron fáciles entre Jacques y su tía, y también Mathilde debía de llorar, porque no se la oía.

—Confiesa que eres tú quien le dictas todas estas condiciones...

Jacques le plantó cara y salió después de derribar su silla intencionadamente, para mostrar, armando ruido, que era el hombre.

La casa andaba algo errática. Había que adquirir nuevas costumbres, nuevas posiciones, y no valía la pena, pues todo era provisional. En un mes, habría una recién llegada, una desconocida por así decir, una muchacha de diecisiete años, de rubios cabellos, ojos azules y salud frágil.

—Daré una primera cena en mi casa el próximo miércoles —decidió el notario Crispin—. Será, si quieren, la cena de pedida, y la semana siguiente, se publicarán las amonestaciones...

Más frío que una Lacroix, pensaba en detalles en que normalmente sólo piensan las mujeres.

—Habrá que instalar un timbre eléctrico en la puerta de entrada, para que la sirvienta de mi hija no tenga que molestarse cuando vengan a verlas a ustedes... En cuanto al cuarto de baño, es necesario darle más luz abriendo otra ventana...

¡Un cuarto de baño! ¡Y cuántas reformas más! Exigía, redactaba un auténtico cuaderno de reivindicaciones que eran otras tantas condiciones.

—Yo había pensado —aventuró Poldine— que, en los primeros tiempos, sería mejor, para la joven pareja, compartir...

¡De eso nada! ¡Él vendía su cargo, de acuerdo! Las Lacroix se lo pagaban a buen precio. En cambio, daba cien mil francos de dote a su hija, pero en títulos que no era oportuno vender antes de mucho tiempo.

La oficina se trasladaría al lugar de la antigua notaría Lacroix, y no habían pasado dos días cuando ya se presentaba Crispin con un contratista para discutir acerca de las reformas a hacer.

Había que esperar. Sophie, furiosa, acusaba violentamente a su madre de dejarse enredar y de sacrificar toda la casa a su primo.

—¿Es que no comprendes que hay que armarse de paciencia?

—¿Y luego?

—Luego ya se verá...

En cualquier caso, la planta baja entera era cedida a Jacques, a su oficina y a su mujer. Se hablaba incluso de que ocuparan una estancia en la primera planta, pues no tenían sitio para un trastero. El patio era también para ellos.

Las Lacroix se veían relegadas a las plantas superiores y ellas mismas se replegaban ya también lo más arriba posible, en el taller de Vernes, donde, poco a poco, se iban sintiendo cada vez más en su casa que en cualquier otra parte.

Habían hecho algún cambio en el cuarto. Durante varios días, se estuvieron preguntando qué faltaba, y cayeron en la cuenta de que no había reloj.

¿Sería que a Vernes no le importaba la hora? ¿O llevaba siempre su reloj en el bolsillo?

En el comedor, había un reloj antiguo, con un pesado péndulo de cobre. Y como, en unas semanas, el comedor ya no existiría...

El reloj fue trasladado al taller, al que aportaba nuevas pulsaciones y el reflejo movedizo del péndulo de cobre.

—Está aquí el señor Jaunie... —vino a anunciar Élise, aquella tarde.

Precisamente era un día en que no estaban ocupándose de los cuadernos, sino de Jacques y su futura mujer. ¡Qué se le iba a hacer! Le habían pedido al señor Jaunie, que era conservador del museo, que viniera a echar un vistazo a las telas de Emmanuel.

El señor Jaunie era grueso, imponente, y sacaba la barriga de tal modo que había de echar la cabeza atrás como las palomas colipavas.

Hizo su pequeña comedia, como tenía por costumbre, miró los cuadros de cerca, de lejos, con los ojos abiertos, entornados, hizo correr las cortinas, las hizo descorrer, se divirtió raspando la pintura con una uña, para terminar con un gargajeo que no quería decir nada.

—¿Cree usted que son buenos?

—Ejem..., gr..., rrr...

Habían olvidado invitarle a quitarse el abrigo de cuello de terciopelo y, como la pieza estaba muy caldeada, el conservador se iba poniendo de un hermoso color rojo.

—Me gustaría también someter a su consideración estos cuadernos... Como tratan sobre todo de arte...

—Si quiere confiármelos...

Lo delicado fue explicar que era imposible, dado que aquellos cuadernos, debido al testamento y a la desconfianza de Jacques..., en fin..., que era...

Entonces comenzó a hojearlos. Poldine pensó en la copita y el puro y Sophie fue a buscarlos abajo. Mathilde pensó, por su parte, en el abrigo, de modo que el señor Jaunie se sintió poco menos

que a sus anchas en el diván mientras las tres mujeres esperaban su veredicto.

—¿Es interesante? ¿Quiere decir realmente algo?

—Ejem..., gr..., rrr...

Guiñaba un poco los ojos, por el humo del puro. Una hora después, seguía allí. Y como la campanilla de la cena no iba a tardar en sonar, Poldine, tras interrogar a su hermana con la mirada, murmuró:

—Como sé que es soltero, me permito invitarle a cenar con nosotros, sin cumplidos...

Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que había un extraño en la mesa. Fueron a buscar a la bodega una botella de borgoña, y el señor Jaunie se la bebió casi toda él solo.

—Comprendan ustedes... Es difícil explicarles... Tanto más difícil cuanto que los místicos son inexplicables... Ahora bien, por lo que me es posible juzgar hasta este momento, Vernes era un místico de la Edad Media perdido en nuestra época...

Jacques le escuchaba fríamente. Poldine le escrutaba. Mathilde tenía la cabeza inclinada y los labios tensos.

—No quisiera despertar falsas expectativas... Luego, si me lo permiten, leeré lo que sigue de esos cuadernos y podré sin duda ser más categórico...

—¿Y sus pinturas tendrían algún valor?

—Con una buena publicidad, sí... En cuanto a sus ideas, si realmente llegó hasta sus últimas consecuencias...

Aquella tarde, el taller conoció la rara fortuna de ver a todo el mundo reunido, incluido un hombre de fuera, el conservador del museo.

Tenía en todo momento su copita de brandy a mano. Se estaba fumando un segundo puro que Poldine le ofreció sin dudarle. Bien arrellanado, leía, meneando la cabeza, haciendo muecas, sonriendo, representando en todo momento su comedia mientras los demás, a su alrededor, todos los de la casa, excepto Geneviève, permanecían petrificados a la espera.

—No está mal... No está mal... Curioso... ¡Je! ¡Je!... Extraordinario...

Se hizo mostrar de nuevo las telas, pues ahora ya se atribuía la suficiente importancia como para, desde el diván, ordenarle a Sophie:

—Retroceda un poco... Así... Incline el cuadro hacia atrás... Bien... No se mueva...

—¿Qué opina?

—Si quisieran confiarme algunas de estas telas, así como estos cuadernos...

Aun sin ser de la familia, imposible no sentir enseguida cuajar la desconfianza.

—... y si alguno de ustedes quisiera acompañarme a París... Se podría...

Al final, reinaba una atmósfera azulada de humo y olía fuertemente a alcohol.

—¿Tal vez Sophie?

—Probablemente haría falta la autorización de Geneviève —insinuó Jacques.

—Ve a pedírsela...

Se fue para allí, y se embarcó en un discurso tan confuso que ella le interrumpió.

—¿Quieres mostrar las telas de papá?... Pero Jacques, sabes perfectamente que no son buenas...

Lo decía ingenuamente y a Jacques le chocaba. Él hablaba de la memoria de su padre, de su revancha.

—Haz lo que quieras... A mí me da igual...

—Pero es tuyo...

—Pues te digo que me da igual.

Ella tenía prisa por volver a encontrarse sola, y él se reunió con los otros arriba y anunció:

—¡Está de acuerdo!

Discutieron todavía un poco y, finalmente, se decidió que Sophie partiría al cabo de dos días con el señor Jaunie. Luego bajaron. Mathilde volvía a cerrar la puerta del taller, la reabría porque olvidó apagar una lámpara, y pasaba a través de los celajes de humo, que se estiraban.

II

Se acercaba la Navidad. Los albañiles, abajo, golpeaban como sordos contra una pared en la que había que abrir una puerta. Mathilde, que sentía resonar en ella el eco a cada golpe, acababa de ordenar la habitación de su hija.

—¿Quieres hacerme un gran favor, madre? —murmuró de repente Geneviève, que, desde hacía un momento, seguía a su madre con la vista.

—Te escucho.

—Me gustaría que me compraras un belén... No hace falta que sea grande, ni complicado... Que tenga sobre todo muchas lucecitas rojas y azules...

Mathilde prometió:

—Iré a ver esta tarde.

Tenía tan pocos ánimos que daba la impresión de estar incubando una enfermedad. Acababa su trabajo sin gusto, y estaba asegurándose de que no olvidaba nada cuando Geneviève dijo:

—Me pregunto, madre, qué haréis, tía Poldine y tú, cuando yo ya no esté...

Mathilde se estremeció y se quedó muy sorprendida al encontrar los ojos de la muchacha serenos y dulces, como apiadados. Pues tal era el sentido de la frase: ¡Viève compadecía a su madre y a su tía!

—¿Es que quieres dejarnos? —bromeó torpemente Mathilde.

—Sabes perfectamente lo que quiere decir eso, ¿verdad? Entonces, estaréis las dos solas...

—¡No digas tonterías, Viève!

No eran tonterías, lo sabían las dos. Hacía ya tiempo que Mathilde, cuando entraba en la habitación, no podía disipar un malestar, una incomodidad, y en consecuencia su actitud era falsa y forzada.

A una persona normal, puede tratársela en un plano de igualdad. Se puede hablar, fingir, defenderse, observar y mentir. Pero ¿qué decirle a una enferma que no espera nada, de nadie, que ve con indiferencia abrirse la puerta y no quita ojo a quienes van y vienen a su alrededor?

Al menos, últimamente, Mathilde tenía un tema de conversación.

—Sophie se ha ido otra vez a París, sola esta vez. Todo está resuelto. Alquilaremos una bonita sala en el Faubourg Saint-Honoré, y la exposición se inaugurará el 15 de enero.

A Mathilde la asombraba que su hija no reaccionase cuando hablaban de la obra de su padre.

—El señor Jaunie escribirá el prólogo del catálogo. Claro que ha pedido el diez por ciento de la venta de los cuadros... Con el diez por ciento que exige la galería, ya es un veinte por ciento...

Geneviève soñaba, sonreía beatíficamente, quizá por las indulgencias que acumulaba voluptuosamente como un cachorro esconde trozos de pan entre la paja de su perrera.

—Jesús, María y José...

—Parece ser que no has querido ninguno en tu cuarto. Ha sido tu hermano quien me lo ha dicho...

—Si tanto interés tienes, aceptaré uno, madre...

Si tan desapegada de todo parecía, ¿por qué amenazaba de repente «... cuando estéis las dos solas...»?

Por la tarde, lloviznaba y los adoquines estaban resbaladizos, y había un denso gentío ante las tiendas que, con ocasión de la Navidad, tenían todas escaparates especiales. Mathilde se había puesto su velo de luto, que la incomodaba, y no podía dejar de pensar continuamente en las palabras de su hija.

Lo cierto es que el tiempo también influía, y aquel vacío sonoro de la casa con las obras y los albañiles, y esa atmósfera que precede a las grandes fiestas, esas mujeres gordas venidas del campo para hacer sus compras, esas vendedoras agotadas que iban de cabeza, esos montones de mercancías, de vituallas.

«... cuando ya no esté...».

Mientras andaba, su madre se iba secando los ojos con el pañuelo. La verdad es que no tenía los ojos húmedos. Pero casi, y Mathilde se sentía realmente emocionada. La prueba es que se prometió: «Voy a comprarle un bonito belén...».

Este pensamiento la liberó de su apatía por un momento. Le llevaría a su hija un belén grande, magnífico, que, completamente iluminado, le proporcionaría inolvidables alegrías...

Con la cabeza inclinada, el velo levantado para ver mejor, preguntó al vendedor en una tienda que olía a madera barnizada y a linóleo:

—¿Cuánto vale el del escaparate?

—Ochocientos cincuenta francos, señora...

—Es demasiado caro.

—Tiene éste de cuatrocientos francos...

No era algo deliberado. Su emoción había decaído. Con mirada mortecina, observaba los belenes y veía que eran de una mala madera blanca, cartón, pintura, y personajes de escayola.

—¿No tiene más?

—Evidentemente, vendemos todos los accesorios por unidades... Aquí tiene el belén vacío por treinta francos y encontrará las figurillas en la sección de al lado...

Es el que eligió. Y aún estaba más triste a la vuelta que a la ida. Entró enseguida en el comedor,

pues los demás estaban ya en la mesa; dijo, al dejar los paquetes sobre una silla:

—Le he comprado un belén a Geneviève. Está tan sola...

No tuvo eco y no le quedó más remedio que ponerse a comer como todo el mundo. En la planta baja, el comedor era el último refugio, la última pieza, con la cocina, donde no habían empezado las obras.

Conservaban la costumbre de cenar en silencio y Poldine seguía sirviendo la sopa a cada uno, y alargando el brazo cuando había que pulsar el timbre para llamar a Élise.

Sin proponérselo, Mathilde miraba aquella noche a Sophie con más atención que los demás días y observó que su sobrina había cambiado, que debía de llevar carmín en los labios y que lucía otro peinado. Tomó nota de estas observaciones para otra ocasión pero no dijo nada, y se estremeció como los otros cuando, acabando ya el postre, resonó la campanilla en el pasillo.

Se miraron. Sophie miró a la familia como diciendo: «Pero ¿qué os pasa?».

Luego recordó que no lo sabían y explicó, como si fuera algo sin importancia:

—Es el señor Jaunie que viene a buscarme...

—¿A buscarte? —repitió maquinalmente su madre.

—Para ir al cine...

Y salió al encuentro del señor Jaunie, a quien Élise hacía entrar y que, desde hacía un mes, había ganado relevancia.

A Jacques no le chocó. Tenía la costumbre de salir cada tarde para ir a visitar a su prometida.

Pero que Sophie...

—¡Tenga! Aquí tiene la botella. Sírvase una copita mientras voy a ponerme el sombrero y el abrigo...

El golpe fue perfecto. Poldine y su hermana se quedaron sin habla. Se esforzaron incluso por sonreír al conservador y apenas si Poldine pudo soltar tímidamente:

—¡No vuelvas muy tarde!

La puerta se cerraba, con estruendo. La pareja pasaba por delante de las ventanas y se oía la risa de Sophie.

Poldine se levantó de la mesa. Mathilde la imitó. Iba a decir algo, pero esperó a llegar ambas al despacho. Y allí, en el momento de sentarse, fue Poldine quien propuso:

—¿Y si subiéramos allí arriba?

Todo ello tomó su tiempo. Poldine se había llevado la labor y se puso los impertinentes. Su hermana la observaba.

—¿Qué querías decirme hace un rato? Cuando salíamos del comedor, has abierto la boca...

—¿Tú crees? Pues lo he olvidado...

No era cierto, pero, tras reflexionar, Mathilde había decidido callarse.

Era difícil, en los momentos por los que estaban pasando, saber siempre lo que se debía hacer. Los cambios eran demasiado profundos. Se preparaba una vida nueva y detalles sin importancia podían adquirir valor en adelante.

¡Como esa cita que Sophie había dado tan tranquila al señor Jaunie para ir al cine con él!

Habían pasado ya unos minutos en silencio cuando Mathilde murmuró, no sin asegurarse con una mirada de que su hermana no iba a mentir:

—¿Te había avisado?

—No... Supongo que se olvidó...

Y la respuesta no se hizo esperar; una piedra contra el propio tejado, otra piedra contra el ajeno:

—¿Te ha hablado Jacques de sus planes?

—¿Qué planes?

—Parece que piensa pasar todo un mes en Italia con su mujer... Lo he sabido por el contratista...

Con esto había ya bastante para un buen rato. Poldine hacía calceta, contando los puntos en voz baja. Mathilde recorría con la vista sin leerla una novela de veinticinco años atrás que encontró en la librería de su marido.

Durante aquel tiempo, en la pantalla del cine, los personajes habían tenido el tiempo necesario para hacer y deshacer su vida. Aquí, sólo se había recorrido un pequeño trecho de camino, lo justo para llegar a una frase que quedó en el aire, como un mero jalón:

—No ha traído aún el prólogo, ¿verdad?

Se refería al señor Jaunie, que de algún modo se encargaba de la gloria póstuma de Emmanuel Vernes.

—Aún no...

—¿No te ha hecho ninguna pregunta?

Mathilde replicó:

—¿Y a ti?

—Preguntas sin importancia... Me preguntó cómo era exactamente en la vida privada, si era distraído, si hablaba mucho de su obra, si tenía a menudo un aire inspirado... Parece que hacen falta todos esos detalles para trazar un retrato vivo...

—¿Y tú qué le has dicho?

Se dirigieron una miradita, por la costumbre.

—Le he dicho que Emmanuel era como ajeno a la vida material... Que su verdadera existencia se desarrollaba entre estas cuatro paredes...

Cubierta esa etapa, había que esperar, y Mathilde, que sabía perfectamente que algo más vendría, se mantenía tensa por la desconfianza.

Finalmente llegó, con una brutalidad inesperada por parte de Poldine.

—¿Qué te dijo la última noche?

No era la primera vez que rondaba el asunto, pero no lo había abordado nunca tan abiertamente. Mathilde se tomaba tiempo para tragar saliva y ya su hermana proseguía:

—Reconoce que es contra ti contra quien estaba resentido, que era a ti a quien iban dirigidos todos sus reproches...

—¡Me gustaría saber qué es lo que te hace pensar eso!

—Todo... Y en primer lugar que, si hubiera tenido reproches que hacerme, me los habría hecho también...

—¡No veo por qué! Tú no eras su mujer...

—¿Y tú?

—Me parece...

—Mira, Mathilde, no vale la pena que nos peleemos. Hay verdades que entre nosotras podemos confesar. Tú nunca le quisiste. Te casaste con él porque querías casarte, y sólo el azar quiso que fuera él.

—¿Y tú...?

—Yo no podía esperar nada de él...

—¡Salvo una venganza! ¡Tú te consumías ante la idea de la soledad! ¡Yo estaba casada y tú no! ¡Yo tenía un hombre y tú no! ¡Tú debías ya prever el día en que estarías de más! ¡Sí! ¡Era eso! ¡Comenzabas a sentirte de más! Yo escapaba a tu influencia y tú venías continuamente a meterte en este taller a propósito... ¿Te atreves a negar que fuiste tú quien le pidió hacerte un retrato?

—¡Eres una estúpida!

—¡Soy una estúpida porque veo las cosas claras! ¡Hace ya mucho tiempo que te conozco! Y prueba de que tengo razón, de que eres así, es que vuelves a empezar. El señor Jaunie se ocupa de escribir un prólogo y tú te adelantas, te las arreglas para ser tú a quien él pregunte sobre Emmanuel, como si yo no sirviera para eso...

—¡Bastante le hiciste sufrir en vida!

—¿A causa de quién? ¿Le habría hecho sufrir si no os hubiera encontrado uno en brazos del otro cuando aún no me había recuperado del parto y si, de golpe, no hubiera comprendido que Sophie era hija suya? ¡Contesta a esto! Contesta...

No levantaban la voz. Hablaban en sordina, pero cada sílaba era destilada, como engastada, y los ojos servían para subrayar las menores intenciones.

—¿Te atreverías a decirme cuándo te convertiste en su amante?

—¡Sí!

—¡Dilo!

—¡Antes que tú!

—¿Eh?

—¡Te sorprende, ya me lo imagino! ¡Pero es la pura verdad! Sí que fue por ti por quien Emmanuel entró en esta casa. Eras tú quien reclamaba un marido a gritos. Fue a ti a quien nuestra tía mandó un candidato. Pero, cuando él nos conoció un poco a una y a otra, fue a mí a quien quiso. No se atrevió a decírtelo. Era tu prometido. Todo estaba preparado para la boda. Habría sido un asunto delicado cambiar de pareja.

—¡Mientes!

—No, mi pequeña Mathilde, no miento. Y tú sabes bien que no miento. Lo sabrás aún mejor esta noche, en tu cama, cuando recuerdes muchos detalles. Emmanuel no tenía el valor de defender sus opiniones. Le atormentaba el miedo a apenar a alguien. Siempre dejaba que las cosas se solucionasen solas...

—¡Bonita solución! ¡Y fue él, sin duda, cuando supo que ibas a tener un hijo, quien te aconsejó buscar un marido discreto, tuberculoso a ser posible, para que pudiera mandársele a acabar sus días en Suiza!

—¡Fui yo!

—Y contabas con que las cosas irían así, que seríais eternamente los verdaderos amantes, mientras que yo...

Entonces Poldine replicó con una aguda mirada:

—¡Tú habrías hecho exactamente lo mismo en mi lugar!

¿Por qué Mathilde creyó oír la voz de su hija que le decía, desde su cama, que daba a las frases una sonoridad misteriosa: «... Me pregunto qué harás cuando yo ya no esté...»?

Y sobre todo las últimas palabras: «¡Estaréis totalmente solas, tía Poldine y tú!».

Miró a su hermana y sintió un inmenso vacío en torno a ambas. Sophie estaba en el cine. Jacques vivía en otro hogar, con otra familia que estaba habituándose a considerar como suya. Abajo, se tiraban paredes y se retiraban los muebles para hacinarlos en las antiguas cuadras.

—Poldine...

—¿Qué? ¿No tengo razón? ¿No fuiste tú quien le hizo sufrir?

—¡Cállate!

—Es que yo...

—¡Cállate! —repitió enérgicamente, levantándose.

Se puso a recorrer a grandes pasos el taller. En un rincón, estaba el retrato inacabado de su hermana, de cara a la pared; pero, aun sin verlo, Mathilde podía imaginar los menores detalles.

Al volver hacia Poldine, la contemplaba al natural, diecinueve años después, con impertinentes, vestido negro y una labor sobre las rodillas.

Algo parecido a la compasión le henchía el corazón, pero no era compasión por Poldine, ni por nada concreto.

Acababa de tener la sensación de la vejez al mirar el rostro de su hermana, de la vejez de ambas, de su común vejez.

Atemorizada, se ceñía el chal sobre los hombros.

—Me pregunto por qué nos peleamos así —suspiró.

Por segunda vez aquel día, tenía ganas de llorar, mientras Poldine contestaba con una frase que provenía de su vocabulario de niñas.

—¿Quién ha empezado?

—¡Tú!

—Eso ni hablar. Eres tú quien has dicho...

—¡Poldine!

Mathilde lloraba de verdad, con pequeños movimientos, escondiendo el rostro. Su hermana, extrañada, se temía poco menos que descubrir que Mathilde se había humedecido los labios con saliva, como hacía en otro tiempo para enternecer a sus padres.

—No hablemos más de esto... —admitió—. Es mejor...

Pero Mathilde preguntaba, volviéndose hacia la pared:

—¿Qué te decía de mí? Sí, ¿qué podía decirte? ¿Qué os contabais, los dos, aquí, mientras yo..., yo...?

Poldine se levantó a su vez, pero no para andar arriba y abajo. Recogió la labor, la madeja de lana gris que se le había caído al suelo, y se dirigió hacia la puerta, salió, y bajó la escalera con aire digno.

Cuando Mathilde se volvió, con los ojos ya secos, era demasiado tarde. El taller estaba vacío. No quedaban ya ni siquiera las pequeñas telas con los tejados que habían mandado a París para la exposición, ni los cuadernos que el señor Jaunie había logrado llevarse finalmente a su casa para estudiarlos con tranquilidad y escribir su prólogo.

Si Poldine no lloraba nunca, Mathilde nunca lloraba mucho tiempo. Resopló dos o tres veces, se dio cuenta de que no tenía pañuelo y se secó el rostro con las manos.

No tenía ya ganas de leer. No tenía ganas de hacer nada, y sin embargo aún tenía por delante dos horas largas al menos para conciliar el sueño.

Habían pasado unos minutos y estaba a punto de sentarse cuando fue a darle la vuelta al retrato de su hermana, no por odio, ni por atizar sus rencores.

Necesitaba fijar una época. Reconocía, por ejemplo, el peinado que Poldine se hacía antes, y aquel vestido rosa que no era realmente un vestido sino una vieja bata. Emmanuel había querido que la prenda fuese rosa. No había ninguna en casa, aparte aquella tela descolorida.

Al día siguiente por la mañana, habría que entrar en la habitación de Geneviève, a quien tenían ahora mirar a la cara, a tal punto resultaba incómoda su mirada. Por más que viviera en un mundo muy suyo y no oyera sino ecos amortiguados de lo que pasaba en la casa, hubiérase dicho que lo sabía todo, lo adivinaba todo, leía en las almas.

Geneviève no decía nada. Mientras se movían en torno a ella, poniendo orden en la habitación, conservaba aquella sonrisa condescendiente que parecía haber adoptado por cortesía, para no ser una enferma demasiado desagradable, para no entristecer a su familia.

Aquella sonrisa decía: «Ya veis, no sufro, estoy estupendamente, muy feliz y no debéis lamentaros por mí...».

Pero también insinuaba: «Sois vosotros los dignos de compasión... Os agitáis en vano... No habéis comprendido... Os hacéis daño, por nada, porque no sabéis vivir... Cuando yo no esté ya aquí...».

De repente, Mathilde sintió un intenso deseo de ver a su hija. No se le ocurrió que Geneviève pudiera estar durmiendo. Apagó las luces del taller, tras una mirada maquinal para asegurarse de que no había nada fuera de su sitio y que no había peligro de incendio. Bajó, escuchó un instante en la puerta, que se decidió finalmente a abrir.

Todavía no había dado la luz cuando una voz dijo bajito:

—¿Eres tú, Jacques?

Casi malvadamente, ella giró el interruptor, proclamando así:

—¡No, no es Jacques! ¡Es tu madre! ¿Es que ya no tengo derecho a venir a darte siquiera las buenas noches?

Geneviève no podía disimular su decepción. Hacía lo que podía, sin embargo, y murmuraba amablemente:

—Buenas noches, madre... Creía que era Jacques que volvía... ¿Estaba dormida?

—No lo sé. Te he comprado un belén...

—¿Es bonito? ¿Por qué no lo has subido?

—Porque hay que desempaquetarlo... Lo traeré mañana por la mañana...

Su mirada era dura. Se preguntaba: «¿Cómo lo sabe?... Sola con Poldine...».

¿Y si fuera peor? ¿Si se quedaba simplemente sola? ¡Sola! ¡Sola!

—¿Tienes una de tus jaquecas, madre?

—No... Un poco...

—¿Ha salido Sophie?

—Ha ido al cine. ¿Cómo te sientes esta tarde?

—Como siempre...

¡Evidentemente!

¿Qué más decir? O bien habría que entrar en el meollo de la cuestión, sin miedo a posibles descubrimientos. Habría que tener el valor de hacer preguntas esenciales: «Confiesa que no me amas y que serías incapaz de llamarme mamá... Confiesa que, para ti, he sido siempre una mala mujer... Confiesa que compadecías a tu padre y que, desde que supiste algo de la vida, le consideraste una víctima... Confiesa que fue como una amenaza como me dijiste: “Cuando yo ya no esté...”. Confiesa...».

—¿Qué te pasa, madre?

—Nada.

—¿Por qué has venido?

—No lo sé...

—¿No has oído?

—¿El qué?

—La puerta... Sí... Es Jacques que vuelve... Conozco su modo de andar...

Reconocía todos los pasos y debía de clasificarlos entre buenos y malos pasos. Deseaba que su madre se fuera para que Jacques pudiera entrar, quedarse un poco...

Subía la escalera, le extrañaba sin duda ver luz por debajo de la puerta, la entreabrió.

—Buenas noches, Viève...

Y al ver a su madre, añadió:

—¿Estás aquí?

De golpe se detenía, se limitaba a acabar:

—... noches..., madre...

—¡Estás muy pálida! —observó Geneviève.

—No es nada... Buenas noches... ¡Duerme! Ya es hora...

Se inclinó, posó los labios sobre la frente de su hija, con un golpecito seco como un picotazo.

—¡... noches, madre!

No había ya luz en el despacho. Poldine estaba acostada, pero seguramente no dormía; estaba pendiente del regreso de su hija, el ruido de la puerta, los pasos en la escalera.

¡Y Sophie no iría a darle un beso! ¡Sophie no se tomaba la molestia de andar de puntillas! Entraría en casa tarareando y se la oiría durante una media hora entregarse ruidosamente a su *toilette* nocturna antes de hacer gemir el somier.

En su cuarto, Mathilde se sentó en el borde de la cama. Ahora que ya no había más que una cama, la habitación parecía mucho más grande, más vacía. Se oyó el reloj de una iglesia.

«Cuando yo ya no esté...».

Estuvo a punto de volver a la habitación de su hija, sin motivo, para asegurarse de que no estaba muerta, para prohibirle morir.

Pues el profesor de París lo había dicho y ahora eso adquiriría un sentido terrible: ¡Geneviève *se moría deliberadamente!*

Para vengarse, para vengar a su padre, para castigar a Mathilde, para...

«¡... vosotras estaréis solas, tía Poldine y tú!».

¡Mathilde estaba bien lejos de llorar, ahora! ¡Y de enternecerse! ¡Y de dar explicaciones a su hermana!

¡Se acostaba, con las facciones duras, la mirada fija, como mujer que no necesita a nadie! ¡Y poco le importaba oír a Sophie y al señor Jaunie cuchicheando en el umbral!

III

Durante cerca de cuatro meses se produjo, cada mañana, la misma batalla, que no era tal, puesto que sólo uno de los adversarios era consciente.

Nadie mejor que Mathilde podía acercarse a una puerta sin hacer ruido, posar la mano en el picaporte y hacerlo girar suavemente, tan suavemente que, desde dentro, habría habido que tener los ojos fijos en el tirador para advertir que se movía. Cuando el pestillo llegaba al fondo, empleaba la misma lentitud en abrir la hoja de la puerta, sin dejar primero más que una ranura suficiente para ver.

Ahora bien, invariablemente, ¡Geneviève tenía desde ese instante los ojos vueltos hacia la puerta! ¡Esperaba! Ya tenía a punto en los labios el tradicional:

—Buenos días, madre...

Y a Mathilde no le quedaba más remedio que adoptar su aire apesadumbrado, su leve sonrisa de cristiana resignada, la inclinación de cabeza de aquellos a quienes siempre ha abrumado la vida.

—Buenos días, Viève...

¡Demasiado tarde! ¡Había llegado tarde una vez más! Un crujido imperceptible para otros había prevenido a su hija, o bien su instinto de enferma estaba tan desarrollado que intuía la proximidad de su madre.

Le dio tiempo a componer su actitud, adoptar su velo de indiferencia que dejaba sin embargo traslucir una secreta alegría.

—Me parece que estás más pálida que ayer...

¡Mathilde lo decía para saber, para suscitar en los ojos de su hija aquel brillo capaz de pasar por una prueba! Pues cuanto más débil estaba, cuanto más abatida físicamente, más parecía Geneviève presa de un júbilo interior.

—¿A qué día estamos, madre?

¡Mathilde hubiera querido hacerle confesar que se estaba dejando morir intencionadamente! ¡Sí, intencionadamente, para castigar a su madre! Aunque no lo confesaba, lo proclamaba su alegría indecente, había sido la primera en indicarlo con las palabras que dijo: «Cuando yo ya no esté...».

Silenciosa, sin perder nunca su triste sonrisa, Mathilde correteaba con pasitos cortos por la habitación, con sus suelas de fieltro que no hacían ningún ruido. El belén seguía en el hogar, descolorido por el polvo.

—Ahora que ha pasado la Navidad, podríamos retirarlo...

Y Viève replicó cínicamente:

—Por tan poco tiempo, no vale la pena...

¡Lo sabía todo! Cabía preguntarse quién, en la casa, podía contarle de forma tan pormenorizada lo que ocurría. O más bien preguntarse si, desde la cama, no lo oía y veía todo.

Ella no hablaba de eso. Únicamente se le escapaba a veces alguna frase que venía a probar que estaba al corriente de muchas cosas.

—¿Se ha divertido Sophie? —preguntaba, por ejemplo, a pesar de que, en su presencia, no se había hablado de que su prima hubiera salido.

Y, a cada visita del doctor Jules, la misma comedia. Fuera, en el rellano, Mathilde le esperaba y le miraba a los ojos.

—¿Qué? ¿Está peor, no?

—No se puede decir que esté peor, ni tampoco mejor...

—Yo sí la veo más débil...

—Sí, ésa es la palabra. Se debilita insensiblemente, sin que ningún órgano se vea afectado, sin que se reanuden tampoco las convulsiones de su infancia...

—¿De veras no puede usted hacer nada?

—Desde el momento que ella no tiene ganas de vivir...

¡Ah, si Mathilde hubiera sido médico! ¡Ella sí habría obligado a su hija a vivir! ¡Por todos los medios! Y Geneviève habría vivido, allí, en aquella habitación, a disposición de su madre... ¡No habría podido vengarse como lo hacía, apagándose, con cara de víctima que perdona a su verdugo y ruega al cielo por él!

Poco importaba lo demás, todo lo demás, lo que pasaba en la casa y afuera.

Eso ya era cosa de Poldine, Poldine, que era capaz de ocuparse de un montón de cosas a la vez, con la misma dureza despiadada: de los alquileres que quería subir a pesar de la ley, de Jacques y de su mujer que no tardarían en regresar de Italia, de Jaunie, a quien quería ponerle un pleito.

Pues se había hecho la exposición, en París, y salió cara. Solamente la impresión del catálogo, que no era más que un interminable prólogo de cuarenta páginas, en papel de Holanda, ascendió a varios miles de francos y el nombre de Jaunie figuraba en caracteres más grandes que el del propio Vernes.

Las dos hermanas no habían podido ir a París, pues coincidió con la boda de Jacques y ya bastantes preocupaciones tenían en casa. Sophie sí fue, Sophie que cada vez estaba más cambiada, iba y venía sin pedir consejo, ¡y se había hecho la permanente!

—No me extrañaría que hubiese perdido la cabeza por ese señor Jaunie —insinuó Mathilde.

—¡Sophie no es mujer que pierda la cabeza por nadie!

Lo que no impedía preguntarse qué hacía en París diez días con el tripudo conservador.

No sólo no se vendió un solo cuadro, sino que Jaunie había prometido un montón de artículos en

la prensa, y sólo hubo en total unas pocas líneas en un pequeño semanario y una crítica trivial en una revista de arte que presentó factura.

En cambio, a la vuelta, faltaban una decena de cuadros.

—Tuve que regalar algunos a gente influyente, que contribuirán a dar a conocer al artista...

Poldine juzgó a Jaunie vulgar. Su cara lustrosa le desagradó y se preguntó cómo no había advertido de inmediato que era bajamente sensual. Sólo su forma de mirar a Sophie molestaba a la madre como una indecencia. Es cierto que Sophie le miraba casi de la misma manera, con un vago agradecimiento.

A Mathilde no se le escapaba, pero bastante tenía con su propia lucha. Siempre había necesitado una idea fija, una obsesión. Igual que para otros un clavo saca otro clavo, ella sustituía un odio por otro.

Así, cuando era niña, le habían dicho:

—¡Cuidado con los hombres!... Y sobre todo no dejes que se te acerque ninguno por la calle...

Lo mismo se les dice a todas las niñas pequeñas, y no por eso se dejan impresionar especialmente.

Mathilde sí vivió, durante años, en el odio, o mejor dicho, la desconfianza de los hombres. Pues era más desconfianza que odio lo que su corazón necesitaba.

A veces, al doblar la esquina de una calle, se detenía ante un hombre particularmente impresionante, un hombre de poblados bigotes, y se le quedaba mirando burlonamente mientras pensaba: «No se atreverá...».

Si el transeúnte no se fijaba en ella, corría a ponerse de nuevo delante con aquella manera tan suya de ladear la cabeza y mirar de reojo, que ya entonces tenía. Temblaba. Se repetía: «No se atreverá...».

Luego de repente, presa del pánico, salía a escape e iba a contarle a su madre o a su hermana que un hombre le había hablado, le había ofrecido caramelos, ¡y le había pedido que se fuera con él!

¿Qué habría pasado si no hubiera sorprendido a su marido y a Poldine en el taller? ¿Qué idea fija habría reemplazado a la primera?

Probablemente Mathilde se habría creado una obsesión, pero no fue necesario. El azar le ofrecía una a su medida, un odio, una desconfianza, capaces de durar dieciocho años y más y que era posible atizar de mil maneras.

Apenas muerto Vernes, le sustituía su hija, ¡con aquella mirada que no quería ceder, con aquella voluntad de morir contra la que Mathilde se alzaba con toda su rabia!

Poco importaba ya el matrimonio de Jacques y la instalación de la pareja en la planta baja.

Eso era cosa de Poldine, que tenía el doble de aguante, el doble de espíritu combativo, espiaba al enemigo inclinada sobre la barandilla de la escalera y, por la noche, exhibía su botín.

—Se han ido otra vez en coche... Apuesto a que no vuelven hasta las dos de la madrugada, como la semana pasada...

No era sólo por gusto por lo que las dos hermanas se refugiaban en el taller, sino también casi por necesidad. La primera planta estaba patas arriba. Habían amontonado en ella todos los muebles de la planta baja y el despacho se había convertido al mismo tiempo en comedor.

Élise también había subido. Cocinaba en lo que antes era una habitación y, con el piso atestado, ocupaba mucho más sitio que antes, por lo que se tropezaban con ella continuamente.

Lo único intacto era el taller, en el que cada una había ido adquiriendo sus hábitos poco a poco. Poldine no dejaba nunca de comenzar por:

—¿Cómo se encuentra?

Y su hermana, que consideraba estas palabras como una maldad, respondía con una aviesa sonrisa.

—Y los de abajo...

Era casi imposible mencionarlos. Sólo Poldine estaba facultada para hacerlo, por medio de pequeñas pullas, breves frases significativas, sin dejar de coser o hacer punto.

—Es la segunda salida esta semana y han recibido gente tres veces...

No sólo chocaba en casa, sino también en la calle, donde de noche se oía llegar el automóvil de Jacques con gran estruendo, maniobrar, volver a irse, cuando no eran los coches de cuatro o cinco invitados, el fonógrafo que sonaba hasta las dos de la madrugada, la radio que Blanche tenía puesta todo el santo día, incluso cuando estaba en otro cuarto y no podía oírla.

Era increíble por parte de una chiquilla tan poquita cosa y que, como decía Poldine, no debía de tener mucha salud.

A veces subía a dar los buenos días a Geneviève, pero siempre, como una visita, traía golosinas o flores. Era su estilo. Cuando una de sus tías bajaba, la recibía ceremoniosamente como a una extraña.

—Siéntese, se lo ruego. Es muy amable por su parte venir a hacernos una visita...

En cierta ocasión, Poldine la oyó claramente decirle a Jacques:

—Las viejas chinchas han vuelto a venir...

Y Jacques replicó con descaro:

—Ponlas de patitas en la calle de una vez por todas. Si quieres, iré yo a decirles...

Lo más grave fue que Sophie cambió de bando y adquirió la costumbre de asistir a las orgías de abajo, donde se tomaba champán por cualquier cosa. Cogía su coche ella también para ir a cenar a Caen, o incluso a Le Havre, con toda una pandilla de amigos. Y cuando regresaba, sus andares no sonaban muy firmes.

—¿Tú habrías creído posible un cambio semejante?

—¿Qué cambio?

—Todo... Desde que murió Emmanuel...

¡Pues claro! ¡Se vengó con su muerte! Y su hija, que había salido a él, se vengaría del mismo modo...

¡Hubiérase dicho que la primavera, que hacía retoñar el árbol del patio, le infundía aún más ganas de morir! Se debilitaba gozosamente. Su rostro se volvía diáfano como el de las santas de escayola del barrio de Saint-Sulpice. ¡Incluso su voz, que se volvía de una dulzura angélica!

Hacía preguntas crueles. Decía, por ejemplo, sin dejar de sonreír:

—¿Qué harán con mi habitación cuando yo ya no esté?

—¡Cállate!

—¿Por qué? No me queda ya mucho tiempo, ¿sabes?... La semana que viene, habría ya que llamar ya al sacerdote...

—¡Chist! Dices tonterías...

—¡No! No tardaré en ir a reunirme con mi padre...

¡Era eso! ¡Iría a reunirse con su padre! ¡Y así las dos víctimas de Mathilde se verían libres!

—¡Es la pura verdad!

—¡Tú lo que eres es una egoísta! No piensas más que en ti. Si a esto llamas tú caridad cristiana...

Pero ni una sola vez se podía coger a la muchacha en falta, sorprender otra cosa que su eterna mirada de ángel bienaventurado.

—Júrame que avisarás al sacerdote...

A mediados de mayo hubo que claudicar. Naturalmente, en cuanto metió el pie en la casa, venía a diario, sin dejar de repetir a Mathilde:

—Su hija es una santa...

—Es cierto —decía ella suspirando.

Pero pensaba: «Una santa que odia a su madre y que se venga...».

Hubo baile, el 24 de mayo, en el salón de abajo. Era una nueva chifladura de Blanche, a la que el médico consideraba demasiado débil para tener un hijo y que, durante horas, se meneaba cadenciosamente, no sólo con su marido, sino también con extraños.

Sophie, que siempre parecía tener unas ganas locas de vivir, participaba en la fiesta, y habría sido inútil, al día siguiente, preguntarle lo que había pasado.

—¡Lo pasamos muy bien! —se limitaba a contestar.

Si le preguntaban por los invitados, decía displicentemente:

—¡Compañeros!...

Justo aquella tarde Poldine le decía a su hermana:

—He encontrado ropa interior de seda en su armario...

Tras un largo silencio, añadió:

—Y he encontrado algo peor... Ha comprado ciertos artículos de higiene que esconde al fondo del cajón...

Por dos veces Mathilde bajó y escuchó en la puerta de Geneviève. Antes de acostarse, empujó la puerta, sin ruido, no observó nada anómalo.

Pero al día siguiente por la mañana, todo había terminado. Al principio, no quiso creerlo. Había girado despacito el picaporte. Había abierto una delgada ranura y, por primera vez, no encontró la mirada de su hija.

—Buenos días, Viève —había sido la primera en decir, ya con voz preocupada.

Entonces comprendió que Geneviève no dormía. Lo comprendió tan bien que no se atrevió a tocarla para asegurarse y corrió a la habitación de Poldine.

—Ven rápido... —balbuceó—. Creo...

Se mantenía lejos de la cama, mientras Poldine se acercaba a ella. No quería mirarla. No lloraba, pero su semblante estaba blanco y duro como la piedra.

—Se acabó... —dijo simplemente Poldine—. Ha debido de extinguirse mientras dormía... En cualquier caso, no ha sufrido...

La impresionó más ver a su hermana y a medida que se desarrollaban los ritos de aquella jornada mortuoria su pavor fue en aumento, a tal punto parecía destrozada Mathilde.

Poldine la conocía lo suficiente para intuir cuándo representaba o no una comedia: pero Mathilde no veía literalmente a nadie, no oía lo que le decían, evolucionaba en un mundo inconsistente, con ojos despavoridos, y labios tan tensos que eran ya incapaces de temblar.

Habló, dos o tres veces, y fue para decir, con una serenidad aterradora, unas palabras terribles.

—Habrà que ponerla en la tumba de su padre...

En otro momento, mientras los de la funeraria preparaban unos cirios, les interrumpió:

—No, blancos no... Sólo rosas y azules...

Miraron a Poldine para saber a qué atenerse.

—Obedezcan a mi hermana —les dijo ella, resignada.

La ceremonia tuvo lugar con una gran concurrencia de gente y Mathilde se mantuvo erguida.

Luego, por la noche, cuando las dos hermanas estuvieron a solas y ya sin sus ropas de luto, Mathilde miró a su hermana, largamente, como para tomar conciencia de algo.

—¿Qué te pasa?

—Nada...

—¿Por qué me miras así?

—No te miro de ninguna manera...

—Vamos arriba, ¿quieres?

—No...

—¿Qué quieres hacer?

—Nada...

Era como una estatua sin alma. Se retiró a su cuarto, y Poldine, aquella noche, se despertó seis veces, y cada vez iba a escuchar a la puerta de su hermana.

A la mañana siguiente, la vio abrir la puerta de la habitación de Geneviève.

—No entres ahí... —le aconsejó.

—¿Por qué?

En efecto, no iba para llorar, ni en peregrinación. Iba a poner orden, a buscar algunos objetos cuyo sitio estaba en otra parte.

Pasaron dos, tres días, y Mathilde, terriblemente serena, seguía dando la misma impresión de vacío. Ahora, la primera planta era ya demasiado grande para las dos hermanas, que no sabían dónde meterse.

Una mañana, Élise, con los ojos enrojecidos, les dio ocho días para buscarse otra chica, afirmando que sus padres la reclamaban en el campo. No era cierto y se veía a las claras que estaba atemorizada.

En espera de encontrar otra criada, Mathilde decidió encargarse de la cocina. Su hermana protestó al principio, y finalmente aceptó diciéndose que eso la distraería. Pero Mathilde tenía una actitud tan terrible delante de las cacerolas como la que tenía cuando miraba, de lejos, la cama de su hija.

Sophie, a quien no le gustaba la tristeza, permanecía fuera todo el día. Tal vez porque uno de los nuevos amigos de Jacques, uno de los que bailaban abajo, era un médico joven, había decidido sacarse el título de enfermera e iba a clase con regularidad.

Fue al séptimo u octavo día cuando Poldine, una mañana, decidió emprender la limpieza a fondo del taller. Contra lo que esperaba, su hermana no se opuso.

—Puedes incluso quemar las telas y los cuadernos... —dijo.

¡Las telas y los cuadernos con cuya ayuda Emmanuel, tras su muerte, había conseguido interesarlas un momento haciéndoles creer que tenía genio!

Poldine subió, con dos baldes, un cepillo y unos trapos. Toda la mañana se la oyó trajinar haciendo ruido, topando con los muebles y cambiando objetos de sitio.

—Al fin y al cabo —dijo cuando comían—, es arriba donde, a partir de ahora, pasaremos más tiempo...

Mathilde la oía, obviamente, pero no mostraba el más mínimo interés por lo que se le decía.

Hacia el atardecer, al llegar el momento de encender las lámparas, Poldine había terminado casi de ordenar cuando abrió maquinalmente una caja de cartón que debía de haber contenido plumines para dibujo. La caja estaba allí, en el suelo, sobre el montón de cosas para tirar. La abrió sin ninguna idea preconcebida, pero cuando vio un sobrecito blanco y comprobó que contenía un polvo brillante, comprendió enseguida.

Acababa de dar con la provisión de arsénico con la que Vernes pensó, en su día, envenenarles a todos lentamente.

Poldine, tras examinar su hallazgo bajo la lámpara de la mesa, se lo metió en el escote, bajó a su habitación y buscó a su vez un escondite.

Su hermana entró cuando estaba buscando. Poldine no tenía el paquete en la mano y no obstante le pareció que la mirada de Mathilde, de repente, perdía su rigidez, expresaba algo, una curiosidad repentina.

—¿Qué hacías? —preguntó la voz neutra—. La cena estará lista enseguida...

—Voy inmediatamente... Quería lavarme las manos...

No había pasado nada, en resumidas cuentas. Durante la cena, Mathilde estuvo aparentemente como los demás días, igual de fría, igual de distante. Y sin embargo su hermana habría jurado que su mirada casi volvía a ser la de antes.

—¿Has quemado las telas?

—¡No! Las he guardado en el desván...

Terminada la cena, recogidos los platos, subieron. Mathilde, como hacía a menudo, se sentó ante el escritorio y se cogió la frente con ambas manos, pues padecía de frecuentes neuralgias.

—Mañana, termino mi jersey —dijo Poldine para romper el silencio.

Pasó un rato. Poldine no levantaba los ojos de la labor, contando con los labios, sin emitir ningún sonido, tres puntos, dos puntos del revés.

Con la frente entre las manos, Mathilde, que tenía la cabeza inclinada, veía el tapete verdoso de la mesa que hacía las veces de escritorio. Imposible saber si pensaba o no.

Ocurrió, sin embargo, que unos puntitos blancos centelleaban delante de sus ojos. Su atención se fue concentrando, poco a poco, y los puntos blancos formaron un reguero, como si hubiesen puesto sobre la mesa un saquito de polvo que no cerrase bien.

—Me pregunto si van a seguir recibiendo a pesar del luto... —dijo Poldine, siempre con su labor.

No obtuvo respuesta, y de momento no se inquietó. Las dos estaban acostumbradas a esas conversaciones en las que había largos silencios entre frase y frase.

—La verdad es que Jacques estaba ya de luto por su padre...

Otra vez nada. Sólo entonces Poldine levantó la cabeza. Mathilde no sostenía ya la frente entre las manos. Mathilde, en pocos minutos, acababa de perder su rigidez, de humanizarse.

Era lo que había sido siempre, con su cabeza inclinada, sus ojos que espiaban con miraditas furtivas, sus labios que seguían tratando de engañar al adversario con una pálida sonrisa.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? ¿Qué me va a pasar?

La voz había perdido también su dureza. Reencontraba sus inflexiones suaves, biliosas.

—No lo sé... Estás muy rara...

—¿Tú crees?

Y Poldine buscaba en lo que ella había dicho la causa de aquel cambio repentino, pues estaba lejos de pensar en el polvo blanco, en aquellos ínfimos rastros sobre el tapete verde.

—Cualquiera diría que estás resentida conmigo...

—¿Por qué iba a estarlo? ¿Es que me has hecho algo?

—¡No! Pero podrías imaginarte...

—¿Imaginarme qué, por ejemplo?

—Como te conozco...

—Me conoces mal, mi pobre Poldine... Te equivocas, como los demás...

Era la Mathilde de otro tiempo, la de antes de la muerte de Geneviève e incluso antes de la muerte de Emmanuel.

—¿Te refieres a tu marido?

—A todo el mundo...

Volvió a tener una amenaza, una enemiga, volvía a tener alguien a quien espiar, a quien odiar.

Y lo que redoblabla su placer, ¡era su propia hermana, es decir, la persona que la conocía mejor, que estaba al corriente de sus métodos!

Poldine había encontrado el arsénico cuando hacía limpieza a fondo. Lo habían mencionado varias veces a lo largo de los últimos meses. Se preguntaban dónde había podido esconder Emmanuel el veneno y terminaron llegando a la conclusión de que lo tiró antes de morir.

¡Pero no! ¡Aquel rastro en el tapete era una prueba de lo contrario! ¡Y la inquietud de Poldine, cuyas manos ya no tejían con la misma regularidad!

No haber dicho nada, ¿acaso no era señal de que tenía una idea oculta?

—Me pregunto en qué piensas... —suspiraba Poldine con fingida indiferencia.

—¿Yo? En nada...

No obstante, tras una pausa conveniente, añadió:

—Me pregunto si realmente necesitamos criada. Bastaría con una asistente dos o tres horas diarias para el trabajo más pesado...

—¿Y quién cocinará?

Poldine lo había dicho con tan involuntario asombro que estuvo a punto de ponerse colorada y su hermana se dio cuenta.

—¡Ya me encargaré yo! —zanjó Mathilde—. Sí. Hace tiempo que tengo ganas de cocinar, para tener algo que hacer...

¡No era verdad! ¡Poldine sabía que su hermana no había soportado nunca los olores de la cocina!

«Tú —pensó— sospechas algo de mí».

Y, en voz alta:

—Podríamos turnarnos...

Sabía lo que hacía. Esperaba la confirmación de su idea.

—¡No! O me ocupo yo de algo, o no me ocupo...

Decían todo esto en tono amable, con aire de quererse complacer mutuamente.

Geneviève acababa apenas de dejar la casa, Geneviève que decía: «Me pregunto qué haréis, tía Poldine y tú, cuando yo ya no esté...».

Y había bastado una semana de vacío desconcertante, cuyo recuerdo mismo resultaba espantoso como el recuerdo de un precipicio cuyo borde se rozó.

Por fin, renacía la vida. Expulsadas de la planta baja, donde englobaban a toda la familia cuando eran seis a la mesa, expulsadas de la primera planta que Geneviève había abandonado, se refugiaban arriba de todo, en el taller, donde ya no eran más que dos mujeres, dos Lacroix, cara a cara.

Poco a poco, con los años, el enemigo invasor podría subir hasta las mismas puertas de su

refugio.

¿Qué importaría incluso que el viejo Crispin, ya viudo y abandonado por su segunda hija, que se marchó con un dentista, viniera a instalarse en el primero?

¿Y que una buena mañana se enterasen de que Sophie también se había ido, con un actor de paso que tenía treinta años más que ella y le prometía hacerla actriz a pesar de su cojera?

¿Y que, en toda la ciudad, se dijera que Jacques estaba ciego y que su mujer le engañaba con todos sus amigos?

¿Y que Nicou, a base de paciencia, ganara su pleito, convirtiéndose, como había jurado, en propietario de los Chartrins?

Ellas eran dos, dos Lacroix capaces de vivir, porque eran capaces de espiarse y odiarse una a otra, sonreírse de dientes afuera, sospechar, andar de puntillas y abrir las puertas sin hacer ruido, aparecer en el momento en que el enemigo menos se lo espera.

—¿Qué estabas haciendo?

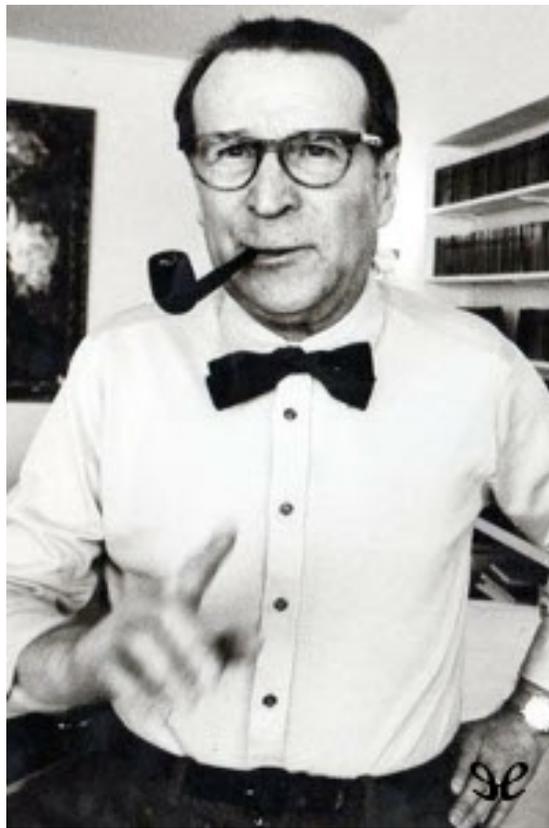
—Nada... Y tú... ¿Por qué no vienes a comer?

—¡Ya he comido! —replicaba Mathilde.

—¿De pie? ¿En la cocina?

—¿Y si me apetece?...

Y el odio se hacía tanto más espeso, tanto más denso, tanto más pesado, tanto mejor cuanto más restringido era el espacio.



GEORGES SIMENON (Lieja, Bélgica, 1903 - Lausana, Suiza, 1989) escribió ciento noventa y una novelas con su nombre, y un número impreciso de novelas y relatos publicados con seudónimo, además de libros de memorias y textos dictados. El comisario Maigret es el protagonista de setenta y dos de estas novelas y treinta y un relatos, todos ellos publicados entre 1931 y 1972. Célebre en el mundo entero, reconocido ya como un maestro, hoy nadie duda de que sea uno de los mayores escritores del siglo XX.